



EL DEDO DE DIOS

CAPITULO I

LLEGAR Á TIEMPO

Ya recordarán nuestros lectores la tumultuosa escena con que terminamos la segunda parte de esta curiosísima historia, cuando Luisa, poseída de desesperación, fué alejada de la multitud, que pedía á gritos la muerte de Armando el cazador.

Salvo este detalle, en nada ha cambiado la escena que hemos descrito detalladamente. En el lúgubre drama que debe representarse ante la cabaña del Alamo, figuran ahora los mismos actores y espectadores. La cuerda fatal cae de nuevo sobre la rama, y los ejecutores se apoderan de las extremidades, tirando de ellas hasta dejar el lazo tirante.

Y por tercera vez es general esta reflexión: «¡Armando debe entregar muy pronto su alma á Dios!»

Ahora parece más próximo que nunca el fin del desgraciado prisionero. Ni aun el amor ha sido bastante poderoso para salvarle. ¿A qué fuerza de la tierra se podría apelar después de de esto? A ninguna.

No hay señal de compasión en las miradas de enojo de los Regulares, que sólo expresan la impaciencia. También los ejecutores parecen tener prisa, cual si temieran otra interrupción, y se les ve manejar la cuerda con la destreza de consumados verdugos. A juzgar por sus fisonomías, pudiera creerse que no han ejercido otra profesión en toda su vida.

En menos de un minuto habrán terminado su fúnebre tarea.

—¡Vamos, Bill! ¿Estás dispuesto?—pregunta uno de los ejecutores á su compañero, indicando con esto que no es su ánimo esperar la señal.

—¡A punto!—contesta Bill.—¡Arriba con el bribón, arriba!

Los dos hombres tiran de la cuerda; pero no lo suficiente para levantar el cuerpo y ponerle derecho. El nudo corredizo se estrecha al rededor del cuello, y sólo hace erguir la cabeza.

Sólo uno de los ejecutores ha tirado de la cuerda.

—¡Arriba, imbécil!—exclama Bill, asómbrado al ver la inacción de su compañero.—¿Por qué no tiras?

Bill estaba vuelto de espaldas á un hombre que su ayudante acababa de ver y cuya presencia sola le impedía prestar mano: hubiérase dicho que se había convertido en estatua.

—¡Vaya!—continúa Bill.—Tiremos los dos á un tiempo y acábase esto de una vez. ¡Arriba con él!

—¡Alto digo yo!—grita en el mismo instante una voz estentórea.

Es la de un hombre de colosal estatura, que, armado de una carabina de gran tamaño, sale en aquel momento de entre los árboles, avanzando con tan agigantados pasos, que muy pronto llega al sitio ocupado por la multitud.

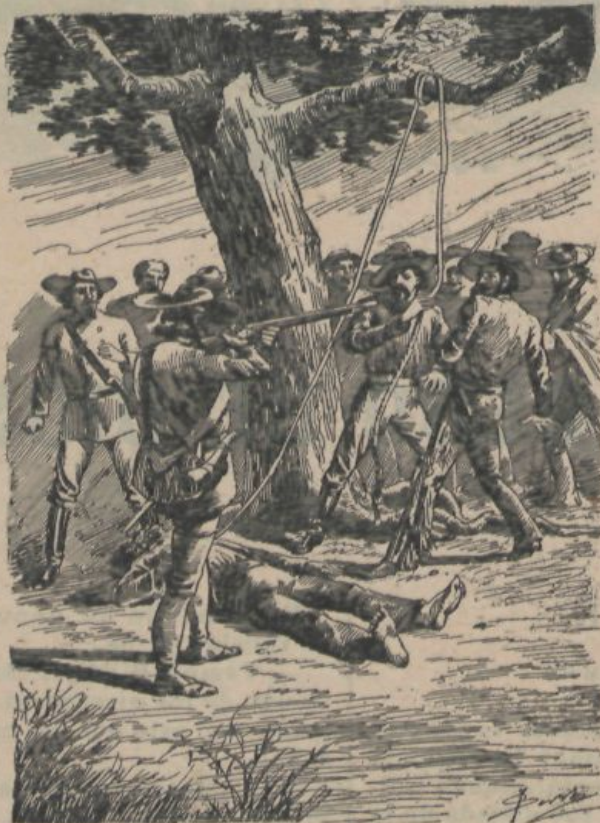
—¡Os digo que no tiraréis!—repite el hombre, deteniéndose delante del condenado y apuntando á los ejecutores con su arma.—Su-

pongo que no os moveréis un ápice. Y en cuanto á ti, Bill Griffin, si levantas sólo la cuerda la octava parte de una pulgada, ¡por mi vida, que te introduzco en el estómago una píldora que no te agradará mucho. ¡Suelta esa cuerda, condenado! ¡Suéltala pronto!

Los relinchos de la yegua de Zab no habían producido tanto asombro como la presencia del viejo cazador, porque él era quien acababa de llegar precipitadamente á aquel sitio.

—¿Qué importa eso? Sabemos que es culpable, y á ninguno le cabe sobre ello la menor duda.

—¡El diablo cargue con vuestra convicción! Pero ¡bah! No voy á gastar con vos palabras en balde, Jim Stoddas. Y en cuanto á vosotros, Sr. Sam Manly y Hugo Coxe, seguro estoy de que no os habéis avenido á semejante procedimiento, que, en mi opinión, no sería ni más ni menos que un asesinato.



—¡Suelta esa cuerda, condenado! ¡Suéltala pronto!

Era conocido de casi todos los presentes, respetado de los más y temido de muchos.

Entre estos últimos figuraban Bill Griffin y su compañero. Los dos habían soltado la cuerda, reconociendo el peligro, á la primera intimación, y el lazo había caído en el suelo.

—¿Qué disparate estáis cometiendo, muchachos?—continúa el coloso, dirigiéndose á la multitud, que aún enmudece de sorpresa.—¿Tratáis, por ventura, de ahorcar á alguien?

—Esa es nuestra intención,—contesta una voz con enojo.

—Y ¿por qué no?—pregunta otra.

—¡Porque no! Y ¿ahorcaríais á un conciudadano sin juzgarle?

—En cuanto á eso, ya se le ha juzgado legalmente.

—¿De veras? Y ¿sois capaces de condenar á un hombre que delira, y despacharle al otro mundo en el momento en que no sabe si está en él? ¿Es á eso á lo que llamáis un juicio en regla?

—No lo habéis oído todo, Zab,—replica el jefe de los Regulares, deseoso de justificar su intervención en el acto.—Hay hechos...

—¡Al diablo los hechos, y las figuraciones también! No necesito saberlos, pues harto tiempo habrá para ello cuando se proceda á un juicio formal, cosa á que supongo no se opondrá ninguno de los presentes, puesto que no hay la menor probabilidad de que el culpable se escape. ¿Hay aquí quien tenga algo que objetar?

—Cargáis con demasiada responsabilidad, Zab,—replica Collins.—Y quisiera saber por qué intervenís en este asunto. El hombre asesinado no era hijo vuestro, ni hermano, ni tampoco primo. Supongo que si fuese cualquiera de esas cosas no tomaríais la cuestión de ese modo; y repito que no debe importaros nuestra manera de proceder en el asunto.

—Pues me importa, y más de lo que pensáis. En primer lugar, porque se trata de un amigo mío, aunque sea mejicano; segundo, porque

Zab no puede tolerar tan indigno proceder en las praderas de Tejas.

—¡Indigno proceder! No hay nada de eso. Y en cuanto á detenernos, ahora vamos á verlo. ¡Muchachos!—añade el ex capitán.—Supongo que no dejaréis de cumplir con vuestro deber por lo que diga ese necio. Acabemos con lo que se ha comenzado: la sangre de la víctima pide venganza. ¡Coged la cuerda!

—¡Por vida mía, que el primero que la toque la soltará bien pronto! ¡A ver quién se atreve! Podréis ahorcar á ese pobre hombre de la rama más alta; pero no hasta que Zab se halle tendido sin vida sobre la yerba, teniendo á su lado algún compañero. ¡Vamos á ver! ¡Quién es el bribón que se atreve á tocar esa cuerda!

A las palabras de Zab sucede un profundo silencio, y todos permanecen en su sitio, unos por el peligro de aceptar su reto, y otros porque respetan su valor y generosidad, así como también porque aún queda alguna duda en el ánimo de los Regulares, en cuanto á la legalidad del procedimiento aconsejado por Collins.

Con su rápida comprensión, el viejo cazador reconoce la ventaja que acaba de obtener y aprovechase de ella.

—Conceded al joven,—dice,—su legítimo derecho de ser juzgado con regularidad. Llévamosle á la colonia y que se instruya el proceso. No tenéis ninguna prueba evidente de que haya tomado parte en el negro crimen, y el diablo me lleve si yo lo creería, á menos de verlo por mis propios ojos. Me consta que apreciaba mucho al joven Coxe en vez de ser su enemigo.

—Tal vez no sepáis, Sr. Zab,—contesta el jefe de los Regulares con voz tranquila,—lo que ahora acabamos de oír.

—¿Qué habéis oído?

—Algo que refuta lo que acabáis de alegar. Tenemos pruebas, no sólo de que ha habido lucha mortífera entre Coxe y el joven Armando, sino que medió una disputa en la misma noche...

—¿Quién dice eso, Sam Manly?

—Yo fui testigo,—contesta Collins, adelantándose un poco para que le vea Zab.

—¡Ah! ¿Sois vos, Sr. Collins? ¿Sabéis que hubo lucha mortífera entre ellos? ¿Lo visteis vos?

—Yo no digo precisamente que lo ví, Zab; pero, como quiera que sea, no sufriré de vos ningún interrogatorio. He dado mi declaración á los que tienen derecho de oírme, y esto basta. Creo, señores, que estáis satisfechos del veredicto, y no sé por qué ese viejo tonto ha de interrumpir...

—¡Viejo tonto!—grita el cazador, ciego de cólera.—¡Viejo tonto me llamáis á mí! ¡Rayos y truenos! ¡Por el eterno Dios, que espero viváis lo suficiente para haceros tragar esas palabras, ó he de perder el nombre de Zab de Kentucky! No importa por ahora, pues ya habrá tiempo para todo y os llegará el turno, señor Casio Collins, más pronto tal vez de lo que vos esperáis. En cuanto á la disputa entre En-

rique Coxe y el joven que veis ahí,—continúa Zab, dirigiéndose al jefe de los Regulares,—no creo una palabra de ella, ni creeré tampoco mientras no haya más pruebas que la palabrería del Sr. Collins. Por lo que yo sé, el hecho es dudoso. Decís que conocéis nuevos hechos; yo también puedo declarar otros, que tal vez cambien mucho el giro que ha seguido hasta aquí este misterioso asunto.

—¿Qué hechos?—pregunta el jefe de los Regulares.—Oigámoslos, Zab.

—Hay más de uno. En primer lugar, ¿cómo interpretáis que se halle también herido el joven? No hablo de los arañazos que veis, y que parecen inferidos por las garras de los coyotes que le atacaron al verle tendido en tierra, sino de su rodilla. Eso no lo han hecho los lobos. ¿Qué opinas de eso, Sam Manly?

—En cuanto á eso, algunos de los muchachos que tenemos aquí creen que hubo una lucha entre él y...

—¿Entre él y quién?—pregunta Zab.

—El joven Coxe.

—Sí,—añade uno de los oyentes.—Todos sabemos que el joven no se hubiera dejado matar sin defensa. Pelearon, sin duda, cayeron en medio de las rocas, y á eso debe el acusado la hinchazón de la pierna. Además, tiene en la cabeza una contusión, producida, al parecer, por la culata de una pistola; y en cuanto á los arañazos, no sabemos cómo se los infirió: si con los espinos ó luchando contra los lobos, como vos suponéis. Ese estúpido criado suyo nos ha referido un cuento sobre un tigre; pero eso no cuela.

—¿De quién habláis? ¿Es acaso de Felim? ¿Dónde está?

—Se ha escapado para librar el pellejo; pero ya le encontraremos tan pronto como se haya arreglado este asunto, y supongo que con un poco de cuerda le haremos cantar de plano toda la verdad.

—Si os referís al tigre no averiguaréis nada más de lo que ya sabéis. Yo mismo ví á la fiera, y llegué en el momento crítico para salvar al joven de sus garras; pero esto no es ahora lo esencial. Vosotros habéis tenido prisionero al criado, según parece. ¿No ha declarado haber visto aquí otra cosa?

—Sí: nos contó algo sobre indios; pero ¿quién lo ha de creer?

—Sin embargo, á mí me ha referido también ese detalle, y puede haber alguna verdad en él. Además, declaró que los indios jugaban á los naipes, y éstos los tengo yo. ¡Miradlos! Los encontré tirados por el suelo, y, como podéis observar, son españoles.

Así diciendo, Zab saca la baraja y la entrega al jefe de los Regulares.

Examinados los naipes, reconócese que son de fabricación mejicana y de los usados para jugar al monte.

—¿Quién ha oído decir nunca que los comanches juegan á los naipes?—pregunta Collins.—Eso es bestialmente ridículo.

—¡Ridículo decís!—interrumpe un viejo cazador, que había estado un año prisionero

entre los indios.—Será tan ridículo como que-
ráis, pero es verdad. Yo los he visto entrete-
nerse en multitud de juegos, incluso el monte,
sirviéndoles de mesa una piel de búfalo. Creo
que lo aprendieron de unos mejicanos cautivos
de los cuales se cuentan lo menos tres mil en
las diversas tribus. ¡Sí, pardiez, los comanches
saben jugar á los naipes, tan cierto como la
luz!

Zab se regocija al oír este testimonio, con el
cual no contaba, porque no deja de favorecer
al acusado. El hecho de haber habido indios

Tan frenético es el galope, tan peligrosa la
proximidad del caballo al precipicio, que no
parece sino que el cuadrúpedo va desbocado.

Pero no: los movimientos de la amazona in-
dican que no es así; y como si ésta quisiese
acelerar más aún la carrera, no da tregua á la
espuela y el látigo, y á intervalos anima con
la voz á su corcel.

Multitud de espectadores observan todo esto,
aunque sin comprender por qué la amazona no
se desvía de la peligrosa línea que sigue.

Por algunos momentos reina un silencio pro-



Tan frenético es el galope... que no parece sino que el cuadrúpedo va desbocado

en las cercanías cambia el aspecto del asunto
en el ánimo de los Regulares, quienes creían
que los comanches merodeaban sólo en la otra
parte de la colonia.

—No cabe duda,—continúa Zab, insistiendo
sobre este punto para aplazar el proceso,—de
que por aquí hemos tenido indios ó algo muy
semejante; pero... ¡por el valle de Josafat!
¿De dónde viene *aquella*?

En el momento de pronunciar el cazador es-
tas palabras, escúchase el rumor producido
por el precipitado galope de un caballo.

Nadie necesita preguntar cuál es la causa de
la repentina exclamación de Zab, pues á cier-
ta distancia se divisa un caballo que avanza á
galope tendido. El jinete es una mujer, que
lleva cubierta la cabeza con un sombrero de
anchas alas, bajo las cuales flota el cabello
en desorden.

fundo, producido por el asombro, y no porque
no se sepa quién es la amazona, pues ninguno
puede olvidar, después de haberla visto una
vez, á aquella mujer que monta como un hom-
bre.

Hé aquí por qué la reconocen todos á la pri-
mera mirada, persuadiéndose de que la ama-
zona, cuyo caballo galopa tan frenéticamente,
es la misma de que se habían separado en la
pradera media hora antes.

CAPITULO II

PERSEGUIDA

La mujer que llegaba tan repentina é inopi-
nadamente era Isidora.

¿Por qué volvía? ¿Por qué había emprendi-
do su caballo tan peligroso galope?

Para explicarlo, debemos volver al momento en que la joven se hallaba entregada á la sombría meditación, interrumpida por su encuentro con la gente de Coxe.

Al alejarse del Álamo, no se le había ocurrido una sola vez mirar hacia atrás, para ver si alguien la seguía. Absorta en sus proyectos de venganza, no podía pensar entonces en otra cosa.

Triste consuelo era para ella reflexionar que Luisa Coxe se mostró igualmente resuelta que ella á huir del jacalé. Con esa rápida intuición propia de la mujer, sospechaba la causa, aunque sabiendo que el motivo que impulsaba á la criolla era infundado.

Sin embargo, experimentaba cierto placer al pensar que su rival, ignorante de su buena suerte, sufría tanto como ella.

Además, le quedaba una esperanza; y era que el incidente produjera en el corazón de la orgullosa criolla un cambio de sentimientos hacia el hombre amado; pero esta esperanza era vaga, y apenas tenía fe en ella la misma mujer que la concibió.

Guiándose por su propio corazón, no podía menos de disculpar el amor de su rival; su misma historia era una prueba de la fuerza de aquél; pero dominábale la idea de que su presencia en el jacalé había producido trastorno, y podría ser la desgracia de su aborrecida rival.

Isidora comenzaba á reflexionar sobre este punto con cierto placer, que no se interrumpió hasta su encuentro con los tejanos.

Pero, al volver con ellos, efectuóse un cambio en sus ideas: el camino que debió tomar Luisa sería el mismo por donde ella llegó, y, sin embargo, no había encontrado ninguna amazona.

Era, pues, indudable que la criolla, cambiando de modo de pensar, permaneció en el jacalé, y tal vez en aquel momento estaría desempeñando las mismas funciones que Isidora se impuso con tan cariñosa solicitud.

La creencia de que iba á humillar á la mujer causante de su desgracia era el único pensamiento que entonces le servía de consuelo.

Las preguntas que le dirigieron Coxe y los suyos eran suficientes para darle á conocer la situación, y las de Collins, sobre todo, debieron aclarar sus dudas.

Cuando se hubieron alejado los vengadores, permaneció algún tiempo junto á la espesura, vacilando entre dirigirse al Leona, ó ir á presenciar la escena que, gracias á sus indicaciones, no podía menos de ser interesante.

Isidora está en el lindero del chaparral, á la sombra de la espesura: monta su caballo gris, que, con las narices dilatadas y las orejas tiesas, observa los caballos de la gente de Coxe que se alejan á buen paso. Un jinete solo va á retaguardia.

El caballo de Isidora podría extrañar aquellas idas y venidas si no estuviese acostumbrado á los repentinos cambios y caprichos de su dueña.

La joven mejicana tiene fija siempre la vista en el alto ciprés cuya oscura copa señaló antes, para indicar á los vengadores el sitio donde estaba situada la cabaña del Álamo.

Isidora ve bajar á los exploradores, y detrás de ellos al hombre que le interrogó con tanta detención. Como su cabeza desaparece bajo el nivel de la llanura, la joven cree hallarse sola.

Pero se equivoca en esta suposición.

Transcurre un espacio de diez, quince, veinte minutos, y aún sigue indecisa.

Sus pensamientos no tenían nada de agradables: no es para ella dulce la venganza de que se cree el instrumento, pues si consigue humillar á la mujer á quien odia, también puede causar la desgracia del hombre á quien ama. A pesar de cuanto ha ocurrido, no disminuye su amorosa pasión.

—¡Virgen santa!—exclama con sentido acento.—¿Qué es lo que acabo de hacer? Sí: esos hombres son los Regulares, los temidos jueces de quienes he oído hablar, y si le creen culpable ¿qué sucederá? ¡Le condenarán á muerte! ¡Madre de Dios! Yo no lo quiero. ¡No por su mano, no! ¡Qué salvajes eran sus miradas y gestos, y cuánta resolución revelaban! Cuando yo les indiqué el camino ¿qué presurosos se alejaron sin pensar ya en mí! ¡Oh! Van bien resueltos. ¡El cazador Armando debe morir! ¡Solo y rodeado de enemigos, y sin tener quien le defienda! ¡Virgen santa! ¿En qué pienso? El que acaba de separarse de mí ¿no será el primo de quien he oído hablar? ¡Ay de mí! Ahora comprendo por qué hacía preguntas. ¡Su corazón está como el mío... como el mío!

Reflexionando así, Isidora fija su vista en el confín de la llanura; su caballo gris se agita todavía, aunque la caballada está ya muy lejos. Si el cuadrúpedo se hallase en libertad, no vacilaría, seguramente, tanto como su ama, que permanece inmóvil cual si no se resolviese á tomar un partido.

El corcel es el primero en descubrir un peligro, ó algo que lo anuncia; y lanza un prolongado relincho, como para llamar la atención de su ama, volviendo la cabeza hacia el chaparral, lo cual indica, al parecer, la dirección en que está el enemigo.

¿Quién ó qué puede ser?

Advertida por el proceder de su caballo, Isidora fija su vista en la espesura, examinando el sendero por donde acaba de pasar: es el camino que conduce al Leona. El espacio no está descubierto sino en la extensión de unas doscientas varas. Más lejos hay una espesura que oculta el río.

Nada se ve por allí, como no sean dos ó tres coyotes que se deslizan bajo la sombra de los árboles, olfateando las huellas de los caballos, sin duda con la esperanza de encontrar algo que hayan dejado los jinetes en su precipitación.

No son los lobos los que han inquietado al caballo gris. Bien los ve; pero nada le importa, porque harto acostumbrado está á encontrarlos y no le atemorizan. Sin duda, debe ser otra cosa lo que ha oído ú olfateado.

Isidora escucha algún tiempo, sin oír cosa alguna que pueda alarmarla. Lo único que percibe es el aullido de los chacales, lo cual no supone peligroso en ningún tiempo y mucho menos á la luz del día.

De nuevo se fijan sus ideas en los tejanos, y particularmente en el hombre que acababa de separarse de ella. Pregúntase cuál puede ser el objeto del interrogatorio, cuando de improviso vuelve á interrumpir su meditación el movimiento del caballo. El cuadrúpedo manifiesta impaciencia por alejarse de aquel sitio, repite sus resoplidos y, al fin, relincha con más fuerza que antes.

Esta vez contestan varios caballos, que, sin duda, avanzan por el camino, aunque todavía están ocultos por los árboles, y á la vez se oyen sus pisadas.

Pero después cesa el rumor de pronto, como si los animales se hubieran detenido ó adelantaran silenciosamente.

Isidora supone lo primero, calculando que los jinetes han detenido las monturas al oír el relincho de su caballo, y, conteniendo á este último, escucha un momento.

Oyese un ligero murmullo entre los árboles, y, aunque apenas perceptible, diríase que es el de una conversación en voz baja.

Muy pronto reina el silencio en el chaparral. Los jinetes, sean quienes fueren, deben estar aún detenidos. Acaso vacilan en avanzar.

A Isidora no le admira esto, ni tampoco le alarma mucho. Probablemente serán viajeros que se dirigen á Río Grande, ó algunos tejanos rezagados que se han detenido un momento al oír un relincho de caballo: precaución muy natural, sobre todo cuando se sabe que los indios están en guerra.

También es natural que Isidora trate de evitar el encuentro con los desconocidos, sean quienes fueren; y á este fin retrocede silenciosamente á un lado, situándose con su bridón á la sombra de una espesura, donde sigue escuchando.

No tarda en observar que los jinetes avanzan hacia ella; mas no por el camino ordinario, sino ocultándose entre los arbustos. También nota que en vez de adelantarse juntos van separados como si intentasen cercarla.

Isidora reconoce esto por las pisadas de los caballos, que resuenan en distintas direcciones, aunque lentamente, mientras los jinetes guardan profundo silencio, seguro indicio de precaución, ó tal vez de intenciones malévolas.

¿Habrà sido descubierta en el sitio en que se halla, á causa del relincho de su caballo? Quizá avanzarán por diversos lados para rodearla y asegurar mejor su captura.

Pero ¿cómo ha de saber si sus intenciones son hostiles? Isidora tiene enemigos, entre ellos á Miguel Díaz, de quien se acuerda muy bien; y, además, hay que contar con los comanches, que en todo tiempo son temibles, sobre todo cuando no están en paz.

La joven mejicana experimenta ya cierta inquietud, porque la conducta de los jinetes in-

visibles es, cuando menos, sospechosa. Si fueran viajeros ordinarios, lo natural sería que avanzaran por la senda; pero, en vez de hacerlo así, vienen por la espesura del chaparral.

La amazona mira á su alrededor, examinando el terreno con el objeto de ocultarse, pues observa que el follaje del árbol donde se halla no es bastante espeso para esconderse, si alguno pasa cerca. Las pisadas de los caballos indican que se aproxima más de un jinete por allí y muy pronto será descubierta.

Al hacer esta reflexión, Isidora clava espuelas en los ijares de su caballo, sale de la espesura y precipítase en la pradera descubierta que se extiende hacia el Álamo.

Su intención es tomar una ventaja de dos ó trescientas varas, hasta ponerse fuera del alcance del tiro de bala ó de flecha y detenerse después para ver si los jinetes son amigos ó enemigos.

En esta última eventualidad, confiará en la ligereza de su caballo gris para que la conduzca á donde están los tejanos.

Mas no le es posible detenerse como deseaba, pues, casi al mismo tiempo que ella, los jinetes salen todos á la vez de entre los matorrales, dirigiéndose rápidamente hacia ella por diversos puntos que convergen á un centro común.

La joven echa de ver al punto que aquellos hombres tienen la piel bronceada y van medio desnudos; que su rostro está pintado de rojo y que adornan sus cabezas plumas de color de escarlata.

—¡Los indios! — exclama maquinalmente la joven mejicana, clavando las ruedecillas de las espuelas en los ijares de su caballo, que parte á galope tendido.

Una rápida mirada, al volver la cabeza, le basta para reconocer que es perseguida, lo cual sabe ya de antemano; pero observa, además, que los indios le van á los alcances con marcado empeño y resolución, tanto, que, contra su costumbre, no piensan siquiera en gritar.

Su silencio indica que han determinado capturarla, cual si tuviesen un plan preconcebido.

Hasta entonces no había temido la joven un encuentro con los rojos merodeadores de la pradera, porque habían estado en paz durante muchos años con mejicanos y tejanos, y sólo eran temidos cuando abusaban de la bebida.

Por esta última circunstancia se había visto ya Isidora en un peligro, y lo recordaba entonces, con menos dolor por lo que el riesgo fué en sí, que por las consecuencias que de él resultaron.

Pero el peligro del momento es distinto: ya no se estaba en tiempo de paz; había resonado el grito de guerra, y sus perseguidores, lejos de hallarse poseídos de la embriaguez que les producía el agua de fuego de sus enemigos, estaban entonces tan sólo sedientos de sangre.

Isidora no huía sólo para salvar el honor, sino también la vida.

El caballo de la joven mejicana devora el es-

pacio á través de la inmensa pradera, hostigado á la vez por la espuela y el látigo.

Sólo Isidora habla: sus perseguidores avanzan silenciosos como espectros.

Una vez vuelve la cabeza para mirar: no ve más que cuatro de sus enemigos; pero son demasiados para que pueda defenderse contra ellos una mujer.

No hay esperanza si no consigue ponerse al alcance de la voz de los tejanos.

Y para conseguirlo se dirige hacia el ciprés.

CAPÍTULO III

ALARMA

La amazona perseguida está á unas trescientas varas de la espesura, sobre la cual domina el árbol como una torre, y en aquel instante vuelve de nuevo la cabeza para mirar.

—¡Dios me ampare!—exclama.

Sí: Dios la ampare, porque llegará demasiado tarde.

El más cercano de sus perseguidores ha desprendido el lazo de su silla, y le hace girar sobre su cabeza.

Antes que Isidora pueda llegar al sendero, el nudo corredizo caerá sobre sus hombros y entonces...

Una repentina idea cruza de improviso por su mente: ocúrrele un medio que le preservará de la estrangulación que le amenaza.

El declive que domina el Álamo está más próximo que el desfiladero que conduce al lugar apetecido, y recuerda que su cima es visible desde el jacalé.

Refrenando vigorosamente las riendas, Isidora obliga á su caballo á cambiar de dirección, y, en vez de encaminarle hacia el árbol, marcha hacia el declive.

Tal cambio asombra á sus perseguidores, causándoles al mismo tiempo satisfacción; conocen perfectamente el terreno, y esperan apoderarse de la fugitiva más fácilmente.

El jefe desiste de arrojar por entonces el lazo, á fin de dirigirle mejor, y si procede así es porque tiene la seguridad de que no se escapará su presa.

—¡Diablo!—murmura para sí.—Como avanza mucho más, caerá irremisiblemente en el precipicio.

Semejante opinión es errónea: Isidora avanza más, pero no sobre el precipicio, pues, refrenando de pronto su montura, cambia nuevamente de dirección, adelantándose por el borde de aquél de tal modo, que llama la atención de los tejanos, y arranca á Zab aquella exclamación que sólo profería él en los casos extraordinarios:

—¡Por el valle de Josafat!

Y como para contestar á la exclamación del viejo cazador, ó más bien á la pregunta que hace después, resuena el grito de la singular amazona, que llama la atención de todos.

—¡Los indios! ¡Los indios!

Ninguno que haya estado tres días en el sur de Tejas podría equivocar la significación de

esta frase, sea cual fuere su lengua natal, porque es el grito de alarma que por espacio de tres siglos se ha oído en tres mil millas de frontera y en tres idiomas diferentes: en español, francés é inglés.

¡Los indios! ¡Les indiens! ¡The indians!

Duro fuera el oído y escasa la inteligencia que no comprendiera al punto estas palabras y la idea del peligro que suponen.

Pero los que las oyen en aquel instante desde el jacalé, no necesitan la traducción: harto saben que la persona que las profiere está perseguida por los indios, y lo han entendido tan bien como si se les hubiese anunciado el hecho en su idioma sajón.

Y apenas han tenido tiempo de pensar sobre ello, cuando la misma voz grita por segunda vez:

—¡Tejanos! ¡Caballeros! ¡Salvadme, salvadme! ¡Los indios me persiguen: vienen detrás de mí! ¡Cerca, muy cerca!

Estas palabras no se oyen ya sino confusamente; pero no es necesario más para explicar lo que pasa en la llanura.

Apenas ha salido la amazona del primer grupo de árboles, cuando aparece uno de los indios en la misma dirección y se le ve avanzar también á galope.

El lazo gira sobre su cabeza, y tal es su afán para asegurar el golpe, que no parece haber hecho aprecio de los gritos de la fugitiva al dirigir la palabra á los tejanos. Tal vez cree que la joven le ha pedido merced en un lenguaje que él no comprende, porque Isidora ha hablado en inglés.

Pero muy pronto reconoce su error al oír la detonación de una carabina, ó, más bien, al sentir en la muñeca una sensación dolorosa, que le obliga á soltar el lazo, dirigiendo una mirada de asombro á su alrededor.

Entonces ve una nube de humo sulfuroso que se eleva del terreno bajo.

Una sola mirada le basta para comprender é inducirle á cambiar de táctica. Ha visto cien hombres, en cuyas manos brillan los cañones de sus armas de fuego.

Los tres indios que siguen á su jefe los ven también, y, cual movidos por el mismo impulso, los cuatro retroceden, emprendiendo al punto la fuga con tanta rapidez como la empleada en venir.

—¡Es una lástima que se hayan escapado!—exclama Zab, volviendo á cargar su carabina.—A no ser por el temor de herir á la joven, les habría dejado acercarse más. Si les cogiésemos, tal vez se podría averiguar alguna cosa sobre el asunto de que tratábamos; mas ahora no hay que pensar en ello, porque es bien claro que han huído y que estarán ya muy lejos.

La presencia de los salvajes ha producido otro rápido cambio en la escena representada frente á la cabaña del cazador, cambio igualmente repentino, en las ideas de los personajes que en ella figuran.

La mayoría de los que consideraban como

asesino á Armando Lancaster se ha convertido en minoría; mientras que aquellos que le creían inocente son ahora los hombres cuya opinión se respeta más.

Collins y sus matones no son ya dueños de la situación, y, á propuesta del jefe de los Regulares, se aplaza el juicio.

Bastan dos palabras para dar á conocer el nuevo programa: el acusado debe ser conducido á la colonia para juzgarle con arreglo á la ley del país.

Adóptase, pues, el consejo, y espérase la llegada de Isidora.

Todos están ya junto á sus caballos, menos algunos que han ido á refugiarse entre los árboles: son los que temen ver aparecer detrás de la mejicana un ejército de comanches.

Otros se ocupan de diverso modo, y entre ellos Zab, cuya primera diligencia es quitar de la boca del prisionero la mordaza que le oprime, y soltar las ligaduras, apretadas con exceso. Una persona existe que le observa con



Muy pronto reconoce su error al oír la detonación de una carabina...

Después se trata de los indios, cuya oportuna aparición ha producido el repentino cambio, así en los sentimientos como en los designios.

¿Se les perseguirá? Esto sin vacilar.

Pero ¿cuándo? ¿Al instante?

La prudencia no lo aconseja así.

Sólo se han visto cuatro indios; pero no es probable que vayan solos: tal vez la retaguardia se compone de cuatrocientos.

—Esperemos á que llegue la joven,—aconseja uno de los más tímidos.—Los indios no la han seguido más lejos, y creo que ya se percibe el galope de su caballo hacia aquí. Seguramente sabe el camino, puesto que ella es la que nos ha guiado.

La indicación parece oportuna á los más. No son cobardes; pero pocos de ellos saben lo que es un encuentro con los indios salvajes, y muchos han tenido sólo con ellos relaciones comerciales.

singular interés, aunque sin prestar mano. Se ha puesto ya demasiado en evidencia, y no quiere hacerlo otra vez. Pero ¿dónde está la sobrina de D. Silvio Martínez?

Aún no se ha presentado, ni se oye tampoco ya el galopar de su caballo. Ha tenido tiempo más que suficiente para llegar, y, sin embargo, no se la ve. Esto produce sorpresa, inquietud, casi alarma.

Entre aquellos hombres, hay muchos que admiran á la doncella mejicana, lo cual no tiene nada de extraño; algunos que la han visto antes, y otros que no saben quién es.

¿Habrá sido alcanzada y cogida?

Todos se dirigen esta pregunta, pero nadie puede contestar á ella, aunque la respuesta interesa en general.

Los tejanos comienzan casi á avergonzarse de sí mismos, porque el grito de Isidora les pedía socorro, haciendo un llamamiento á su caballería.

¿Habrá sucumbido la joven á manos de su perseguidor? ¿Se hallará aquella beldad estrechada en los brazos de un pintado salvaje?

Todos escuchan con atención, inquietos unos, y poseídos otros de la mayor ansiedad. Pero no oyen nada.

No se oye el sonido de ninguna herradura, ni una voz de mujer, nada que indique la llegada de Isidora.

¿Será posible que la hayan cogido, al fin?

Mitigado ya en los ánimos de aquellos hombres el espíritu hostil contra otro de su propia raza, siéntense inclinados á más benevolencia hacia él; pero su deseo de venganza se enciende con creciente furor contra el enemigo hereditario.

Los más jóvenes y fogosos, entre los cuales figuran los admiradores de la doncella mejicana, no pueden resistir ya la incertidumbre, y, saltando al punto sobre sus caballos, anuncian su resolución de ir en busca suya y salvarla, ó perecer en la demanda.

¿Quién ha de oponerse? Sus perseguidores, sus raptos tal vez, pueden ser los mismos hombres en quienes se deba castigar el asesinato de Enrique Coxé.

Nadie se opone, pues; y los jóvenes marchan en busca de Isidora y en persecución de los piratas de la pradera.

Pocos son los que se quedan, y entre ellos está Zab.

El viejo cazador permanece silencioso cuando se trata de perseguir á los indios, aunque no deja de reflexionar sobre ello. Su único cuidado por el momento se reduce á velar por Armando, sin conocimiento aún y vigilado por los Regulares.

Zab no es el único amigo que se conserva fiel al cazador de caballos en la hora de la desgracia: había otros dos igualmente afectuosos. El uno es una hermosa joven que vigila á cierta distancia, disimulando cuidadosamente la ansiedad que la consume; el otro es un grotesco individuo que se halla al lado del cazador: es Felim, que acaba de bajar del árbol donde se ocultó para observarlo todo. El cambio de situación le ha inducido á volver, á fin de continuar en el desempeño de los deberes que se impuso al cruzar el Atlántico.

Nuestra escena no debe proseguir en el Alamo: una hora después queda desierto el jacalé, tal vez para que no vuelva á cobijarse más bajo su techo hospitalario Armando, el cazador de caballos.

CAPITULO IV

ENTRE OFICIALES

La campaña contra los comanches fué una de las más breves, pues sólo duró tres ó cuatro días. Descubrióse que éstos ismaelitas del Oeste no intentaban hacer la guerra, al menos en gran escala. Su correría por las colonias fué sólo organizada por algunos jóvenes indígenas, ansiosos de hacer su primera prueba como guerreros, y de señalarse desollando va-

rias cabezas y apoderándose de caballos y reses.

No son raras las correrías de este género entre los indios de Tejas; pero á veces se hacen por cuenta propia, sin conocimiento del jefe ó principales guerreros de la tribu. En tal caso suelen deberse á la ambición de algún joven que, con una veintena de compañeros, se aleja del campamento para atacar aisladamente á los colonos ó á otros enemigos inferiores en fuerzas. Estos merodeos son organizados comúnmente por una partida de cazadores; los individuos que en ellos toman parte se proponen sólo volver á sus hogares con algo más que los animales muertos, y á menudo sucede que la mayoría de la tribu ignora el hecho hasta mucho después de haber ocurrido. A no ser así, opondríanse seguramente á ello los ancianos, que por regla general no son aficionados á semejantes expediciones, por creerlas no sólo imprudentes, sino perjudiciales á los intereses de la comunidad. Esto no obstante, les aplauden cuando obtienen buen éxito.

En el caso á que nos referimos, algunos jóvenes comanches habían adquirido su diploma de guerreros desollando el cráneo á varios hombres blancos y niños. También se apoderaron de caballos y ganado mayor; pero, no siendo esto de tan fácil transporte como las ensangrentadas cabelleras, sus dueños pudieron recobrar lo robado.

Los filibusteros rojos, alcanzados por un destacamento de tiradores de á caballo en las colinas de San Saba, viéronse en la precisión de abandonar el ganado que constituía su botín, y sólo pudieron salvar el pellejo retirándose á las soledades del Llano Estacado.

Para perseguirlos más allá de los límites de esta estéril región se hubiera necesitado un material más completo del que llevaban las tropas, reunidas apresuradamente; y, aunque los parientes de las víctimas pedían á gritos venganza, no se pudo hacer otra cosa sino prometérsela en tiempo y ocasión más oportunos.

Al descubrir que los comanches se habían retirado más allá de su terreno natural, los soldados de la Unión no tuvieron otro remedio que retirarse á sus cuarteles, y cada destacamento á su fuerte, á fin de esperar allí nuevas órdenes del comandante en jefe del departamento.

Las fuerzas pertenecientes al Fuerte Inge, á las cuales estaba confiada la custodia del país hasta el río de las Nueces, quedaron muy sorprendidas cuando, al volver á su acantonamiento, supieron que habían tomado una dirección opuesta á la conveniente, para perseguir á los indios. Algunos de los oficiales estaban fuera de sí, ciegos de enojo, particularmente el joven Hancock, que aún no había podido atravesar con su espada á un comanche, aunque lo deseaba hacía tiempo.

No cabe duda que esta idea era inhumana; pero debe recordarse que aquellos crueles salvajes habían excitado las iras de los blancos con la repetición de sus nefandos crímenes, el

robo, el asesinato y las violencias contra las mujeres.

Así podríamos explicar el hecho de que los jóvenes oficiales del Fuerte Inge experimentasen enojo por no haber tenido ocasión de matar una docena de Pielas Rojas. Al saber que durante su ausencia se habían visto indios por la otra parte, concibieron nuevas esperanzas de estrenar sus aceros, no manchados aún con sangre desde que los ciñeron en la escuela militar de West Point.

Otra contrariedad sufrieron cuando en el mismo día llegó un grupo de paisanos, que habían perseguido á los salvajes del Alamo, llevando la noticia de que éstos no eran verdaderos indios.

Los paisanos iban provistos de pruebas para confirmar su aserto, pruebas sin las cuales no hubieran merecido crédito, considerando lo que acababa de ocurrir. Estas pruebas consistían en una colección de objetos heterogéneos de los más singulares, tales como pelucas de cerda de caballo, plumas de gallo teñidas de azul, verde y escarlata, calzones de piel de gamo, sandalias de lo mismo y paquetes de pintura, todo lo cual se había encontrado en el hueco del tronco de un algodónero.

No se podía, pues, pensar en una nueva campaña contra los indios, y los belicosos oficiales del Fuerte Inge hubieron de contentarse con los incidentes que la situación ofrecía.

A pesar de la distancia que los separaba de todo centro civilizado, estos incidentes no dejaban de ofrecer á veces asuntos que merecían ser el tema de la conversación general y se prestaban á profundas reflexiones. La reciente llegada de la mujer más hermosa que jamás se había visto en el Alamo; la misteriosa desaparición y el supuesto asesinato de su hermano; la presencia, más misteriosa todavía, de un jinete sin cabeza; la curiosa historia de algunos hombres blancos que se entretenían en disfrazarse de indios, y, por último, la noticia de que el supuesto asesino había sido capturado y estaba preso en el fuerte, eran otros tantos asuntos que excitaban la mayor curiosidad.

Otras cosas se dijeron, á los chasqueados oficiales, que ofrecían suficiente interés para que dejasen de pensar pronto en su frustrada campaña.

El nombre de Isidora Covarrubias de los Llanos, con su notable aunque varonil belleza, era el asunto de la conversación; y también se dijo, ó sospechó algo acerca de su participación en el misterio de que hablaban todos.

Los detalles de las singulares escenas ocurridas en el Alamo, la circunstancia de haberse hallado al cazador de caballos herido en su lecho, la resolución de ahorcarle, la intervención de Luisa Coxe, y después la de Zab, eran todos puntos del más vivo interés y que se prestaban á las más absurdas suposiciones.

Cada uno de ellos fué tema de la conversación y de los comentarios, pero ninguno se discutió tan acaloradamente como el que se refería á la inocencia ó culpabilidad del hombre acusado de asesino.

—El asesinato,—dijo el filosófico capitán Capel,—es un crimen de que no creo capaz á Armando el cazador. Me parece conocer al joven lo suficiente para asegurarlo así.

—Pero admitiréis, por lo menos,—replicó Crossman,—que las apariencias están contra él y que son casi concluyentes.

A Crossman no le había sido nunca simpático el joven cazador, porque creía que en cierta ocasión le había mirado la sobrina del comisario demasiado expresivamente, dirigiéndole una sonrisa.

—Pues á mí me parece que no hay nada concluyente,—repuso Capel.

—No cabe duda, sin embargo, que el joven Coxe ha sido muerto, ó, mejor dicho, asesinado; y todos lo creen así. ¿Quién sino ese joven pudo perpetrar el crimen? El primo asegura que oyó á la víctima disputar con Armando.

—El tal primo sería capaz de jurar cualquier cosa que conviniera á sus propósitos,—interrumpió Hancock;—y, por otra parte, su duelo con el cazador hace sospechar. ¿No es así?

—Y aun en el caso de que mediase disputa,—arguyó el oficial de infantería,—¿qué tenemos con ello? De aquí no se sigue que hubiera asesinato.

—¿Creéis, entonces, que el joven mató á Coxe en duelo leal?

—Es muy posible y hasta probable que sucediera algo de esto. Yo lo conceptúo así.

—Pero ¿qué pudo motivar la cuestión?—preguntó Hancock.—Yo he oído decir que el joven Coxe estaba en muy buena inteligencia con el cazador de caballos, á pesar de lo ocurrido entre éste y Collins. ¿De qué pudo, pues, surgir la disputa?

—¡Singular pregunta por vuestra parte, teniente Hancock!—contestó con énfasis el oficial de infantería.—¡Como si los hombres riñesen por otra cosa que por...!

—Por las mujeres,—interrumpió el dragón profiriendo una carcajada.

—Pero ¿qué mujer será? No creo que se trate de la hermana del joven Coxe.

—¡Quién sabe!—contestó Capel, repitiendo la frase española y encogiéndose de hombros.

—¡Absurdo!—exclamó Crossman.—¡Un cazador de caballos fijar sus miradas en la señorita Coxe! ¡Absurdo!

—¡Qué terrible aristócrata sois, Crossman! ¿No sabéis que el amor es naturalmente democrata y se burla de las artificiales ideas de distinción? Yo no aseguraré que, en este caso, haya habido algo por el estilo. La señorita Coxe no es la única mujer que puede haber ocasionado una disputa entre los dos individuos en cuestión: otras señoritas hay en la colonia por las que valdría la pena romper lanzas, sin contar la bella del fuerte, y tal vez...

—Capitán Capel,—interrumpió Crossman con aire petulante,—pienso que para ser un hombre de tan buen sentido, habláis algo inconsideradamente. Las señoritas de la guarnición deben agradecer os insinuaciones por el estilo.

—¿Qué insinuación, caballero?

—¿Os parece probable que alguna de ellas condescendiese á hablar con la persona que citáis?

—¿Cuál? He nombrado dos.

—Harto me entendéis, Capel, y yo á vos. ¡No hay duda que nuestras señoritas se creerían muy honradas al ver sus nombres unidos con el de un humilde aventurero, de un ladrón de caballos y supuesto asesino!

—Armando el cazador podría ser lo último; pero no merece los dos primeros calificativos. Y en cuanto á que nuestras damas tuvieran á menos hablar con él, debo deciros, caballero Crossman, que, así en esto como en otras cosas, estáis en un error. Conozco al joven más que vos, y lo muy suficiente para persuadirme de que, en punto á educación, podría comparar notas con el mejor de nosotros. Nuestras grandes damas no se asustarían ante la idea de tratarle; y, puesto que habéis profundizado la cuestión, debo añadir que no se avergonzarían de ello si se les ofreciese oportunidad, por lo menos algunas. En cuanto yo he podido observar, ese joven se ha conducido con la modestia propia del verdadero caballero: le he visto en presencia de señoras más de una vez, y se ha portado del modo que corresponde á su posición. No creo que le importe un ardite ninguna de ellas.

—¡De veras! ¡Qué fortuna para los que, en otro caso, serían sus rivales!

—Tal vez lo sean,—replicó tranquilamente el capitán.

—¡Quién sabe,—dijo Hancock, dando intencionalmente otro giro á la conversación, que comenzaba á ser enojosa,—si la causa de la disputa habrá sido esa hermosa señorita de quien tanto se habla!

—Yo no la he visto; pero, á juzgar por lo que todos dicen, la dama es la más á propósito para inspirar á dos jóvenes unos celos de tigre.

—Puede ser... ¡Quién sabe!—dijo Crossman, satisfecho, sin duda, al pensar que el cazador habría fijado sus miradas en alguna dama que no era la sobrina del comisario.

—Ahora tienen al prisionero en el cuerpo de guardia, según acabo de saber,—dijo Hancock; —y creo que está en su compañía ese ente singular que le sirve de criado. Parece también que el Mayor ha dado orden de doblar la guardia. ¿Qué significa esto, capitán Capel? Tal vez podáis decírnoslo vos, que sabéis tanto de ese joven y de sus asuntos. Supongo que no temerán que se escape de su prisión.

—No es probable,—replicó el capitán,—puesto que ni aun sabe que se halla preso. Hace poco entré en el cuerpo de guardia para verle, y puedo aseguraros que el pobre joven está como loco. Seguramente no se reconocería si se mirase en un espejo.

—¡Loco! ¿En qué sentido?—preguntaron Hancock y los demás que no conocían bien las circunstancias de la captura del cazador.

—Tiene una fiebre cerebral, y está delirando.

—Y ¿han doblado por eso la guardia? Me parece andiablamente singular. Yo diría que el mismo Mayor se ha vuelto loco.

—Tal vez sea la orden de la mayora,—replica uno.—¡Ja, ja, ja!

—Pero ¿qué significa eso? ¿Temerá realmente el Mayor que se escape el prisionero?

—No, no: más bien será el temor de que alguno entre á verle.

—¡Ah! ¿Queréis decir que...?

—Quiero decir que Armando el cazador está más seguro dentro que fuera. Por ahí andan algunos malos pájaros, y se habla de otro juicio ante el tribunal de Lynch. O los regulares se arrepienten de haberle concedido una tregua, ó hay alguno que trabaja mucho para excitar la opinión pública en contra del prisionero. Suerte ha tenido éste en que el viejo cazador le haya conservado su amistad; y lo es también que hayamos vuelto nosotros tan oportunamente de nuestra campaña contra los comanches. Si tardamos un día más, es probable que hubiéramos encontrado el cuerpo de guardia vacío, por lo menos de los que recientemente lo ocupan. Ahora, á Dios gracias, el pobre joven será juzgado legalmente.

—¿Cuándo?

—Apenas recobre lo suficiente el uso de sus sentidos para saber que se le ha juzgado.

—Tal vez transcurran algunas semanas.

—O sólo días, ú horas. El cuerpo no parece haber sufrido: sólo tiene la cabeza trastornada, más bien por alguna extraña perturbación del espíritu que por sus heridas. Tal vez cambie esto en un solo día; y, por lo que he oído decir, los Regulares insistirán en que se le juzgue cuando recobre la razón, sin esperar á que se restablezca del todo.

—Tal vez pueda prestar una declaración que lo explique todo,—dijo Hancock;—y espero que así sea.

—Lo dudo,—replicó Crossman, moviendo la cabeza con aire de duda.—Ya veremos.

—Pues yo estoy seguro de ello,—repuso Capel, con un acento que indicaba, mejor que la confianza, el deseo de que así sucediera.

CAPITULO V

BUENAS NOTICIAS

En la Casa de la Curva parece reinar el luto y el misterio entre los individuos de la familia Cuxe.

Aunque ésta ahora no se compone sino de tres individuos, su trato es menos frecuente que antes, y se caracteriza por cierta reserva que debe reconocer por causa algún incidente grave.

Sólo se ven á las horas de comer, y entonces apenas conversan más que sobre aquellos puntos que casi no pueden evitarse.

Harto se explica la tristeza, y no menos la solemnidad.

La muerte, ya indudable, de un hijo y hermano único, tan imprevista como misteriosa, es más que suficiente motivo para que el padre y la hija estén dominados por la melancolía.

También esto pudiera explicar la sombra de tristeza que nubla la faz del primo.

Luisa sabe que Armando Lancaster se halla entre las paredes de una prisión, encerrado en una fortaleza.

No teme que las paredes sean demasiado espesas: por el contrario, quisiera que lo fuesen más.

Y no le faltan razones para deseárselo así: han circulado rumores de siniestra significación; ha oído hablar de un segundo juicio bajo la presidencia del juez Lynch y sus rudos auxiliares; pero no el mismo juez que actuó en el Alamo, ni tampoco el mismo jurado, sino un tribunal menos escrupuloso que el de los Regulares, compuesto de esos hombres perdidos que á cualquiera hora pueden reunirse en una colonia fronteriza, sobre todo cerca de un puesto militar.

Las noticias que así han circulado son para mucho motivo de sorpresa: las personas moderadas no ven una razón para que el prisionero hubiera de comparecer nuevamente ante un tribunal tan irregular.

Los hechos últimamente conocidos no alteran el caso, al menos de un modo que vigorice el testimonio contra el prisionero.

Si los cuatro jinetes vistos no eran indios, lo cual se ha probado claramente por el descubrimiento de los disfraces, no por eso es menos probable que hayan tenido que ver con la muerte del joven Coxe; y, por otra parte, no hay motivo para relacionarlos con Armando el cazador. ¿Por qué, pues, esa marcada antipatía contra el prisionero, que comenzaba á despertarse por segunda vez?

En esto hay algo extraño que los más no aciertan á explicarse.

Muy pocos son los que lo comprenden, ó que, por lo menos, sospechan la causa.

Entre ellos se cuentan Zab y Luisa Coxe: otro es el ex capitán Casio Collins.

El viejo cazador, siempre alerta, y gracias á su penetración, ha descubierto alguna trama secreta, cuyos autores son Miguel Díaz y sus compañeros, unidos con una docena de bribones alistados entre la hez de la colonia. Zab cree que el instigador ha sido el ex capitán.

Así lo ha dicho á la joven criolla, quien opina del mismo modo; y precisamente por comprenderlo así es por lo que está poseída de la mayor inquietud.

Luisa Coxe espera con ansia noticias, y vigila continuamente el camino que conduce desde el Fuerte á la Casa de la Curva, cual si su sentencia de muerte ó su salvación dependiesen de algún correo que por allí llegara.

No se atreve á presentarse en la prisión, porque hay soldados de guardia, y muchos curiosos al rededor: gente ociosa que en todos los países parece experimentar un sombrío placer en estar cerca de los que han cometido grandes crímenes.

En el acusado de entonces concurría una circunstancia especial, y era que no estaba en su cabal juicio, ó, por lo menos, no había recobrado el uso de los sentidos.

Las puertas de la prisión están sitiadas á todas horas, con gran disgusto de los centinelas, por gente ansiosa de escuchar las inconexas frases del hombre delirante, y no podría pasar entre la multitud una señora sin que se fijaran en ella todas las miradas.

Luisa Coxe no podía ponerse así en evidencia, sin riesgo de que padeciera su reputación.

Abandonada á sí misma, acaso lo hubiera intentado; pero vigilada por su padre, cuyas sospechas se han despertado ya, y por un pariente igualmente interesado en espiarla, no tiene oportunidad para cometer semejante imprudencia.

Vese, pues, reducida á permanecer en casa, encerrada en su solitaria habitación, buscando solamente alivio en el recuerdo de las ardientes frases de amor que escuchó en el Alamo. Cuando sube á la azotea, busca también consuelo contemplando aquella espesura donde rindió la pasión más altiva de su alma; pero contrístala la idea de que el hombre á quien ama está ahora humillado, dentro de una prisión, de la cual no saldrá tal vez sino para recibir la muerte.

Luisa experimentó, pues, un gran consuelo, cuando, en la mañana del cuarto día, se presentó Zab en la Casa de la Curva, llevando la noticia de haber vuelto al fuerte la gente que se esperaba.

Gracias á esto, ya no había peligro de que se consumase el atropello que se proyectaba, y que consistía en arrancar al preso del fuerte, no para libertarle, sino para poner fin á su vida.

—Ya no debéis estar inquieta sobre este punto,—dice Zab, hablando con una confianza que no había demostrado hasta entonces.—Ya no hay peligro, señorita Luisa: he tomado mis precauciones.

—¡Precauciones! ¿Cómo, Zab?

—En primer lugar, he visto al Mayor tan pronto como volvió, y le manifesté todo cuanto yo sabía. Le he referido la historia, con los detalles que conozco, y, por fortuna, no está predispuesto contra el joven, que más bien le inspira simpatías. Le expliqué también los manejos de esos americanos y mejicanos, y, sobre todo, de ese infame Díaz, que es uno de los más bribones de la pandilla. El resultado de esto ha sido una orden del Mayor para que se doble la guardia al rededor de la prisión.

—¡Qué contenta estoy! Y ¿creéis seguramente que no hay ya peligro por ese lado?

—Si os referís á Miguel Díaz, puedo jurároslo, porque antes de que él tenga tiempo de sacar á nadie de su prisión, debe ocuparse en salir de la suya.

—¿Cómo! ¿Está Díaz preso? ¿De qué modo? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Me habéis hecho tres preguntas distintas de un golpe, señorita Luisa; y creo que el mejor modo de contestarlas será comenzar por la última. En cuanto al dónde, como en estos parajes sólo hay una prisión en que pudiera estar seguro, que es la del fuerte, allí le tenemos.

—Con...

—Ya sé que vais á nombrar al joven. Pues eso es: están en el mismo edificio; pero no exactamente en el mismo cuarto. Hállanse separados por un tabique, aunque es cierto que podrían hablar; y con Miguel Díaz están sus tres compañeros, quienes, seguramente, necesitarán conversar entre sí.

—Buenas noticias son ésas, amigo Zab. Me dijisteis ayer que ese Díaz trabajaba muy activamente...

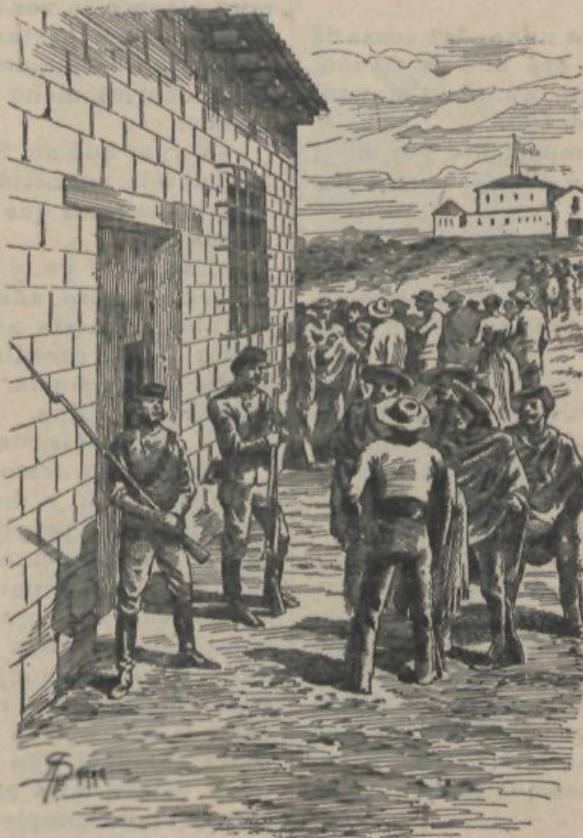
—Para comprometerse en un mal paso, lo

está ahí esperando, sin duda, un poco de pienso y algo para remojarle. Lo mismo yo que mi yegua, hemos hecho una larga jornada sin probar bocado.

—Dispensad, Sr. Zab, que no haya pensado en esto.

Y, volviéndose al criado negro, dicele la criolla:

—Plutón: conducid la yegua del Sr. Zab á la cuadra y dadle un abundante pienso. ¡Florinda, Florinda, ven pronto! ¿Qué queréis comer, Sr. Zab?



Las puertas de la prisión están sitiadas... por gente ansiosa de escuchar las inconexas frases del hombre delirante...

cual ha logrado, al fin. El mismo se ha metido en la ratonera, ó, más bien, alguno le ha hecho entrar.

—Pero ¿cómo y cuándo? No me lo habéis dicho.

—¡Por el valle de Josafat, señorita Luisa! Dadme un poco de tregua para respirar. Vuestra segunda pregunta era *cuándo*. A esta es fácil contestar, diciéndoos que hace sólo una hora que ese bribón ha sido encerrado. Yo mismo lo he visto y he venido directamente á daros la noticia.

—Sí; pero no me habéis dicho por qué se le ha encarcelado.

—No me habéis dado tiempo para ello; y, además, es una historia larga de contar. ¿Queréis oírla ahora ó después?

—¡Después!

—Bien; quiero decir después de haber atendido á mi yegua, porque el pobre cuadrúpedo

—¡Oh! En cuanto á eso, no me apuro mucho, señorita Luisa, pues aún podría esperar un par de horas más; pero si tenéis por ahí alguna gotita de Monongahela me sentaría muy bien.

—¿Monongahela? Todo cuanto queráis; pero me permitiréis que os dé alguna cosa mejor.

—¿Mejor que Monongahela?

—Sí: un poco de jerez, champaña ó coñac.

—Que beban todos los demás esas buenas cosas, pues no dudo que en casa de Coxé las tienen de primera calidad; pero á mí me parecen una medicina capaz de estropear la garganta de un cocodrilo. No, no: nada de eso: dadme á mí el Monongahela, sobre todo de ese que fabrican en Pittsburgh, y no me ofrezcáis nunca otra cosa.

—¡Florinda! ¡Florinda!—grita Luisa.

No era preciso decir á la doncella para qué la llamaban: la presencia de Zab indicaba ya el servicio que de ella se exigía; y así es que,

sin esperarse á recibir la orden, fué á buscar el licor, y volvió muy pronto con un vaso lleno de lo que Zab llamaba aguardiente puro.

El cazador se apresuró á refrescarse el paladar, de tal modo que desapareció desde luego una tercera parte del contenido del vaso, quedando las otras dos para los futuros tragos que debería repetir durante el relato á que iba á dar principio.

CAPITULO VI

EL RELATO

El viejo cazador no hacía nunca las cosas de prisa. Ni aun en la bebida era una excepción, y, aunque no perdió tiempo, apuró su Monongahela grave y pausadamente.

La criolla, que estaba impaciente por oír el relato, no esperó á que Zab continuase hablando.

—Amigo mío, quisiera saber, ante todo,—dijo, cuando se hubo retirado la doncella,—por qué han encarcelado á Miguel Díaz. Creo saber algo de ese hombre, y tengo razones para ello.

—No sois la única persona que tiene motivos para conocerle, señorita Luisa. Vuestro hermano... Pero no importa esto por ahora. Lo que Zab sabe, ó sospecha muy fundadamente, es que ese Miguel Díaz ha tenido algo que ver con... Ya sabréis á lo que me refiero.

—Proseguid, Sr. Zab.

—Pues bien: hé aquí la historia. Después de su vuelta del Alamo, los que lo persiguieron, creyéndolos indios, descubrieron que no eran tales comanches. Supongo que ya sabéis esto. Por los disfraces hallados en el hueco de un árbol, no se podía dudar que los hombres que vimos en la pendiente eran blancos. Ya lo supe yo así al ver los naipes que se dejaron en el jacalé.

—Entonces, serán los mismos que visitaron la cabaña por la noche, los mismos que vió Felim...

—Sin la menor duda. Eran los mismos.

—¿Qué razón tenéis para creerlo así?

—La mejor de todas; y es que les seguí la pista hasta su escondite.

La joven criolla no replicó. La historia de Zab prometía una revelación que podía ser favorable á sus esperanzas, y esperó con paciencia á que continuase.

—Las cartas,—prosiguió Zab,—y algunas palabras que pudo pronunciar á su manera el criado, me permitieron comprender que aquellos hombres no eran lo que parecían, y hasta adiviné el objeto de su venida. En cuanto al disfraz indio, no podía engañarme; y, estando ya en antecedentes, nada más fácil que descubrir á los cuatro pillos, sobre todo á uno de ellos, puesto que le hice una señal. No me cabe duda que le toqué.

—¿Cómo pudisteis señalarle, Zab?

—¿No os acordáis de aquel tiro que disparé desde la puerta de la cabaña?

—¡Oh! Perfectamente; pero no ví á los in-

dios, pues hallábame entonces entre los árboles. Sólo observé que disparabais vuestra carabina contra algo.

—Bien, señorita Luisa. Pues habéis de saber que yo no suelo descargar nunca mi carabina sin tocar en el blanco. Yo estaba seguro de haber herido al bribón; pero como se hallaba muy lejos, no se aprovechó bien el tiro. Ví al hombre estremecerse y dije para mis adentros: «—Si ese tuno no tiene agujereada la piel, poco me importaría cambiar la mía por la suya». Pues bien: cuando se divulgó la noticia de que los jinetes que perseguían á aquella señora eran blancos en vez de Pielas Rojas, pude formar una idea bastante exacta acerca de quiénes serían los supuestos indios, y hubiera podido echarles mano cualquier noche; pero no lo hice.

—Y ¿por qué no, Sr. Zab? Seguramente, no les habréis permitido escaparse, pues tal vez sean los mismos que han asesinado á mi pobre hermano.

—Eso pensé yo, y por la misma razón los dejé escapar; pero, además, había otro motivo, y era que no quería ausentarme del fuerte por temor de que sucediera algo desagradable durante mi ausencia. ¿Comprendéis? Deseaba asegurar el golpe.

—Y ¿lo habéis conseguido?

—Tan cierto como la luz. El tiempo no amenazaba lluvia, y deduje que no corría tanta prisa lo que yo proyectaba, no habiendo, por lo tanto, inconveniente en esperar á que volvieran los soldados, para que estuviera más seguro el cuerpo de guardia. Apenas regresaron, monté en mi vieja yegua y dirigíme al sitio donde nuestros compañeros habían descubierto los disfraces, el cual hallé fácilmente merced á la descripción que me hicieron. Por otra parte, como el que les guió fué ese necio de Cook, estaba muy seguro de que no habrían interpretado completamente las señales, y que no sería difícil averiguar algo más que ellos. No me engañé: el más tonto que jamás pisó las praderas habría podido seguir fielmente el rastro á esos comanches, aunque parece que ni Cook ni aquellos á quienes guiaba los reconocieron bien. A mí no me costó el menor trabajo distinguir las huellas, aunque los que me precedieron las habían pisado ya, y observé perfectamente las pisadas de los caballos de los cuatro mascarones.

—¿Y después?

—Hecho esto, hablé dos palabras con el Mayor, y media hora después hallábanse los cuatro pillos encerrados en el cuerpo de guardia. El jefe de ellos será juzgado antes que ninguno, como no dé á conocer cuál era su proyecto cuando iban disfrazados por caminos ocultos. Miguel Díaz está ya señalado por mí: en la parte carnosa de la muñeca derecha tiene la rozadura de mi bala, y esto explica por qué saltó tan pronto el lazo.

—Es decir, que ¿fué él?—preguntó Luisa maquinalmente, con aire pensativo.—¡Es muy extraño!—murmuró para sí.—A él es á quien yo ví atado en la colina. Sí: debe ser él. Y en

cuanto á la mujer, la mejicana, sería seguramente Isidora. ¡Ah! Aquí hay algún profundo misterio: en todo esto se oculta un negro designio. ¿Quién podrá penetrarlo?

—Decidme, Zab,—añadió la criolla, acercándose más al cazador y hablándole con cierta vacilación;—esa mujer, ó esa señorita mejicana que... que estaba allí, ¿sabéis si le ha visitado muchas veces?

—¿A quién, señorita Luisa?

—A Armando Lancaster.

—Tal vez sí, y tal vez no. Lo único que pue-

—A decir verdad, señorita Luisa, no sé á punto fijo qué pensar, porque todo esto es lo más misterioso que yo he conocido en la pradera. A veces me fijo en la idea de que ellos son los verdaderos autores del hecho; pero otras se me figura que ha intervenido en el asunto alguna persona de quien no sospechan los más. No diré quién.

—Supongo que no os referís á él, amigo Zab.

—No: de ninguna manera. A pesar de todo cuanto se ha dicho contra el joven, no puedo dudar de su inocencia.



—He venido sólo para deciros lo que ocurría en el fuerte, y ahora no hay tiempo que perder

do aseguráros es que yo no la he visto; aunque también es cierto que frecuento poco aquellos sitios: sólo voy de tarde en tarde para cambiar de vistas. Por allí abundan los pavos salvajes y los gamos, y nunca pierdo el tiempo. Ahora, si me preguntáis mi opinión, os diré que esa muchacha no ha estado allí jamás, pues si así no fuese, ya lo habría sabido yo, porque algo me hubiera dicho Felim, que todo lo charla. Por él he averiguado también que sólo una dama ha visitado el jacalé de Armando.

—¿Quién?—interrumpió vivamente la criolla.

Mas en el momento sintió haber dejado escapar estas palabras. Coloreáronse sus mejillas al ver la significativa mirada de Zab, y, sin esperar contestación, añadió seguidamente:

—Bueno: eso no importa. ¿Creéis, amigo mío, que esos hombres han tenido que ver algo con lo que ahora nos causa tanta pena?

—¡Oh! Y cómo lo probará? Asegúrase que todas las declaraciones están contra él y que no hay nadie que hable una sola palabra en su favor.

—No tanto como eso. Ocupado en vigilar á los demás y en no perder de vista la prisión, no he tenido tiempo de trabajar; pero ahora se presenta una ocasión y pienso aprovecharla. La pradera es un gran libro, señorita Coxe, un libro maravilloso, aunque sólo para aquellos que saben leer en sus páginas. En otro tiempo no fui muy fuerte como escolar; pero Zab ha estudiado mucho en ese libro. Tal vez encuentre yo, entre el blando césped, algún testimonio que pueda favorecer al joven; y tengo empeño en buscarlo, sobre todo en los alrededores del Alamo.

—¿Abrigáis la esperanza de descubrir algunas huellas?

—No puedo asegurároslo; pero voy á dar una

vuelta, particularmente por el sitio donde encontré al joven á punto de ser presa del jaguar. Ya debía haber ido antes; mas no lo hice por las razones que os he dicho. Gracias á Dios, no ha llovido ni una gota; y cualquiera señal que se haya dejado hace una semana, será inteligible para mí, como si datase de ayer, pues tengo la vista muy perspicaz para esto, señorita Luisa. He venido sólo para deciros lo que ocurría en el fuerte, y ahora no hay tiempo que perder. Esta mañana me han permitido entrar á ver al joven, y estoy seguro de que ya está mejor. Los Regulares insisten en que se le juzgue apenas se restablezca; y como ello podría suceder antes de tres días, es preciso que yo vuelva antes.

—¡Muy bien, Zab!—contestó Luisa.—Id á desempeñar vuestra generosa misión, traed las pruebas de su inocencia; y en lo sucesivo os será deudora de un servicio más apreciable para mí que la existencia.

Tal fué el ruego de la criolla.

CAPITULO VII

LA HERRADURA ROTA

Excitado su celo por el cariñoso ruego de Luisa, el cazador se encaminó presuroso á la cuadra, en busca de su yegua.

El cuadrúpedo trituraba furiosamente el grano que Plutón le había puesto delante en gran abundancia, complaciéndose después en permanecer junto á la yegua para verla comer.

Contra su costumbre, el negro estaba silencioso, y revelábase en su semblante cierta inquietud mezclada de tristeza, lo cual se explicaba fácilmente: la pérdida de su joven amo, á quien Plutón quería mucho; la tristeza de su señorita, igualmente apreciada; algunas duras palabras que hubo de escuchar de los labios de Florinda, y, sobre todo, algunos puntapiés recibidos del capitán Casio Collins, eran motivos más que suficientes para que el rostro de Plutón expresase todo menos la alegría.

Zab estaba demasiado absorto en sus propias reflexiones para fijarse en la tristeza del negro, y, además, tenía tanta prisa, que no quiso dejar que su vieja yegua acabase el pienso de maíz, por mucho que lo necesitara.

Apoderándose de las riendas, le puso al momento el bocado y todos sus arreos, y, haciéndole dar media vuelta, dispúsose á salir de la cuadra.

No dejó la yegua de oponer resistencia, pues rara vez tenía á su disposición una despensa tan bien abastecida; pero el cazador tiró vigorosamente de las riendas, abligándola á seguirle.

—¡Oh! ¡Oh Masa Tap!—exclamó Plutón.—¿Por qué tener tanta prisa? Pobre yegua no haber comido la mitad de su pienso. ¿Por qué no dejarla llenarse la panza? ¡Ja, ja! Hacerle mucho bien.

—No tengo tiempo, negro, porque debo emprender un viajecito de cien millas, poco más ó

menos, y quisiera recorrer la distancia en dos horas.

—¡Oh! ¡Oh! Ese ser un viaje muy rápido; pero me parece que masa Tap chancearse.

—Te aseguro que no.

—¡Cáspita! ¿Para qué hacer ese viaje tan largo por las praderas? Vuestra yegua tener, sin duda, tanta resistencia como ese caballo que andar la otra noche doscientas millas.

—¿Qué caballo?

—El viejo alazán que estar allí junto á la puerta: ser el caballo de masa Colin.

—¿Por qué crees que anduvo doscientas millas?

—Porque llegar aquí casi reventado; apenas poder andar cuando yo conducirlo al río para beber, y tropezar lo mismo que una vaca. ¡Oh! ¡Oh! No poder tenerse en pie.

—¿De qué noche hablas, Plutón?

—¿De qué noche? Esperar que recuerde... ¡Ah! Ser la misma noche en que masa Enrique faltó de la plantación. Por la mañana, una hora después de salir el sol, yo ver el viejo alazán en la cuadra, empapado en sudor todo su pelaje, como si acabar de salir del río, ó venir de una de las carreras de Nueva Orleans.

—Y ¿quién le sacó aquella noche?

—Yo no saberlo, masa Tap; pero nadie montar nunca el alazán sino masa Colin.

—Y ¿no sería él quien le montó?

—No saberlo, masa Tap, ni quién, ni por qué, ni para qué. Yo no ver al capitán sacar el caballo ni entrarle.

—Si es cierto lo que me dices de que sudaba tanto, alguno debe haberle montado aquella noche para emprender una larga carrera.

—¡Ah! Eso sí: yo estar bien seguro.

—Oye, Plutón: tú no eres mal muchacho, aunque tengas la piel negra; pienso que dices la verdad, y que no sabes quién montó el alazán aquella noche; pero ¿quién sería, en tu opinión? Sólo te pregunto esto porque ya sabes que el Sr. Coxé es muy amigo mío, y yo no consentiría que se abusase de su propiedad, así como tampoco de lo que pertenece al capitán Collins. Sin duda, alguno de los negros trabajadores ha sacado el caballo de la cuadra para dar una vuelta por el país. ¿No te parece que será eso?

—No, masa Tap: nego no creer eso, porque los esclavos de la plantación no entrar aquí, ni menos en la cuadra. No ser ningún nego quien sacar el alazán.

—¿Quién diablo puede haberle montado, entonces? Tal vez fuera el capataz. ¿Te parece á ti?

—No ser él tampoco.

—Pues, entonces, debe suponerse que fué el mismo dueño del caballo; y en este caso no hay más que hablar, porque tiene derecho de montar su corcel cuando le plazca, y reventarle si le conviene. Ese no es asunto mío.

—¡Oh! ¡Oh! Ni mío tampoco, masa Tap: yo quisiera haber pensado así esta mañana.

—Pues ¿qué te ha pasado esta mañana para desear eso?

—¡Oh! Esta mañana suceder una desgracia al pobe nego. ¡Oh! ¡Oh! Una gran desgracia.

—¿Qué ha sido ello?

—Yo recibir muchos puntapiés, masa Tap, á la una y cuarto de la tarde.

—¡Puntapiés!

—¡Oh! Sí: al rededor de la cuadra.

—¡Ah! Vamos: será que te ha coceado algún caballo.

—¡Oh! ¡Oh! No ser eso, masa Tap; no ser los caballos, sino el amo de todos, menos de la yegua pinta. Ser masa *Colin* quien darme los puntapiés.

—¡Diablo! ¿Por qué razón? Siempre habrás cometido alguna torpeza, negro.

—No: yo no hacer nada: sólo preguntar al capitán por qué haber puesto al caballo en tan triste estado, cansándole aquella noche. Masa *Colin*, entonces, contestar que no importarme, dándome un puntapié, y otro y otro, y luego algunos latigazos, amenazándome con otros ciento si alguna vez yo hablar del caballo. ¡Oh! Nego no haber visto nunca á masa *Colin* tan furioso.

—Pero ¿dónde está ahora? Yo no le veo por ninguna parte. Supongo que no ha salido, puesto que se halla ahí su caballo.

—¡Oh! Sí, masa Tap; y á estas horas ya ser lejos. Ahora salir mucho de casa y tardar largo tiempo.

—¿A caballo?

—Sí, señor: montar el de color gris. ¡Ah! ¡Ah! No querer ahora mucho el alazán, ni haber salido con él una sola vez desde la noche en que el viejo caballo volver tan rendido.

—Mira, Plutón, — repuso Zab, después de permanecer silencioso algunos segundos, absorto, al parecer, en algún cálculo; — después de todo, pienso que será mejor dejar á la yegua que acabe su pienso, porque ha de recorrer un buen trecho y pudiera faltarle la fuerza en medio del camino. A veces cuanta más prisa se tiene, más se tarda en llegar, y, por lo tanto, paréceme que lo mejor es conceder á la yegua el tiempo que necesita. Mientras acaba de atiforrarse, yo podré tomar un bocadito. Ve, pues, á la cocina, y mira si hay por allí algo para reanimarme, aunque sólo sea un poco de carne fiambre y un pedazo de pan. Tu señorita quería que comiese algo; pero como yo temía retardarme, no acepté. Ahora, mientras espero á la yegua, podría limpiar un hueso por vía de entretenimiento.

—Cierto que sí, masa Tap: yo traerlo en la centésima parte de un minuto.

Así diciendo, el negro cruza rápidamente el patio, dejando á Zab solo en la cuadra.

El aire de indiferencia con que el cazador había terminado el diálogo con Plutón, desapareció tan pronto como éste se alejó.

Adelantándose á través del pasadizo embalsado que separaba las dos líneas de pesebreras, acercóse á la que ocupaba el alazán.

El caballo se desvió, acercándose á la pared, y comenzó á temblar, espantado tal vez por el ademán resuelto con que se aproximaba el cazador.

—¡Quieto, animal! — gritó Zab. — No es mi ánimo hacerte daño, aunque por tus miradas

sospecho que eres tan vicioso como tu dueño. ¡Estáte quieto te digo, y veamos tus herraduras!

Al pronunciar estas palabras, inclinóse Zab para coger una de las patas delanteras; pero el caballo las levantó de repente, y comenzó á golpear el suelo, lanzando fuertes resoplidos cual si temiera que trataran de hacerle daño.

—¡Condenado sea tu feo cuerpo! — gritó Zab con enojo. — ¿Por qué no te estás quieto? ¿Quién trata de hacerte mal? ¡Vamos, vejatorio! — continuó el cazador con acento más afable. — Sólo deseo ver cómo te han herrado.

Y Zab intentó de nuevo levantar la pata del cuadrúpedo; pero impidiósele otra vez la agitación y movimientos del animal.

—¡Bueno! — murmuró el cazador. — Esta es una dificultad con que no contaba, y he de ver cuál es el mejor medio para vencerla, pues no conviene de ningún modo que me ayude el negro, ni que vea lo que yo hago, lo cual sucederá si no me despacho. ¡Maldito caballo! ¿Cómo le haré levantar el pie?

Zab reflexionó un momento, expresándose en sus facciones la mayor impaciencia.

—¡Condenado animal! — exclamó de nuevo. — Estoy por darle un golpe de una vez. ¡Ah! Ahora me ocurre un medio, si el negro me da tiempo. Confío que la cocinera le detendrá un rato, y, siendo así, ya obligaré yo á ese maldito á estarse quieto, como no prefiera morir estrangulado. Supongo que con un pedazo de cuerda te quitaré las ganas de agitarte tanto.

Así diciendo, cogió el lazo de la silla de su yegua, y, arrojándole sobre la cabeza del alazán, ajustóle á su cuello, sujetando en su mano la extremidad libre.

Por algunos momentos, el caballo manoteó, produciendo resoplidos de rabia; pero éstos se convirtieron muy pronto en una especie de silbido que difícilmente se escapaba de sus narices, y su coraje se cambió en terror, pues la cuerda le oprimía ya la garganta.

Entonces aproximóse Zab sin temor alguno, y después de recoger la cuerda comenzó á levantar una pata tras otra para examinarlas. Aunque lo hacía apresuradamente, fijó su atención en todo: observaba la forma de la herradura, el número y posición relativa de los clavos y, en una palabra, cuanto podía ser útil para hacer una comprobación.

Al levantar una de las patas posteriores, la última que inspeccionó, profirió una exclamación que indicaba una agradable sorpresa.

La herradura de aquel casco estaba rota, faltándole como una cuarta parte, y veíase la fractura en el segundo clavo, á partir del asa.

—Si lo hubiera sabido, — murmuró, — me habría ahorrado el trabajo de examinar las otras. No será fácil equivocarse las huellas que este casco ha dejado; pero, á fin de estar más seguro, quiero llevármela.

Y, adoptada esta resolución, Zab desenvainó su gran cuchillo de caza, cuya hoja era muy gruesa cerca del mango, é, introduciendo ésta entre el hierro y el casco, desprendió la herra-

dura, que, juntamente con los clavos, desapareció en el vasto bolsillo de Zab.

Luego desató el lazo que comprimía el cuello del caballo, que pudo ya respirar libremente.

Plutón llegó un momento después, llevando abundantes provisiones, incluso un frasco del célebre Monongahela, al que Zab hizo los honores principalmente, sin decir una palabra acerca de lo ocurrido durante la ausencia del negro.

Sin embargo, Plutón no dejó de advertir la

ras á mi vieja yegua. ¿No lo haría Santiago?

—¡Oh! ¡Oh! Con la mejor voluntad: de eso responder yo.

—La cuestión es que yo pueda esperar. ¿Cuánto tiempo tardaría en ello?

—¡Bah! Masa Tap, muy poco tiempo. Santiago tener muy buenas manos y saber bien su oficio: todos decirlo así.

—Sí; pero tal vez no tenga preparados los materiales: esto dependerá del tiempo que haya transcurrido desde la última vez que tra-



—¡Cáspita!—exclamó el negro.—¿Qué tener el viejo caballo?

excitación del alazán, porque el caballo, aun después de verse libre, siguió temblando, á la vez que miraba en torno suyo con una especie de terror por lo que acababa de sucederle.

—¡Cáspita!—exclamó el negro.—¿Qué tener el viejo caballo? ¡Oh! ¡Oh! Parece que tener miedo de vos, masa Tap.

—Puede que sí, —repuso Zab con aparente indiferencia;—muy bien puede ser que esté un poco espantado, pues quería acercarse á mi vieja yegua y le he tocado un poco con la punta del lazo para que estuviese quieto.

El negro quedó satisfecho de esta explicación, y no se habló más del asunto.

—Oye, Plutón, —dijo Zab después de una larga pausa;— ¿quién es el herrador de vuestros caballos? Supongo que será alguno que lo entienda.

—¡Oh! ¡Oh! Eso sí: el herrador es Santiago. ¿Por qué preguntarlo, masa Tap?

—Porque pensaba poner un par de herradu-

bajó. ¿Hace mucho que ha herrado algún caballo?

—Creo que más de una semana, masa Tap. ¡Oh! ¡Oh! Ahora recordar que la yegua pinta ser la última, pero esto importar poco. Yo saber que Santiago tener todos los útiles dispuestos, porque deber cambiar una herradura rota del alazán; hace diez días que tenerla así, y masa Colin mandar cambiarla. ¡Oh! ¡Oh! Esta misma mañana oír decírselo á Santiago.

—Bien mirado, —repuso Zab, cual si cambiase repentinamente de idea, —no tendré tiempo para esperar, y mejor será que lo dejemos hasta la vuelta, con tanta más razón cuanto que la mayor parte del camino está bien cubierto de césped, de modo que la yegua no padecerá. No, no, —añadió el cazador después de una pausa, mirando al cielo. —Debo marchar inmediatamente.

Y, acercándose á su yegua, exclamó:

—¡Vamos, vieja mía! Es preciso que dejes

de mascar y muerdas en cambio este pedacito de hierro. Abre esa boca para que pueda ponértelo bien.

Hablando así, tan pronto con Plutón como con el cuadrúpedo, Zab puso el cabezal á la yegua, sacóla fuera, y, acomodándose en la silla, alejóse á buen paso.

CAPITULO VIII

INVESTIGACIONES

Cuando salió del recinto de la Casa de la Curva, el cazador encaminóse río arriba, en dirección al fuerte y á la ciudad.

Deseaba llegar cuanto antes á esta última, y esperaba conseguirlo en menos de un cuarto de hora.

Generalmente empleaba tres para recorrer esta distancia; pero en aquella ocasión estaba muy sobrecitado y tenía mucha prisa.

La vieja yegua podía andar con bastante rapidez en caso de necesidad, es decir, cuando Zab lo exigía, por un medio especial suyo, y del cual se valía sólo en las ocasiones extraordinarias. Consistía simplemente en desenvainar su cuchillo é introducir la punta cerca de la cola del cuadrúpedo.

El efecto era mágico, ó, si se prefiere la figura, eléctrico. Espoleada así la yegua de Zab, podría recorrer una milla en tres minutos, y más de una vez se había visto precisada á dar pruebas de su capacidad cuando su amo era perseguido por los comanches.

En aquella ocasión no se necesitaba tanta velocidad: así es que el cazador llegó al fuerte en quince minutos.

Detúvose ante la puerta principal, apeóse al momento y se dirigió al cuerpo de guardia, dejando á su yegua suelta.

Zab podía obtener sin dificultad una entrevista con el jefe del Fuerte Inge. Considerado por los oficiales como un hombre especial, tenía entrada á todas horas, sin necesitar contraseña ni someterse á ninguna de las formalidades exigidas de ordinario á los extranjeros. Los centinelas le dejaron pasar como persona conocida, y el oficial de guardia saludóle cortésmente, enviando al punto un recado al Mayor para anunciar su llegada.

Sin duda, le esperaba ya el jefe, pues, acudiendo al instante, exclamó al verle:

—¡Ah, Sr. Zab! Me alegro de que hayáis vuelto. ¿Habéis descubierto alguna cosa respecto al misterioso asunto? A juzgar por vuestro pronto regreso, me inclino á creerlo así, y espero que sea en favor de ese infeliz joven, pues, aunque las apariencias están contra él, insisto en mi primera opinión de que es inocente. ¿Qué habéis sabido?

—A decir verdad, Mayor,—contestó Zab, limitando su saludo á quitarse el sombrero,—lo que he averiguado no es gran cosa, aunque sí lo suficiente para hacerme volver aquí. No tenía intención de presentarme hasta después de haber emprendido una certa excursión por las

praderas; pero deseaba hablar antes dos palabras con vos.

—Sed, pues, bien venido. ¿Qué tenéis que decirme?

—Todo se reduce á suplicaros que aplacéis el juicio todo lo posible. Yo sé que hay presión por fuera; pero tampoco se me oculta que tenéis autoridad suficiente para resistir á ella, y, lo que es más, deseos de hacerlo así.

—Es muy cierto, Sr. Zab: en esto no os engañáis; pero en cuanto á la autoridad, solamente la tengo en cierto sentido. Bien sabéis que en nuestra gran república el poder militar está siempre sometido al civil, menos cuando rige la ley marcial, que, seguramente, no deseo ni aun en Tejas. Yo puedo oponerme á una infracción declarada de la ley; mas no me es posible pronunciarme contra esta última.

—No es eso lo que yo deseo: de ningún modo. Lo que importa especialmente es que no lo hagan algunos, arrogándose vuestra autoridad para satisfacer sus fines. En esta colonia hay más de cuatro que pasarían al punto á vías de hecho, sobre todo uno que yo sé, y cuyo nombre conozco. Si no lo hacen es por vuestra autoridad.

—¿A quién os referís?

—Vos sois hombre para guardar un secreto: ¿no es verdad, Mayor?

—Sr. Zab, lo que se habla entre nosotros es en el seno de la confianza. Podéis decir sin temor cuanto os parezca conveniente.

—Pues comenzaré por manifestaros que, en mi concepto, no es el culpable Armando el cazador.

—Esa es mi opinión también: ya lo sabéis. ¿No tenéis nada más que comunicarme?

—Pues bien, Mayor: aún podría deciros alguna cosa más; pero me parece que todavía no es hora, prescindiendo de que todo se limita á suposiciones. Tal vez me equivoque, y prefiero no decir nada hasta después de haber hecho una corta excursión al río de las Nueces. Entonces podré comunicaros todo cuanto sé y cuanto me sea dado averiguar en las praderas.

—Esperaré con gusto vuestro regreso, tanto más cuanto que sé vuestro amor á la justicia; pero ¿qué deseáis de mí?

—Sólo que demoréis el juicio, Mayor: sólo esto. De lo demás me encargaré yo.

—¿Cuánto tiempo? Ya sabéis que todo se ha de hacer con arreglo á los acostumbrados procedimientos del tribunal del crimen. El juez de este distrito no se dejará gobernar por mí, aunque tal vez ceda á mi ruego; pero hay algunos que gritan continuamente venganza, y también podría ser que se dejase llevar de ellos.

—Ya sé quiénes son, y también conozco á su jefe, el cual se verá tal vez obligado á comparecer ante el tribunal antes que la causa termine.

—¡Ah! ¿Creéis, pues, que no son esos hombres...?

—No puedo asegurar si son ó no, Mayor. Creo que han intervenido en el asunto; pero

no como los primeros promovedores. A él es á quien yo quiero descubrir. ¿Podéis prometerme tres días de plazo?

—¡Tres días! ¿Para qué?

—Para demorar el juicio.

—¡Oh! No creo que haya en eso la menor dificultad. Ese joven está preso ahora y bajo la ley militar, y, aunque el juez del Tribunal Supremo exigiese la entrega en ese tiempo, puedo oponer objeciones para que no salga de aquí. De eso respondo.

—Creed, Mayor, que viviría muy contento bajo la ley marcial. No hay duda que, en algunos casos, es la mejor, por más que no nos agrade mucho á nosotros los ciudadanos independientes. Todo cuanto me resta deciros es que, si aplazáis el juicio tres días, tal vez el prisionero que se presente en el tribunal sea otro distinto del que se halla ahora en el cuerpo de guardia, y acaso también uno que en este momento no se figura ni remotamente que se sospecha de él. No preguntéis quién, Mayor; pero prometedme el plazo de tres días.

—Podéis contar con él, Sr. Zab, aunque arriesgue mi grado de comandante en el ejército americano. Confíad en mi palabra de caballero de que Armando el cazador no saldrá del cuerpo de guardia antes de transcurrir tres días. Inocente ó culpable, será protegido durante este tiempo.

—Sois, en verdad, magnánimo, Mayor; y el diablo me lleve si no hago todo lo posible para demostraros algún día que sé agradecerlo. Nada más tengo que añadir ahora, como no sea rogaros que no se trasluzca fuera la menor cosa de cuanto os he dicho. No deja de haber algunos que, si lo supiesen, revolverían cielo y tierra para frustrar mi proyecto.

—Pues en mí no hallarán apoyo, Sr. Zab, sean quienes fueren. Podéis fiaros de mi palabra.

—Ya lo sé, Mayor, ya lo sé. El cielo os bendiga por vuestras buenas intenciones. Sois el hombre que conviene á Tejas.

Después de este cumplido, despidióse el cazador, y, dirigiéndose al sitio donde había dejado su yegua, montó en ella y alejóse rápidamente.

Cuando hubo salido del recinto del pueblo, tomó el mismo camino recorrido antes al salir de la Casa de la Curva, y, al llegar á las inmediaciones de la plantación de Coxe, desvióse de las tierras bajas del Leona y se encaminó por la pendiente que conducía á la llanura superior.

Ya en ella, y al penetrar en cierto sitio donde el chaparral linda con la pradera, detúvose á la sombra de un árbol; pero, en vez de apearse, permaneció inmóvil en la silla, dirigiendo al rededor una mirada con aire reflexivo.

—¡Diablo!—murmuró.—El incidente me parece muy sospechoso. Eso de que el caballo de Collins saliera la misma noche y volviese bañado de sudor no deja de ser singular. ¿Qué significará? ¡El diablo me lleve si el misterio no tiene su origen aquí! Así lo he pensado por el camino; pero... ¡es tan absurdo suponer que

él haya matado á su primo!... Sin embargo, le creo capaz de eso y de cualquiera otra villanía si trata de realizar algún proyecto. Me parece, no obstante, que no podía haber motivo para ello, al menos que yo sepa. Si la propiedad hubiese de pasar á su primo, ya lo comprendería, porque el viejo Coxe no tiene ya suya ni una fanega en todo el terreno de la hacienda. De todo esto no me cabe la menor duda. Y en cuanto á los negros, tampoco le pertenece uno solo: todo es ya de ese condenado. No había motivo, pues, para que necesitase deshacerse de su primo. Hé aquí dónde se estrellan todos mis cálculos. Por lo que yo he oído, no se tenían mala voluntad. Ciertamente que con la señorita no estaba en buen lugar; pero esto no es una razón para que matase al hermano... Por otra parte, tenemos mezclado en este enredo á Armando el cazador, á los indios, á la joven mejicana, al jinete sin cabeza y... ¡el diablo sabe quién más! ¡Por el valle de Josafat! Asunto hay aquí para trastornar el seso al más sabio abogado. ¡Bueno! Como quiera que sea, es inútil quedarme aquí reflexionando. Con este pedacito de hierro que llevo en el bolsillo, tal vez halle alguna cosa que me dé en parte la clave de tan tenebroso misterio. Lo primero de todo es elegir dirección.

Zab miró al rededor al pronunciar estas palabras, cual si buscara una respuesta.

—Es inútil,—añadió,—comenzar cerca del fuerte ó de la ciudad, porque allí está el terreno tan cubierto de huellas como en un redil. Mejor será dirigirme desde luego á la pradera y tomar un sendero hacia Río Grande. Procediendo así, acaso dé con la huella que busco. Sí, sí: ésta es la mejor idea.

Y, satisfecho con tal resolución, Zab dirigió algunas palabras á su yegua, encaminándola por el sendero del chaparral.

Luego de recorrer como una milla, en la dirección del río de las Nueces, apartóse repentinamente de la línea que seguía, con un aplomo que indicaba algún plan preconcebido.

Un momento después avanzaba por el O., cortando en ángulos rectos las diversas sendas que conducían á Río Grande.

Notábase un cambio en la expresión de las facciones de Zab, así como en su actitud en la silla. Ya no miraba á su alrededor distraídamente, sino que, inclinado el cuerpo, exploraba con atención el terreno, á derecha é izquierda.

Habría recorrido una milla, poco más ó menos, en la nueva dirección, cuando observó en el terreno alguna cosa que le hizo recoger riendas y detenerse de pronto.

Aún no se había parado del todo la yegua, cuando Zab estaba ya en tierra.

Y, dejando á su cuadrúpedo como admirado de aquella repentina detención, avanzó uno ó dos pasos y arrodillóse.

Después, sacando la herradura rota de su vasto bolsillo, aplicóla sobre una huella de caballo que se reconocía claramente en el césped.

La medida era exacta.

—¡Perfectamente!—exclamó con aire de triunfo.—¡Maldito si no es esto! ¡No podría ajustarse mejor!

Y, adaptando de nuevo la herradura á la señal, añadió:

—¡Por el Eterno! ¡Este es el rastro de un traidor, ó tal vez de un asesino!

que iba deduciendo, no tenía ojos para ninguna otra cosa.

No miraba la inmensa sabana que se extendía indefinidamente á su alrededor, ni el azulado cielo que hallaba sobre su cabeza: sólo el césped que iba pisando llamaba su atención.

Un sonido, no la vista de un objeto, le dis-



Sacando la herradura rota de su bolsillo, aplicóla sobre una huella de caballo...

CAPITULO IX

SUMA Y SIGUE

Zab permaneció muy corto tiempo en el sitio donde había descubierto la señal de la herradura rota.

Seis segundos le bastaron para su identificación. Después se puso en pie y siguió observando las huellas del caballo.

No había vuelto á montar y avanzaba á pie, seguido de la vieja yegua, que, obediente á una señal, manteníase á respetuosa distancia.

Durante una milla, avanzó del mismo modo, unas veces despacio, cuando la huella no era bien marcada, y otras presuroso, si se distinguían bien las señales.

Como un arqueólogo ante un cuadro de jeroglíficos históricos largo tiempo sepultados entre las ruinas de una olvidada metrópoli, cuyos caracteres, incomprensibles para cuantas personas los miran, son inteligibles para él, Zab iba traduciendo las señales de la pradera.

Absorto en aquel trabajo y en las conjeturas

trajo del atento examen que practicaba: fué la detonación de una carabina; pero tan distante, que parecía la percusión de una cápsula cuando falta el tiro.

Detúvose instintivamente, y al propio tiempo alzó la vista, mas sin erigir el cuerpo.

Una rápida ojeada le bastó para observar el horizonte, así como también los puntos de donde pudo partir el tiro.

Hacia el cielo se elevaba una nube de azulado humo, bajo la cual un fondo oscuro parecía indicar los contornos de una isla de la pradera.

Tan distantes estaban esta isla y el humo, y tan lejana resonó la detonación, que sólo un hombre de las praderas habría visto ú oído una y otra cosa desde el sitio en que se hallaba Zab.

—¡Qué cosa tan singular!—murmuró, conservando la actitud del hortelano que cava la tierra de su huerto.—¿Quién diablos se entretiene en cazar por allí, cuando no hay pieza alguna que valga la pólvora que se gasta? Ya he estado yo en esa isla de la pradera y sé que no hay más que coyotes. Sólo Dios sabe con

qué viven esos animales en semejante sitio. ¡Vamos!—continuó Zab después de una breve pausa.—Será algún tendero de la ciudad que ha salido para entretenerse en tirar desde lejos á los lobos y volver luego á su casa diciéndole que les ha dado caza. ¡Bueno! Eso no me importa nada. Que se divierta uno lo que tenga por conveniente. ¡Ah! Alguien viene hacia aquí. ¡Un caballo... y con su jinete, que le hace correr como si los persiguiese el mismo diablo, lanzando rayos y centellas! Pero, ¡por vida mía, que es el jinete sin cabeza! ¡Por el valle de Josafat! ¡El es!

La observación del viejo cazador era de todo punto exacta. No se podía confundir con otro al extraordinario jinete, que, saliendo de entre la nube de humo sulfuroso, casi desvanecida entonces por la pradera, avanzaba á galope tendido hacia el sitio en que se hallaba Zab.

Ni menos podía equivocarse en cuanto á la dirección que tomaba tan directa á Zab, como si, habiéndole visto ya, hubiese resuelto darle alcance.

Dentro de los confines de Tejas no se hubiera podido hallar un hombre más valeroso que el viejo cazador: un encuentro con el jaguar, con el oso ó el búfalo, ó bien con el indio, no le inmutaban, ni tampoco una partida de comanches que le atacase; pero infundíale pavor el solitario jinete.

A pesar de su experiencia de los más íntimos secretos de la Naturaleza, á pesar del estoicismo que de ello se derivaba, Zab no estaba exento de alguna superstición. ¿Quién sería aquel extraordinario jinete?

Dotado de valor suficiente para burlarse de un enemigo humano, de cualquiera que se presentara con su forma natural, de todo bípedo ó cuadrúpedo, carecía, sin embargo, de ánimo suficiente para desafiar á un ser sobrenatural; y el mismo Bayardo habría retrocedido á la vista del jinete que avanzaba al encuentro del cazador, al parecer con el designio de exterminarle.

No sólo retrocedió Zab, sino que, estremeciéndose de pies á cabeza, buscó un escondite, y antes de que el jinete sin cabeza se pusiese al alcance de la voz, ya estaba el cazador oculto.

Algunos matorrales que había á su alrededor, y de los cuales se aprovechó con instintiva ligereza, bastáronle para permanecer invisible. Sin embargo, aún podía descubrirle muy bien la yegua, que permanecía á su lado.

Pero no fué así, pues al arrodillarse Zab, que ya había pensado en esto, dirigió la palabra á su cuadrúpedo, diciéndole con voz enérgica:

—¡Échate pronto! ¡Encógete, vieja yegua, ó por el Eterno, que serás presa del diablo!

Y el animal, como si comprendiese el terrible apóstrofe y temiera tan espantosa desgracia, arrodillóse al punto, y, recogiendo sus cuartos traseros, echóse sobre la yerba.

Apenas se hubieron acomodado así Zab y su montura, el jinete sin cabeza llegó con su caballo al galope.

Avanzaba con gran rapidez, y Zab quedó

muy satisfecho al observar que seguía siempre el mismo paso. Únicamente la casualidad le había conducido en aquella dirección; no se debía esto á la circunstancia de haber visto al cazador ni á su yegua.

Zab quedó muy contento de aquella coincidencia, tanto más cuanto que, mucho antes de haberse perdido de vista el extraordinario jinete, el cazador pudo fijarse en los detalles de aquél.

Y lo que era un misterio para todo el mundo, dejó de serlo ya para Zab.

Al pasar el caballo, la punta de la manta, agitada por el viento, permitió ver una forma bien conocida de Zab, con un traje que recordaba perfectamente: era una blusa de algodón azul, abotonada sobre el pecho, y, aunque su vivo color estaba salpicado de manchas rojizas, el cazador le reconoció.

No pudo fijarse tanto en las facciones de la cabeza sujeta en la silla y apoyada sobre el muslo; pero, aun cuando no fuese así, nada de extraño tenía que no pudiera identificarla, pues la misma madre que en otro tiempo miraba cariñosamente aquellas hermosas facciones, no las habría reconocido entonces.

Zab se limitó á deducir: el caballo, la silla, las pistoleras, la manta rayada, el calzón y hasta el sombrero, eran todas prendas conocidas de él, así como también la figura que se sostenía en los estribos. En cuanto á la cabeza, no podía menos de pertenecer al mismo jinete, aunque ya no estuviese en su sitio.

Zab había fijado bien la vista, y pudo así observar los detalles de la fúnebre aparición.

Aunque el caballo iba al galope, como pasó á diez pasos del cazador, éste, sin embargo de que no hizo cosa alguna para detener su marcha ni con el gesto ni la palabra, vió bien todas las formas del jinete y comprendió el misterio. Entonces no pudo menos de murmurar con triste y pausado acento:

—¡Por el valle de Josafat! ¡Es cierto, pues! ¡Pobre joven! ¡Muerto... muerto!

CAPÍTULO X

EL TACO

El jinete sin cabeza galopaba siempre, continuando su rápida carrera. Zab se limitó por entonces á seguirle con la vista; pero cuando hubo desaparecido detrás de una espesura, púsose en pie.

Por espacio de dos ó tres segundos permaneció inmóvil, como consultándose á sí mismo sobre si debería emprender la persecución.

Aquel episodio, tan singular como inesperado, trastornaba algo sus ideas, y parecía exigir algún cambio en su plan. ¿Seguiría el rastro descubierto ya, ó iría en persecución del caballo que acababa de pasar?

Lo primero le permitiría tal vez averiguar mucho; pero quizás descubriese más con lo segundo.

Si capturaba al jinete sin cabeza, le sería

dato averiguar la causa y el objeto de sus solitarias y locas correrías.

Embebecido en sus reflexiones acerca del partido que mejor le convendría tomar, había olvidado la humareda y la detonación que antes oyó á lo lejos en la pradera.

Pero el olvido fué momentáneo, pues el incidente valía la pena de ser recordado, y Zab pensó en él.

Dirigiendo la vista hacia el punto en que apareció el humo, observó algo que le indujo á

co á quien interesa descifrar este misterio. ¿Quién será ese otro? A fe que me agradaría mucho averiguarlo.

No tuvo que esperar mucho para que su deseo quedara satisfecho. Como el rastro era reciente, el jinete desconocido podía seguirle aunque fuera al trote, que era precisamente el paso de su caballo. No tardó en hallarse á distancia suficiente para identificar su persona.

—¡Por el valle de Josafat!—murmuró el cazador.—Debí presumir que sería él; y, si no me



Collins pasó con su caballo al trote

sentarse de nuevo, ocultándose presuroso entre la espesura. La vieja yegua permanecía siempre en el mismo sitio, y no era necesario molestarla.

Lo que Zab vió otra vez era un hombre á caballo, un verdadero jinete con su cabeza sobre los hombros.

Todavía se hallaba muy distante, y no era de presumir que hubiera columbrado al corpulento cazador, oculto entre la espesura, ni menos aún á la yegua echada en el suelo. Así parecía, por lo menos, pues no hizo demostración alguna que probase lo contrario. Lejos de ello, firme en la silla é inclinado el cuerpo hasta tocar con el pecho el arzón, fijaba la vista atentamente en el terreno que recorría su caballo.

No era muy difícil adivinar en qué se ocupaba: Zab lo comprendió á la primera ojeada: iba en seguimiento del jinete sin cabeza.

—¡Oh! ¡Oh!—murmuró Zab al hacer este descubrimiento.—Parece que no soy yo el úni-

engañan mis cálculos, vamos á tener aquí otro capítulo del mismo libro, otro eslabón que completará la cadena de la evidencia que yo busco con tanto afán. ¡Quieta, yegua! Si haces un solo movimiento, aunque no sea más que para estirar tus largas patas, te cortaré el cuello aquí mismo.

Después de apostrofar así á la yegua, Zab permaneció silencioso, oculta la cabeza entre la espesura de acacias y fija la vista en el ramaje, para observar al jinete.

Este era Casio Collins.

No fué su belicoso aspecto lo que retrajo á Zab de presentarse ante él, pues no temía un encuentro con el ex capitán de voluntarios. Aunque instintivamente sentía hacia él cierta animosidad, Collins no le había dado hasta entonces motivo para considerarle como enemigo.

El cazador permaneció á la sombra para observar mejor los movimientos del ex capitán.

Examinando siempre cuidadosamente el rastro del jinete sin cabeza, Collins pasó con su caballo al trote.

Zab le observó, inmóvil entre las acacias, hasta que la misma verde espesura que ocultó al primero le impidió ya ver al ex capitán de caballería.

Las ideas del cazador de los bosques debían seguir otro rumbo, en vista de los recientes datos que acababa de obtener, y érale preciso aguzar de nuevo su ingenio.

Si antes había motivo para seguir el rastro del jinete sin cabeza, ahora era aquél mucho más poderoso.

Poco tiempo necesitó Zab para deducir tal consecuencia, y preparóse al punto para lanzarse en persecución de Casio Collins.

Sus preparativos se redujeron á coger de la rienda á la yegua, y á darle un puntapié que le hizo levantarse presurosa.

Zab permaneció á su lado, con la intención de montar y adelantarse por la llanura, tan pronto como Collins se perdiera de vista.

No era su ánimo observar á éste, pues no necesitaba tal guía: las dos huellas recientes le bastaban, y tenía tanta seguridad de reconocer la dirección que seguían, como si fuera cabalgando junto al jinete sin cabeza, ó al lado del hombre sin corazón.

En tal seguridad salió de entre la espesura para seguir la misma senda por donde avanzaba Collins.

Zab se equivocó por una vez en su vida, y pudo reconocerlo así al dar vuelta á la arboleda, tras de la cual habían desaparecido los dos jinetes.

Más allá extendíase un grande espacio de la pradera gredosa, por el cual se había dirigido, al parecer, el jinete sin cabeza.

El cazador lo dedujo así al ver á Collins á cierta distancia, delante de él, yendo y viniendo de un lado á otro, como el ojeador que examina el terreno en busca de una perdiz.

Según todas las apariencias, él también había perdido el rastro, y procuraba encontrarle de nuevo.

Ocultándose entre la espesura, el cazador permaneció inmóvil, observando los movimientos del ex capitán.

El propósito de Collins quedó frustrado, porque la superficie gredosa no se prestaba á la interpretación, al menos para un hombre tan poco práctico como él.

Después de dar repetidas vueltas, renunció, al parecer, y, espoleando con enojo su caballo, hízole galopar en dirección al Leona.

Tan pronto como se perdió de vista, Zab hizo también un esfuerzo para descubrir el rastro perdido; mas, á pesar de su mayor práctica, debió desistir igualmente.

Los rayos de un sol abrasador caldeaban entonces la llanura gredosa: únicamente los ojos de una salamandra hubieran podido soportar el deslumbrador reflejo. El cazador, casi cegado, pensó que lo mejor sería retroceder, y una

vez más comenzó á seguir el rastro que antes abandonó.

Había averiguado lo bastante para suponer que este último le prometía una rica recompensa.

No tardó mucho en descubrirle otra vez, y, conseguido esto, observóle con más atención que nunca. Comprendía demasiado su valor, y, dominado por tal idea, avanzaba rápidamente seguido de su dócil cuadrúpedo.

Una vez solamente se detuvo en un sitio en que las huellas de dos caballos convergían con las que él iba siguiendo.

Desde este punto coincidían las tres pistas, desviándose en ocasiones, para prolongarse paralelamente en el espacio de unas veinte varas, poco más ó menos, y reuniéndose después de tal modo, que las huellas aparecían sobrepuestas.

Los cuadrúpedos iban herrados, lo mismo que el de la herradura rota, y el cazador se detuvo sólo para ver qué podría deducir de estas señales.

Uno de los caballos era, seguramente, americano; el otro musteño, aunque de grande alzada y de cascos casi tan grandes como los del otro.

Zab pudo hacer sus conjeturas sobre ambos.

No se detuvo para reflexionar cuál sería el primero que pasó, pues esto era para él tan claro como si lo hubiese visto: el musteño fué delante, aunque Zab no podía colegir hasta qué distancia; pero, corta ó larga, llevaba la delantera á su compañero. El caballo americano pasó después, y detrás el de la herradura rota, que era de la misma raza.

Los tres recorrieron el mismo camino; pero separados: Zab podía reconocer esto con tanta seguridad como si observara las indicaciones de un reloj de sol ó de un termómetro.

Fueran cuales fuesen sus pensamientos, el cazador no dijo nada, limitándose á exclamar: —¡Muy bien!

Y con la satisfacción retratada en el semblante, siguió avanzando, imitándole la yegua cual si se burlase de él.

—Aquí se han separado,—murmuró el cazador, deteniéndose en otro sitio y examinando el terreno; —el musteño y el caballo americano han ido juntos, siguiendo la misma dirección, mientras el de la herradura rota ha tomado una distinta. ¿Qué significará esto?—continuó Zab después de examinar breves momentos.—¡El diablo me lleve si jamás he visto señales tan dudosas! Ahora me confunden más que nunca. ¿Qué huellas seguiré primero? Si observo las de los dos caballos, ya sé á dónde conducen: seguramente, irán á parar al charco de sangre... No: sigamos las otras para ver si se alejan mucho.

Y, dirigiéndose Zab á su yegua, añadió: —Acércate un poco más, vieja mía, y tira hacia la derecha, no sea que te vayas á perder en el chaparral y sirvas de cena á los coyotes.

Después de apostrofar así al cuadrúpedo, profiriendo una carcajada, Zab siguió las huellas del tercer caballo.

Condujéronle éstas por el lindero de un grande espacio de chaparral, á un punto bien conocido de él, donde estaba el claro que ya hemos descrito en otro lugar.

El nuevo rastro costaba sólo la arboleda en un corto espacio, y unas doscientas varas más allá introducíase en ella. A los cincuenta pasos, Zab pudo reconocer el lugar donde el caballo debió estar atado á un árbol.

También comprendió que el cuadrúpedo no

donde era más densa la espesura, reconoció un espacio donde debía haber estado un hombre algún tiempo. Allí no había césped, y se reconocía perfectamente la huella impresa por la bota ó el zapato.

Descubriáanse otras iguales en dirección al charco y en opuesto sentido. Sobre las ramas de un árbol, Zab vió algo más importante, y que debió pasar inadvertido, no sólo de los exploradores, sino también de su guía Cook: era



—La letra es de mujer,—continuó, mirando de nuevo el pedazo de papel

había pasado de allí, pues distinguíase otra línea de señales que se dirigía á la pradera, aunque no por el mismo sendero.

Pero el jinete debió ir más lejos, pues veíanse sus huellas á orillas de un arroyo medio seco, cerca del cual estuvo atado el caballo.

Dejando á la yegua ocupar el mismo sitio donde debió pastar algún tiempo el caballo de la herradura rota, Zab siguió las huellas del caballo desmontado.

Pronto descubrió dos series de ellas, unas que iban y otras que venían.

Siguiendo las primeras, no le sorprendió llegar á la avenida de árboles y cerca del charco de sangre, lamido y relamido hacía mucho tiempo por los coyotes.

Hubiera podido seguir las señales hasta el mismo charco, á no ser porque se mezclaban con centenares de otras; pero antes de avanzar tanto detúvose el descubrimiento de un nuevo indicio, demasiado interesante para no examinarle con la mayor minuciosidad. En un sitio

un pedazo de papel ennegrecido y medio quemado, que seguramente sirvió de taco.

Zab le arrancó de la rama de espino de que pendía, extendióle cuidadosamente sobre la palma de su callosa mano y leyó en la manchada superficie un nombre bien conocido de él, que, con su correspondiente título, tenía las iniciales C. C. C.

CAPITULO XI

LAS RAMAS ROTAS

El semblante de Zab expresó menos sorpresa que satisfacción al descifrar la escritura del papel.

—Es el sobre de una carta,—murmuró;—pero él sólo me cuenta una pequeña historia mucho más interesante, en mi opinión, que la que pudiera contener el texto. ¡Usarlo como taco de una carabina! ¡Bueno! Le está bien empleado. Más le hubiera valido atacar con un

pedacito de piel de gamo engrasada que no con una bola de papel. La letra es de mujer,—continuó, mirando de nuevo el pedazo de papel;—pero esto no importa. De todos modos, á él se se la han dirigido, y la carta ha estado en su poder. Hé aquí un dato que se debe tener en cuenta.

Diciendo así, sacó una pequeña bolsa de piel que contenía yesca, pedernal y eslabón, y, después de introducir en ella el pedazo de papel, guardóla de nuevo en su vasto bolsillo.

—Bien,—murmuró, reflexionando, al parecer, profundamente.—Ahora debo calcular cómo devanaré esta madeja misteriosa, cuyos hilos están rotos; cómo ataré los cabos dispersos para descifrar el enigma que no acierto á explicarme. El hombre asesinado, fuere quien fuere, se hallaba cerca del charco de sangre, y el asesino, sea quien sea, estaba oculto detrás de esa acacia. Si no hubieran pasado antes que yo esos estúpidos, podría reconocer mejor las señales. Ahora no hay la menor probabilidad, pues han pisoteado el terreno en todos sentidos, dejándolo muy confuso. ¡Bah! Será inútil seguir más adelante por este lado. Paréceme ahora lo mejor tomar el otro rastro, á fin de averiguar, si es posible, á dónde llevó el caballo de la herradura rota á su jinete, de vuelta de su breve correría. Conque ¡vamos, Zab! Veamos qué maña te das para seguir las huellas de las botas.

Acabado este grotesco soliloquio, Zab comenzó á seguir de nuevo las huellas que le guiaron á la entrada del claro.

Sólo en uno ó dos sitios eran perfectamente distintas; pero Zab no necesitaba apenas guiarse por ellas. Habiendo notado ya que el hombre que las imprimió debió volver al sitio en que estaba atado su caballo, sabía muy bien que las huellas de regreso iban á conducirlo al punto de partida.

Sin embargo, había un sitio en que los dos rastros de ida y vuelta no se continuaban por el mismo terreno. Vefase, en el espacio abierto, una bifurcación, y por ella debió marcharse el supuesto asesino. Después se unían de nuevo los dos rastros; mas no hasta que aquel que entonces seguía Zab iba á desembocar en una especie de cañada de considerable extensión.

Ya al corriente de este detalle, Zab examinó el terreno durante un momento, sin fijarse, por el pronto, en las huellas del hombre.

Después de practicar un breve examen, observó otras huellas bien marcadas, pero de distinto género: era el rastro perfectamente visible de un animal, que entraba por un lado del espacio descubierto y salía por el otro.

Zab echó de ver igualmente que varios caballos herrados habían pasado por allí algunos días antes, y esta circunstancia fué lo que le indujo á volver atrás para examinar el nuevo rastro.

Podía reconocer muy aproximadamente el día y hasta la hora en que pasaron por allí los caballos, y esto sin guiarse más que por la señal; pero en aquella ocasión no necesitaba agu-

zar su natural ingenio. Sabía que aquellas huellas eran las de los caballos de Cook y de su gente, después de haberse separado de la mayoría de los exploradores, que volvieron á sus casas acompañando al Mayor.

Enterado de toda la historia de aquella pesquisa preliminar, sabía que Cook y sus compañeros habían descubierto el camino seguido por el caballo de Enrique Coxe hasta las inmediaciones de la plantación, donde fué cogido por un negro.

Esto hubiera podido parecer satisfactorio para una inteligencia vulgar. Nada más le sería ya posible averiguar á cualquiera que volviese á recorrer el camino. Pero Zab no pareció pensar así, y, mientras observaba, revelábase la indecisión en su actitud.

—Si creyese tener tiempo,—murmuró,—seguiría adelante; mas no hay seguridad ninguna, y será mejor seguir la pista del caballo de la herradura rota.

El cazador había dado ya una vuelta para alejarse de aquel sitio, cuando le detuvo una nueva idea.

—Después de todo,—añadió,—eso se puede hacer fácilmente á cualquiera hora. Deduzco á dónde me conducirían las huellas, con tanta seguridad como si hubiese cabalgado con el biibón que las dejó. No cabe duda que iría á parar á la Casa de la Curva. Y, no obstante, es lástima soltar este cabo ahora que estoy en el sitio, pues me costará otra jornada de diez millas, y tal vez no haya tiempo. ¡Vaya! Quiero avanzar un poco por esa pista. Ya me esperará aquí la yegua hasta que vuelva.

Y, resuelto á practicar su nueva investigación, Zab siguió el rastro de los caballos de Cook y su gente.

Apenas se fijó en esto último. Sus ojos buscaban las huellas del caballo de Enrique Coxe, aunque los otros las borraban á veces. Tenía empeño en no perder esta pista, y, gracias á su práctica, pudo identificarla, pues el caballo del joven plantador había caminado al galope y lentamente los de los exploradores.

Por lo que pudo observar Zab, estos últimos no se habían detenido ni desviándose de la línea; pero el otro sí.

A unos tres cuartos de milla del lindero de la arboleda había hecho alto, ó, más bien, se apartó de la línea que seguía, tal vez por haber visto algún lobo ó otra fiera, cuyo encuentro le conviniese evitar.

Más allá continuó su carrera tan rápidamente como antes.

Cook y su gente debieron pasar por allí sin detenerse á inquirir por qué el caballo se había desviado de su senda; pero Zab era más curioso y se paró en el mismo sitio.

Era un espacio estéril, sin césped y cubierto de arena. Prestábale sombra un árbol corpulento, cuyas ramas se extendían horizontalmente, y una de éstas se prolongaba en sentido transversal sobre el sendero por donde hubo de pasar el caballo, hallándose tan baja que, para no tropezar con ella, el jinete tendría que bajar la cabeza.

Zab, que examinaba con mucha atención esta rama, observó una depresión en la corteza, que, aunque muy leve, debía haber sido producida por el contacto con un cuerpo duro.

—Esto lo ha hecho el cráneo de algún ser humano,—murmuró Zab,—y seguramente un jinete. Ningún hombre puede recibir un golpe semejante sin ser arrojado de la silla. ¡Hurra! —exclamó con acento de triunfo, después de examinar el suelo al pie del árbol.—¡Bien me lo figuré! Aquí está la impresión del jinete que cayó, y ahí la señal de su cuerpo cuando se arrastraba. Ahora me explico ya aquel gran chichón que me confundía. Ya comprendí yo que no era debido á las garras de una fiera, y tampoco me pareció de golpe de piedra ó palo. ¡Esta, esta rama fué la que ocasionó el mal!

Con gigantescos pasos y radiante el rostro de alegría, el cazador se alejó del árbol, no ya para seguir las huellas de los otros caballos, sino el rastro del jinete caído.

El que no conociese el chaparral podría creer que el cazador avanzaba sin guía y por un sendero nunca hollado por la planta del hombre.

Tal vez no le hubiese recorrido antes todo; pero Zab se guiaba por señales que, oscuras para el hombre ordinario, eran para él inteligibles como las letras pintadas de una muestra. Las ramas rotas para dar paso á un ser humano, los tallos quebrados de alguna planta trepadora, la superficie del terreno arañada, todo, en suma, indicaba que por allí había pasado un hombre, y que éste se arrastró, por hallarse inutilizado.

Zab siguió adelante hasta reconocer que las huellas terminaban á orillas de un arroyo.

No necesitaba ir más lejos: acababa de añadir otro cabo al hilo roto. Uno más, y tendría todo el ovillo.

CAPITULO XII

ENCUENTRO

Con iracunda mirada y fruncido el ceño, Cassio Collins, lanzando una imprecación, se alejó de la pradera gredosa, donde había perdido las huellas del jinete sin cabeza.

—Es inútil seguir más lejos,—murmuró.—¡Quién sabe ahora á dónde ha ido! No hay esperanza de cogerle, como no sea por casualidad. Si vuelvo al río podré verle otra vez; pero, á menos de que se ponga á tiro, tendremos el mismo resultado. El musteño no me permite acercarme, como si supiese cuál es mi intención. Hasta es más sagaz que sus congéneres los salvajes, como adiestrado por el cazador mismo; pero si me permite apuntarle, con un buen tiro pondré término á sus correrías. No hay, al parecer, probabilidad de darle alcance, y mucho menos de tomarle la delantera; no es posible con una mula tan pesada como ésta. El alazán no aventaja mucho á mi montura en cuanto á ligereza, pero sí lo suficiente para dejarla atrás. Mandaré que le pongan mañana herraduras nuevas. ¡Si yo pudiera encontrar un caballo bastante ligero para dar alcance al

musteño! Pagaría generosamente el que me lo vendieran. Tal vez haya alguno en la colonia; lo veré cuando vuelva, y si lo encuentro no tendré inconveniente en dar por él doscientos ó trescientos pesos.

Después de hacer estas reflexiones, Collins se alejó de la pradera, cuyos blanquinosos reflejos contrastaban de un modo singular con la sombría expresión del ex capitán.

Este avanzaba rápidamente, sin consideración á su caballo, rendido ya de fatiga por una larga excursión, según lo indicaba su pelaje, empapado en sudor, y la sangre que hizo brotar la espuela de los ijares.

El capitán se encaminaba hacia la Casa de la Curva, y en menos de una hora llegó con su caballo á la espesura que rodeaba la plantación.

Collins conocía bien el sendero, pues habíale recorrido antes, aunque no con el mismo caballo. Al cruzar el lecho de un arroyo, seco ya por efecto de una prolongada sequía, sorprendióle mucho descubrir, en el cieno blando, las huellas de otro caballo. Una de éstas indicaba que una de las herraduras estaba rota, y hubiérase podido reconocer también que fueron impresas lo menos ocho días antes, con corta diferencia. Collins no se detuvo á estudiar este detalle, pues con harta exactitud hubiera podido indicar el día y hasta la hora.

Otros eran sus pensamientos al inclinarse para observar: experimentaba cierta sorpresa mezclada de supersticiosa inquietud. Las huellas parecían tan recientes como si se hubieran impreso el día antes: ni el viento, ni el agua ni la tempestad las habían borrado, y diríase que los elementos, al pasar por allí, quisieron respetar aquel testimonio elocuente contra la violación de las leyes de la naturaleza.

Collins desmontó con ánimo de borrar la huella de la herradura rota; pero mejor hubiera sido para él no tomarse esta molestia, porque el tacón de su bota, hundiéndose en el barro, agregó una evidencia más, que daría á conocer quién era el jinete que montaba el caballo. Muy de cerca seguía á Collins una persona capaz de descubrirle al punto.

Montando de nuevo, el ex capitán se alejó, entregado á sus reflexiones.

Cuando más absorto iba en ellas, parecióle oír tras sí el rumor de las pisadas de un caballo; pero no le vió, sin duda porque el cuadrúpedo avanzaba entre la espesura del chaparral.

Era evidente que se aproximaba, y, aunque con lento paso, su acompasado movimiento indicaba que iba guiado y no perdido. Sin duda alguna, le montaba un jinete.

Pocos momentos después, Collins divisó, al fin, á la persona invisible hasta entonces: era Isidora Covarrubias de los Llanos.

También la joven mejicana le vió en el mismo instante.

¡Singular coincidencia era el encuentro de aquellas dos personas! Tal vez fuese casual; pero quizás interviniese en ello el destino.

Extrañas eran también las reflexiones que hicieron los dos.

Isidora veía en el ex capitán al hombre apasionado por la mujer que ella odiaba. Collins veía en la mejicana á la mujer que amaba al mismo á quien él aborrecía mortalmente y había resuelto exterminar.

Habían adquirido este mutuo conocimiento no sólo de oídas, sino también por observación propia y, además, por las sospechosas circunstancias en que se habían hallado más de una vez.

Ambos estaban plenamente convencidos de la verdad de los hechos; cada cual comprendía su mutua situación, pero creyendo que el secreto del uno no era conocido del otro.

Aquella situación no era la más propia para establecer entre ambos amistosas relaciones, pues no es natural que al hombre ni á la mujer les agrade el admirador de un rival. Sólo podían ser amigos en el punto en que la pasión de los celos induce á tomar una venganza, y en tal caso no pasa de ser esto una siniestra simpatía.

Sin embargo, aún no se había producido semejante sentimiento entre Casio Collins é Isidora Covarrubias de los Llanos.

Si hubiese sido posible, los dos hubieran evitado el encuentro, sobre todo de Isidora.

A la joven mejicana no le inspiraba la menor simpatía el ex capitán de voluntarios. Además de saber que era el adorador de su rival, había otro motivo para que la presencia de Collins le fuese desagradable y enojosa.

Recordaba la caza de los supuestos indios y su desenlace, y sabía que entre los tejanos se hicieron muchas conjeturas acerca de su repentina desaparición, después de haber impetrado su auxilio.

Tenía sus motivos para mantenerse en la mayor reserva sobre el particular, y el hombre con quien se encontraba podría dirigirle algunas preguntas acerca del asunto.

De buena gana se hubiera limitado á un simple saludo, lo menos que podía hacer, y tal vez él habría procedido lo mismo, á no ser porque en aquel momento le ocurrió una idea que ninguna relación tenía con sus reflexiones.

Y no fué la joven mejicana quien se la sugirió: á pesar de su hermosura, no le causaba admiración; en su pecho, por cruel que fuese, no quedaba lugar para otro amor, ni aun sensual, amor que podía inspirarle una joven hermosa en la soledad del bosque.

Así, pues, no le impulsó semejante sentimiento á detenerse en medio de la senda, descubriéndose cortésmente y entablar conversación con Isidora.

Invitada de este modo, la joven no podría rehuir el diálogo, que comenzó muy pronto, tomando Collins la iniciativa.

—Dispensadme, señorita, —dijo fijando la mirada más bien en el caballo que en la amazona;—ya comprendo que es una falta de educación interrumpir vuestro paseo, particularmente siendo yo extranjero, como lo reconozco con sentimiento; pero...

—No necesitáis excusaros, caballero, pues si no me engaño, ya nos hemos visto antes, creo

que en la pradera inmediata al río de las Nueces.

—¡Sí! ¡Es verdad! —balbuceó Collins, á quien desagradaba el recuerdo. —Pero no es de esto de lo que yo deseaba hablaros, sino de lo ocurrido después, cuando os dirigíais hacia nosotros en demanda de auxilio. Todos extrañaron no volver á veros.

—Pues nada tiene de particular, caballero: el tiro disparado por uno de los vuestros me libró de mis perseguidores; ví que emprendían la fuga y continué mi marcha.

Collins no se mostró resentido por la evasión de la joven: aún no había hablado de lo que le importaba, y tal vez en ello sería escuchado con más gusto.

Se hubiera podido adivinar su objeto por la mirada que, como inteligente en caballos, fijaba en el de Isidora.

—No digo, señorita, —repuso, —que yo fuera uno de aquellos á quienes extrañó vuestra repentina desaparición; presumí que tendríais razones para no acercaros á nosotros, y, al veros devorar el espacio tan rápidamente, no temí por vuestra seguridad. Vuestra manera de montar fué lo que me admiró, lo mismo que á todos mis compañeros. ¡Qué caballo tan magnífico tenéis! Parecía deslizarse, más bien que galopar. Si no me engaño, es el mismo que montáis ahora. ¿No es así, señorita? Dispensad esta pregunta tan insignificante.

—¿El mismo? Dejadme pensar, porque uso tantos que no me acuerdo. Sí: creo que montaba este mismo aquel día... Sí, sí: ahora lo recuerdo, por la circunstancia de que me descubrió.

—¿Que os descubrió? ¿Cómo?

—La primera vez fué cuando os acercabais con vuestra gente, y la segunda, cuando los indios... ¡Ay, Dios! Después he sabido que no lo eran... se acercaban por el chaparral.

—Pero ¿qué hizo vuestro caballo?

—Empezó á relinchar precisamente cuando me convenía que guardara más silencio. Ya se le ha enseñado lo bastante para que supiera conducirse mejor; pero no importa, pues cuando llegue á Río Grande se quedará allí. No quiero montar otra vez: permanecerá en sus pastos.

—Dispensad, señorita, si insisto sobre este mismo punto; pero no puedo menos de pensar que hacer eso es una lástima.

—¿El qué es una lástima?

—El que un caballo tan magnífico permanezca ocioso. Yo daría mucho porque fuese mío.

—Creo que os chanceáis, caballero, porque este cuadrúpedo no tiene nada de particular, como no sea su buena estampa y su ligereza. Mi padre tiene cinco mil de esta especie, muchos de ellos más bonitos, y, seguramente, más ligeros; pero éste tiene el paso muy igual, y por eso le preferí. Si no fuera porque voy á Río Grande, y debo recorrer aún mucho camino, os lo ofrecería, lo mismo á vos que á cualquiera que se encaprichase por él.

Y, dirigiendo la palabra á su caballo, añadió:

—¡Vamos! Quieto, musteño mío. Cualquiera diría que sabes que hablan de ti, y que estás impaciente por continuar tu carrera.

—Dispensad, señorita, —añadió Collins con tono de gravedad;—pero si ése es todo el valor que dais á vuestro musteño gris, yo quedaría muy contento de que lo quisierais cambiar por el mío. El que yo monto está considerado entre los chalanos de Tejas como un cuadrúpedo de bastante valor; y, aunque algo pesado, puedo asegurar que os conducirá á vuestro destino, sirviéndoos después muy bien.

—¡Cómo, caballero? —exclamó la mejicana con creciente asombro. —¡Cambiar vuestro magnífico caballo por mi musteño! La oferta es demasiado generosa para que no la considere como una chanza, pues no ignoráis que en Río Grande vale semejante caballo por tres de los nuestros, y á veces por seis.

No se le ocultaba esto á Collins, pero también sabía que el musteño montado por Isidora valía para él una docena de los otros; conocía ya su ligereza, y precisamente necesitaba en aquel momento un cuadrúpedo dotado de esta cualidad. Así, pues, no sólo habría dado en cambio su corcel americano, sino también el precio del musteño.

Afortunadamente para él, Isidora no era una mujer interesada, y, por otra parte, su padre tenía cinco mil caballos en su patrimonio, entre los cuales podría escoger. ¿Por qué había de negar, pues, semejante favor, aun cuando el que lo pedía fuera un extranjero, ó acaso un enemigo?

—Si habláis con formalidad, caballero, —añadió, —no tengo inconveniente en acceder á vuestro deseo.

—Os lo digo muy de veras, señorita.

—Tomadle, pues, —repuso la joven deslizando de la silla y comenzando á desatar la cincha;—pero no podemos cambiar de silla, porque la vuestra sería muy grande para mí.

Collins, nuevamente complacido por tal condescendencia, apresuróse á ayudar á Isidora á quitar la silla á su caballo, y después hizo lo mismo con la suya.

En menos de cinco minutos quedaron cambiados los caballos, conservando Isidora y Collins sus respectivas sillas y riendas.

Para Isidora era algo grotesco aquel cambio, y no pudo menos de reírse mientras se practicaba la operación; pero el ex capitán veía las cosas desde otro punto de vista, pues tenía un proyecto de la mayor importancia.

Isidora y el capitán se despidieron, al fin, sin hablar muchas palabras: la primera hizo emprender el galope á su nuevo caballo, mientras que Collins, montado en el corcel gris, continuó su marcha hacia la Casa de la Curva.

CAPITULO XIII

SIEMPRE EN ACECHO

No tardó Zab en llegar al sitio donde dejó atada su yegua, pues la topografía del chaparral le era muy conocida, y cruzó por un atajo que le ahorraba mucho camino.

Entonces comenzó á seguir el rastro que indicaba la herradura rota, en la seguridad de que no le conduciría muy lejos de la Casa de la Curva.

Avanzó primeramente por un sendero que se corría directamente desde uno de los vados del Río Grande al Fuerte Inge.

Pero no lo recorrió todo: á unas cuatro ó cinco millas del puesto militar desviábase del camino las huellas en un ángulo de tal grado, que siguiéndole en línea recta conduciría necesariamente á la plantación de Coxe. Tan seguro estaba Zab de esto, que, sin tomarse apenas la molestia de mirar al suelo, seguía avanzando tan tranquilo como si hubiese allí algún poste indicador.

Hacía ya rato que había dejado de seguir el rastro á pie. A pesar de su aversión á *clavarse en una silla*, como él solía decir, agradábale terminar su viaje á caballo, porque le había cansado su excursión por la pradera y el chaparral. Sólo de vez en cuando miraba al suelo, menos para asegurarse de que seguía la huella de la herradura rota que por si descubría algún otro indicio.

Había en la pradera algunos sitios en que el césped, duro y seco, no presentaba la más leve impresión. Un viajero vulgar hubiera podido creer que era el primero en pasar por aquel sitio; pero Zab no se hallaba en este caso, y, aunque no siempre distinguía las huellas, sabía á punto fijo, sin equivocarse en una pulgada, que volverían á ser visibles en los espacios húmedos y blandos de la pradera.

Si alguna vez se engañaba era sólo en muy corta distancia y pronto rectificaba el error.

De esta manera, con indiferencia y cautela á la vez, llegó á la distancia de una milla de la plantación de Coxe. Distinguía ya el almenado parapeto, por encima de las copas de los árboles, cuando observó en el suelo algo que le hizo cambiar de aspecto y también de actitud. En vez de permanecer montado, deslízase de la silla, echó las bridas sobre el cuello de la yegua, y, pasando rápidamente por delante del animal, avanzó un buen trecho á pie.

La yegua no se detuvo, sino que siguió á su amo, con un aire de resignación que indicaba estar acostumbrada á tales excentricidades.

A los ojos de una persona poco práctica, nada hubiera explicado esta repentina evolución, efectuada en un sitio donde el césped no parecía pisado por hombre, ni animal ninguno. Sólo podría inferirse la causa por las palabras que murmuró Zab al apearse.

—¡Su rastro se prolonga hacia la casa!

Y el cazador avanzó más lentamente, observando las huellas.

Pronto llegó al chaparral, y poco después detúvose de repente, como si la espesura se hubiese transformado en una barrera impenetrable para él y su montura.

Sin embargo, no sucedía así: el sendero estaba más expedito que nunca; pero precisamente esta circunstancia era la que le había inducido á proceder de tal modo.

El sendero descendía á un valle inferior, una

depresión de la pradera, por cuyo fondo se deslizaba á veces un arroyuelo, que entonces estaba casi seco, viéndose sólo en ciertos sitios algunos charcos de agua estancada.

Por el blando lecho de aquella especie de canal iba un hombre, seguido de su caballo, al cual conducía por la brida.

Nada de particular ofrecía el cuadrúpedo, que seguía al jinete desmontado.

Pero ¿quién era aquel hombre y qué hacía? Sus movimientos tenían algo de extraño, algo que habría dado que pensar á quien no estuviera en antecedentes. Mas para Zab no era aquello un misterio, ni dudó un solo momento.

Casi en el mismo instante de divisar al hombre, comprendió lo que significaba aquella maniobra, y hubiérase podido oírle murmurar entre dientes:

—Está borrando las huellas de la herradura rota, ó, por lo menos, trata de ello; pero ya es de todo punto inútil, Sr. Casio Collins: llegáis tarde. Las huellas son demasiado profundas para que yo pueda engañarme. Y ¡por el Eterno, que las seguiré, aunque me conduzcan al infierno!

Cuando el viejo cazador pronunció estas enérgicas palabras, el hombre á quien aludían, terminado su examen, saltó de nuevo á la silla y alejóse rápidamente.

El cazador siguió avanzando á pie, sin manifestarla menor ansiedad por observar al jinete.

No era necesario: el sabueso que olfatea una pista reciente no está más seguro de ver nuevamente la pieza que lo estaba Zab de encontrar otra vez la que perseguía. Ni los misterios del chaparral, ni los subterfugios podrían salvar á Collins.

Zab avanzaba resueltamente, sin ánimo de detenerse hasta avistar la Casa de la Curva.

Nada de particular tenía que hubiera incurrido en un error. ¿Quién podría pronosticar una interrupción como la ocasionada por el encuentro de Isidora Covarrubias de los Llanos con Casio Collins?

Aunque sorprendido por el incidente, y tal vez sospechando de él, Zab no cometió ninguna imprudencia que pudiera descubrirle.

Por el contrario, juzgó oportuno redoblar sus precauciones, y, haciendo dar media vuelta á su montura, mientras murmuraba á sus oídos algunas palabras en voz baja, prosiguió su marcha silenciosamente á favor de la espesura de acacias.

La yegua siguió á su amo, sumisa y obediente como un perro.

Detúvose muy pronto, é imitóle el cuadrúpedo, cual si sus movimientos dependiesen de los de su amo.

Un espeso grupo de árboles le separaba de los dos individuos, que conversaban entonces animadamente.

No podía verlos sin exponerse á ser descubierto; pero oyó lo que decían.

Y mantúvose inmóvil en su sitio, escuchando con la mayor atención, mientras se efectuaba el cambio de caballos.

Sólo cuando el capitán se hubo separado de Isidora, alejándose los dos, se atrevió á salir, al fin, de su escondite.

Entonces, ocupando el mismo sitio que ellos dejaban, y dirigiendo la vista á ambos lados, exclamó:

—¡Por el valle de Josafat! Se ha efectuado un pacto entre un *demonio* y una *diabla*; y Dios me condene si sé quién llevará la mejor parte.

CAPITULO XIV

SIGUE EL ESPIONAJE

Pasó algún tiempo antes de que Zab se alejase de la espesura donde había presenciado el cambio de caballos, pues esperó hasta que Collins é Isidora se hubieron perdido de vista. Y entonces detúvose para reflexionar á cuál de los dos sería mejor seguir.

A decir verdad, no se detenía sólo para esto, sino para tomar lo que él llamaba un *buen consejo*.

En aquel momento cavilaba sobre el cambio de caballos propuesto por Collins. Inquietábasele esto mucho, y le ofrecía ancho campo para sus reflexiones. ¿Qué motivo podía inducir al ex capitán á solicitar semejante cosa?

Zab sabía muy bien que era cierto lo que dijo la joven mejicana, es decir, que el caballo de los Estados valía mucho más que el musteño; y no se le ocultaba tampoco que Casio Collins no era hombre para dejarse engañar en cuestión de caballos. ¿Por qué había hecho, pues, semejante cambio?

El viejo cazador se quitó el sombrero, pasóse la mano por su enredado cabello, manoseóse después la barba y fijó la vista en tierra, cual si esperase que el césped le diera la respuesta.

—No hay sino una explicación,—murmuró, al fin;—el caballo gris es más ligero que el otro; de esto no cabe duda, y el Sr. Collins le desea precisamente por esta cualidad. De no ser así, ¿cómo había de cambiar su montura por otra que no vale la tercera ó cuarta parte? Seguramente que la cuestión de piernas es la que le ha inducido á proponer el negocio. ¡Maldito si no sospecho su intención! Desea... Sí, sí: desea dar alcance al jinete sin cabeza. Esto es lo que él quiere... Tan cierto como me llamo Zab. El caballo de los Estados no era bastante ligero para eso, cosa que ya sabía yo; y ahora cree que con el musteño podrá alcanzar al otro, si vuelve á encontrarle. Ya no dudo que irá en su busca. Por el pronto, se dirige á la Casa de la Curva, sin duda para tomar algún refrigerio; pero no permanecerá allí largo rato, y dentro de poco le veré de nuevo en la pradera. No tengo sobre este punto la menor duda... ¡Vamos, yegua mía!—añadió, dirigiendo la palabra á su cuadrúpedo.—Tú pensabas que íbamos á volver á casa, ¿eh? Pues te has equivocado: has de estar aquí una hora ó dos, si no toda la noche. Pero no importa, vieja mía,

porque la yerba es bastante buena y podrás atracarte á tu gusto.

Mientras pronunciaba estas palabras, despojó del freno al cuadrúpedo, y, echándole la brida encima de la silla, dejóle en libertad de pacer á su antojo, no sin sujetarle antes á un árbol del chaparral, donde había hecho alto. Después emprendió la marcha, siguiendo las huellas de Collins.

Doscientas varas más allá terminaba el bosque. Desde aquel punto extendíase una llanura despejada de árboles, y enfrente se divisaba la hacienda de la Casa de la Curva.

Zab distinguió la figura de un jinete, que, destacándose junto á la blanca fachada, desapareció después en el oscuro contorno de la puerta.

Ya sabía el cazador quién era.

—Desde este sitio,—murmuró,—veré cuándo sale; y Dios me condene si no vigilo hasta que lo haga, aunque haya de esperar hasta mañana. Tengamos, pues, un poco de paciencia.

El cazador se arrodilló primero, para sentarse después, apoyando la espalda sobre el tronco de un árbol, y, hecho esto, sacó de su enorme bolsillo un saquito que contenía un pedazo de pan, otro de tasajo de cerdo y un frasco lleno de un líquido cuyo olor anunciaba que era *Monongahela*.

Luego de comer la mitad del pan y un pedazo de carne, guardó el resto en el saquito, colgándolo de una rama; echó un trago, y, encendiendo su pipa, reclinóse en el tronco, con los brazos cruzados sobre el pecho y fija la vista en la puerta de entrada de la Casa de la Curva.

Así vigiló por espacio de dos horas, sin cambiar la dirección de su mirada, ó haciéndolo sólo por un momento, de modo que nadie pudiera pasar sin ser visto por él.

Varias personas salieron y entraron, así hombres como mujeres; mas, á pesar de la distancia, Zab pudo reconocer por la vestimenta y el color de los individuos que eran criados de la casa. Además de esto, todos iban á pie, y aquel á quien él esperaba debía salir á caballo.

La puesta del sol entorpeció, al fin, su vigilancia; pero Zab cambió entonces de observatorio. Apenas el crepúsculo comenzó á extender sobre la llanura sus purpúreas sombras, el cazador se puso en pie, permaneciendo inmóvil junto al tronco del árbol, como si aquella actitud fuese más favorable para reflexionar.

—Es muy posible,—se dijo,—que el bribón salga de noche, ó, por lo menos, antes de amanecer, y debo asegurarme del camino que sigue por la pradera. Inútil es que la yegua venga siguiéndome,—añadió fijando la vista en el sitio donde estaba el animal,—pues sólo me serviría de molestia, sin contar que tendremos una luna muy clara. Mejor será dejarla aquí, tanto por la yerba como porque estará más á cubierto.

Así pensando, el cazador volvió á donde estaba la yegua, quitóle la silla, arrolló en su cuello la cuerda del lazo, atando una punta en el tronco de un árbol, desdobló su vieja manta,

echósela sobre el brazo izquierdo y se alejó en dirección á la Casa de la Curva.

No avanzó á paso regular, sino de prisa algunas veces, y otras poco á poco, de modo que no pudiera ser observado fácilmente por los moradores de la hacienda.

Bien necesitaba esta precaución, porque el terreno que debía atravesar era una explanada descubierta. Solamente á intervalos elevábase algún árbol solitario, que apenas le permitía ocultarse á favor de su tronco para no ser visto desde las ventanas ó la azotea.

De vez en cuando deteníase de pronto, á fin de esperar á que oscureciese algo más.

Adelantándose así á hurtadillas, llegó á unas doscientas varas de la hacienda, precisamente cuando los últimos destellos de luz desaparecían del cielo. Por entonces había llegado al término de su jornada y al sitio en que probablemente habría de pasar la noche.

A pocos pasos vió un espeso matorral, y, ocultándose detrás de él, continuó su espionaje, que, en rigor, no se había interrumpido hasta entonces.

Zab no cerró nunca los dos ojos á un tiempo durante aquella larga noche. Bastábale uno para vigilar, y el interés con que lo hacía parecía indicar que le impulsaba algún motivo poderoso.

Durante las primeras horas no dejó de oír sonidos que interrumpieron la monotonía de su prolongada vigilancia: percibió el murmullo de las voces de los esclavos que habitaban las cabañas, y á veces alguna carcajada; pero no los acordes de los instrumentos característicos de los negros. El sombrío silencio que reinaba en la *casa grande* hacía enmudecer también á aquéllos en sus manifestaciones de alegría.

Antes de media noche cesaron todos los ruidos, y sólo interrumpió entonces el silencio de la noche el ladrido de algún perro ó el aullido del coyote que cruzaba la llanura.

El vigilante cazador, cansado de su ejercicio del día, se hubiera dormido, seguramente, á no ser por los pensamientos que le acosaban. Una vez, sintiéndose dominado por el sueño, púsose en pie, dió una vuelta y volvió á echarse, encendiendo su pipa, no sin ocultar la cabeza en el matorral. Durante todo este tiempo, tuvo fija la vista en la puerta de la casa, en la cual se reflejaba la luz de la luna.

Otra vez volvió á cambiar de observatorio, pues el sol iba á salir y su luz le descubriría.

Apenas iluminaron el horizonte los primeros albores de la aurora, púsose en pie, se cubrió con la manta y, volviendo la espalda á la Casa de la Curva, avanzó lentamente, recorriendo en sentido contrario el mismo camino que había llevado la noche anterior.

Su marcha era siempre irregular, y deteníase á intervalos para volver la cabeza ó mirar por debajo del brazo.

No se paró nunca largo tiempo, hasta llegar al árbol á cuya sombra comió la tarde anterior, y en la misma actitud se desayunó.

Pronto desaparecieron en su boca los restos de pan y de tasa, remojados con el Monongahela que aún contenía la botella.

Zab acababa de cargar su pipa, é iba á encenderla, cuando vió una cosa que le hizo guardar el pedernal y el eslabón en la bolsa de donde le sacó.

A través de la azulada bruma de la montaña observó que la entrada de la Casa de la Curva presentaba un punto más oscuro: la puerta se había abierto en aquel instante.

Casi en seguida salió de ella un jinete, montado en un pequeño caballo gris, detrás del cual volvió á cerrarse la puerta.

Zab no se fijó en esto: sólo deseaba saber qué dirección seguiría el viajero.

Pocos segundos le bastaron para averiguarlo: el jinete marchaba de frente.

No le costó mucho tampoco identificar la persona, ni pudo dudar que el hombre y el caballo eran los mismos que observó el día antes. Era de presumir que esta vez pasarían también por delante de él.

El cazador se dirigió rápidamente á la yegua, ensillóla presuroso, y, recogiendo su lazo, condújola á una espesura, desde donde podía dominar el paso del chaparral sin temor de ser visto.

Hecho esto, esperó la llegada del viajero del caballo gris, que no era otro sino el ex capitán Casio Collins.

Zab quiso aguardar á que el jinete pasara de largo, á través del chaparral, y casi se perdiese de vista en lontananza.

Entonces fué cuando saltó en la silla, y, picando espuela á su cabalgadura, hízola emprender buen paso.

Marchaba en seguimiento de Casio Collins, pero sin manifestar el menor empeño en tenerle á la vista.

No necesitaba esto para guiarse, pues el rocío que cubría la yerba era para Zab una página sin mancha, y las huellas del caballo gris un tipo de letra tan legible como las líneas de un libro bien impreso. Podía leerlas con su yegua al trote y aunque fuera á galope.

CAPITULO XV

ESPEJISMO

Sin sospechar que alguien más que Plutón podría verle salir de la casa, y después que el negro ensilló el musteño gris, Collins cruzó la pradera.

Tampoco podía pensar que alguno le espía, al pasar por el punto donde Zab estaba escondido.

Alejándose del lindero de la espesura, el ex capitán prosiguió su marcha hacia el río de las Nueces, poniendo su caballo al trote.

En las primeras seis ú ocho millas de camino no fijó su atención en cuanto se ofrecía á la vista: sólo de vez en cuando dirigía una mirada al horizonte, pareciendo quedar satisfecho de su examen, pero limitábase á la porción

del inmenso círculo que se desarrollaba ante él. No miraba á la derecha ni á la izquierda, y apenas si una vez volvió la cabeza, cuando estuvo bastante lejos del lindero del chaparral.

Ante Collins estaba el objeto, todavía invisible, en que se fijaban sus pensamientos.

Lo que era este objeto, sólo el ex capitán y otro hombre lo sabían: éste era Zab, aunque poco podía imaginar Collins que ningún mortal sospechase sus intenciones.

El viejo cazador no había hecho sino conjeturas, pero de tal índole, que eran para él casi una evidencia, y parecía estar tan seguro como si el mismo Collins le hubiese confiado el secreto. Zab sabía que aquél iba en busca del jinete sin cabeza, con objeto de repetir la cacería del día anterior, y con la esperanza de ser más afortunado.

Aunque montaba un caballo tan ligero como el ciervo de Tejas, Collins no tenía por seguro el éxito, pues había muchas probabilidades de que se le escapara la pieza de que intentaba apoderarse, y hé aquí por qué iba absorto en sus reflexiones.

La incertidumbre le inquietaba; pero infundíale alguna esperanza su reciente práctica.

Recordaba un sitio determinado en que vió dos veces lo que él buscaba, y tal vez volviera á encontrarlo allí.

Era un espacio cubierto de verde césped, donde el chaparral limitaba la sabana por un lado, cerca de aquel claro donde se suponía que fué cometido el crimen.

—¿No es muy extraño que siempre vuelva hacia allí?—se preguntaba Collins al reflexionar sobre esta circunstancia.—¡Pardiez! Esto es endiabladamente singular. Cualquiera diría que sabe... ¡Bah! El caballo prefiere ese sitio porque la yerba es mejor y encuentra el agua cerca. ¡Bueno! Espero que habrá pensado lo mismo esta mañana; y si es así tendré una probabilidad más de encontrarle. De lo contrario, deberé atravesar el chaparral, cosa que no me hace gracia, ni aun de día. ¡Uf! Pero ¡bah! ¿Qué se ha de temer, cuando ya descansa en paz? Ahora se trata sólo de un *pedacito de plomo*, y lo necesito á toda costa, aunque canse este caballo hasta reventarle. Pero... ¡Cielos! ¿Qué veo allá abajo?

Collins pronuncia estas últimas palabras en voz alta, interrumpiendo con ellas su soliloquio.

Al mismo tiempo refrena su caballo con tal violencia, que se encabrita, y, abriendo los ojos desmesuradamente, fija su vista en un punto de la llanura.

Su mirada no indica sólo sorpresa, sino espanto y horror. Y nada de particular tenía esto, porque el espectáculo que contemplaba era suficiente para arredrar al hombre más animoso.

El sol se había elevado sobre el horizonte de la pradera, y Collins estaba de espaldas á él, siguiendo la misma línea de su sombra; ante sus ojos extendíase una faja de azulado vapor, formado por las exhalaciones desprendidas del chaparral, no muy lejano entonces; los mismos

árboles no se distinguían, pues ocultábalos la flotante bruma, como con un velo de gasa purpúrea, que iba á confundirse con el azul del cielo.

Sobre este velo, ó moviéndose detrás de él, cual si fuera un transparente, distinguíase una figura bastante extraordinaria para que el espectador no diera crédito á sus ojos si no la hubiese contemplado antes: era la del jinete sin cabeza.

Pero no como la habían visto Collins y los

aparición, y sus contornos regulares se confundieron por efecto de una rápida transformación, porque el caballo dió la vuelta y alejóse en sentido contrario, aunque todavía con los cascos elevados hacia el cielo.

El espectro, alarmado, sin duda, huía presuroso.

Collins, dominado por el espanto, hubiera permanecido inmóvil; pero su caballo, dando una vuelta repentinamente, facilitóle la clave del enigma.



—¡Cielos! ¿Qué veo allá abajo?

demás, no: era muy distinta: no variaba en la forma, pero las dimensiones eran diez veces mayores.

Aquello no parecía ya un hombre, sino un coloso, un gigante; y en cuanto al caballo, lejos de tener la forma de tal, asemejábase á un enorme mastodonte.

No se limitaba á esto el cambio que ofrecía el jinete sin cabeza; observábase otro más extraordinario é inexplicable: ya no parecía andar por tierra, sino tocando con el cielo; así el jinete como el caballo, movíanse en sentido inverso; los cascos del animal se distinguían perfectamente sobre el borde superior de la bruma, mientras que los hombros del jinete estaban bajo la línea del horizonte.

Aquella figura, más semejante entonces que nunca á un espectro, avanzaba lentamente, y Collins la contempló con el corazón estremecido de horror.

Pero, de repente, efectuóse un cambio en la

Al volverse, oyó las pisadas de un caballo sobre el césped de la pradera, lo cual le advirtió la aproximación de un verdadero jinete, si tal podía llamarse el que produjo tan espantosa sombra.

—¡Es un efecto del espejismo! — exclamó, profiriendo después una imprecación. — ¡Qué tonto he sido en espantarme! Ahí está el condenado objeto que es la causa, la misma cosa que yo busco. ¡Y tan cerca! Si lo hubiese sabido, ya me hubiera apoderado de él. En fin: vamos á darle caza, y ¡vive Dios, que le cogeré aunque haya de galopar hasta el último confín de Tejas!

La voz, la espuela y el látigo sirvieron para dar á conocer la urgencia de Collins, y cinco minutos después dos jinetes cruzaban á escape la pradera, montando ambos caballos del país. De estos dos hombres, el perseguido no tenía cabeza, y el perseguidor avanzaba poseído de una desesperada resolución...

La caza no fué muy larga, por lo menos mientras corrían por el terreno descubierto de la pradera. Collins principiaba á regocijarse con la esperanza de una próxima captura.

Su caballo parecía ser el más ligero de los dos; pero esto podía atribuirse al hecho de ser estimulado con mayor viveza, ó también á que el otro confiaba demasiado en escaparse.

De todos modos, era indudable que el caballo gris ganaba terreno, é iba tan á los alcances del perseguido, que Collins preparó su carabina.

Su intención era hacer fuego sobre el caballo y dar fin de esta manera á la persecución. Trató de disparar sin pérdida de momento, mas le detuvo el temor de errar el golpe.

Recordando que ya en otra ocasión había dejado de conseguir su intento por esta causa, se decidió á esperar hasta colocarse lo bastante cerca para disparar con la seguridad de que el golpe sería certero.

Mientras vacilaba así, la caza se trasladó á otro punto, desde la llanura sin árboles á la entrada del bosque.

Este movimiento inesperado hizo perder terreno al perseguidor, y en sus esfuerzos para recobrar la ventaja, el perseguido ganó media milla.

Acercábase á un lugar que le era demasiado bien conocido, un lugar donde se había derramado sangre.

En cualquiera otra ocasión, Collins se habría alejado de él; pero entonces tenía una idea fija que no le permitía pensar en lo pasado y le hacía temer para lo futuro. La captura del extraordinario jinete era lo único que podría desvanecer su inquietud, alejando el temido peligro.

Cuando el ex capitán hubo recobrado la ventaja en la persecución, las dilatadas narices de su caballo tocaban casi la espesa cola del perseguido.

Con su carabina en la mano izquierda, y con los dedos en el gatillo, preparábase á hacer la puntería.

Un segundo más, y disparaba el tiro: la bala hubiera atravesado al cuadrúpedo fugitivo; pero, cual si éste adivinase el peligro que le amenazaba, trazó de pronto una curva, y, descargando un par de coces contra su perseguidor, alejóse en dirección opuesta.

Tan repentino movimiento, acompañado de un furioso relincho, que indicaba casi una inteligencia sobrenatural, desconcertaron por el pronto á Collins, así como también al caballo que montaba.

Este último se detuvo, resistiéndose á seguir adelante, hasta que la espuela, clavada profundamente en sus ijares, obligóle á galopar de nuevo.

Y entonces le castigó el jinete con más furia que nunca, porque el perseguido, saliéndose fuera de la senda, se dirigía hacia la espesura, donde iba á terminar, seguramente, la caza, sin la muerte ni la captura del fugitivo.

Collins no había pensado hasta entonces sino en la cuestión de ligereza, sin imaginar el des-

enlace que en aquel momento era tan posible como probable. Así es que, más desesperado que nunca, levantó de nuevo su carabina para hacer fuego.

En aquel momento, los dos caballos estaban junto á los matorrales, y el jinete sin cabeza casi oculto por el ramaje que se elevaba por todos lados; de modo que el ex capitán no podía apuntar sino á los cuartos traseros del cuadrúpedo, como así lo hizo, en efecto.

De la boca de la carabina salió un humo sulfuroso; oyóse la detonación simultáneamente, y, como por efecto del tiro, un objeto de color oscuro cruzó la nube de humo y cayó en tierra, produciendo un ruido seco y apagado en el césped.

Este objeto rodó hasta los pies del caballo de Collins, junto á los cuales permaneció inmóvil, aunque no sin oscilar antes de un lado á otro durante algunos segundos.

El caballo gris retrocedió, relinchando, al parecer, con espanto, mientras su jinete lanzaba un grito de terror.

Y nada de particular tenía esto, porque en el suelo, á los pies del cuadrúpedo, veíase la cabeza de un hombre, que aún conservaba puesto el sombrero, cuyas redondas y rígidas alas produjeron la oscilación indicada.

El rostro estaba vuelto hacia Collins, de manera que éste podía verle por completo: las facciones, cubiertas de sangre coagulada, ofrecían una palidez cadavérica; los ojos, aunque abiertos, estaban fijos y carecían de expresión, cual si fuesen de cristal, y la blancura de los dientes contrastaban con la lividez de los labios.

Todo esto vió Casio Collins.

Y no pudo menos de estremecerse y temblar, no por nada sobrenatural ó desconocido, sino por la realidad que contemplaba.

Breve fué su entrevista con aquella cabeza, que, aunque silenciosa, parecía hablar elocuentemente: apenas dejó de oscilar sobre el suave césped, Collins hizo dar una vuelta á su caballo, clavóle las espuelas y alejóse á escape de aquel sitio.

Ya no iba en persecución del jinete sin cabeza, al que distinguía á través de los matorrales: dirigíase á la pradera, ansioso de llegar á la Casa de la Curva.

CAPITULO XVI

TRISTE HALLAZGO

Zab, después de haber salido de la espesura, avanzó lentamente por el rastro, cual si pudiera disponer de todo el día y no hubiese motivo para darse prisa.

Y, sin embargo, el que hubiera observado en aquel momento sus facciones, fácilmente habría reconocido en ellas una expresión de ansiosa inquietud, confirmada por sus nerviosos movimientos y por las rápidas ojeadas que dirigía hacia adelante de vez en cuando.

Apenas se dignaba fijar su atención en las huellas de Collins, pues veíalas de reojo. Hasta

la yegua hubiera podido hacer esto sin auxilio del cazador.

No era, sin embargo, ésta la causa de que avanzase despacio, pues hubiera preferido no perder de vista á Collins; pero así se exponía á ser descubierto, y entonces se frustraba el objeto que deseaba alcanzar.

Este objeto tenía para Zab más importancia que ningún otro; y para conseguirlo confiaba en su facultad de analizar mejor que en el alcance de sus sentidos.

Avanzando, pues, lentamente y con precaución, pero con esa constancia que permite recorrer un gran espacio en poco tiempo, llegó, al fin, al lugar donde Collins observó el espejismo.

Zab no le vió, porque había desaparecido. El azul del cielo y el verde de la pradera formaban una línea no interrumpida.

Sin embargo, divisó una cosa que le sorprendió casi tanto como la vista del espectro: eran dos líneas de huellas de caballos que se prolongaban una junto á otra, correspondiendo una á las que imprimió el nuevo caballo de Collins, cuyas dimensiones había medido ya el cazador.

Respecto á las que estaban debajo, no le era fácil conjeturar ni menos identificarlas. Las otras le eran tan conocidas como si las hubiese impreso su yegua.

—El bribón se ha valido, sin duda, de una treta,—exclamó mientras contemplaba la doble huella.—No lo comprendo muy bien; pero ¿quién sabe! El diablo me lleve si no es verdad. Es muy capaz de hacerlo. El musteño habrá consentido tal vez en dejarle aproximar, al ver que montaba un cuadrúpedo de su raza; y si ha sucedido así... Mas ¿qué hago aquí parado? No hay que perder tiempo en tonterías. Si ha conseguido apoderarse de ese animal, por más que yo haga, todo será dar coces contra el aguijón. Es preciso apresurarse. ¡Vamos, vieja mía! ¡A ver si consigues dar alcance á ese caballo gris antes de media hora! ¡Ea! Dame una prueba de tu ligereza. Ya sé que eres capaz de ello en caso de apuro. ¡Adelante!

En vez de valerse de los crueles medios á que apelaba cuando quería hacer correr á su yegua, Zab se limitó á clavar en los ijares su única y vieja espuela, é hizola avanzar al trote, pues no deseaba ir con más rapidez de lo que la prudencia aconsejaba. Entretanto, no apartó un momento la vista de la línea del horizonte.

—Por la dirección que siguen las huellas,—reflexionó,—puedo colegir muy bien á dónde me conducirán. Todo parece dirigirse por ese camino, como hizo el pobre joven, para no volver. ¡Ah! Si no es posible volverle á la vida, tal vez se pueda, por lo menos, exterminar al infame que le dió muerte. La Escritura dice: «Ojo por ojo, diente por diente»; y confío en arrancar la máscara á alguno. Si lo consigo, procuraré que se le aplique tan sabia máxima. Nadie sino yo sospecha de ese alguno. ¡Ah! ¡Por allí va! Y más lejos el jinete sin cabeza. ¡Van á galope tendido! Y, si no me engaño, el

gris le sigue de cerca... No vienen por aquí, y, por lo tanto, vieja mía, de nada sirve estarlos en este sitio. ¡Anda poco á poco, no sea que nos descubran!... Pero no hay miedo: va demasiado pensativo para mirar á otra parte. ¡Ah! ¡Ya lo esperaba! Se dirigen hacia el claro. ¡Anda, vieja mía, anda tan ligera como puedas!

Un rato de trote seguido, con la vista siempre fija en el sendero del chaparral, bastó á Zab para llegar á la arboleda.

Aunque hacía tiempo que el caballo perseguido había doblado el ángulo de la avenida de árboles, y ya no estaba á la vista, el cazador, lejos de salir al espacio descubierto, no se desvió de la línea de matorrales.

Adelantaba de modo que pudiera dominar el espacio abierto en cierta extensión, cuidando al mismo tiempo de que no fuera fácil verle á él ó su yegua, en el caso de que alguno llegase en dirección opuesta.

No esperaba ni remotamente encontrar persona alguna, y mucho menos al hombre á quien acababa de ver, y tampoco hubo de causarle gran sorpresa la detonación que oyó, pues ya hacía tiempo que la esperaba; más bien le admiraba no haberla oído antes, y cuando resonó el tiro reconoció que era de una carabina, comprendiendo quién la había descargado.

Pero causóle verdadero asombro ver que Casio Collins volvía por el mismo sitio recorrido antes, cinco minutos después de disparar su arma, con una rapidez que parecía indicar una precipitada fuga.

—¡Vuelve otra vez!—murmuró el cazador.—¡Y tan pronto! Esto es muy singular. Aquí pasa algo raro: no me cabe duda. ¡Ja, ja! ¡Huye como alma que lleva el diablo, lo mismo que si le persiguieran! Tal vez vaya en su seguimiento el mismo jinete sin cabeza, y se habrán trocado los papeles. ¡Dios me condene si no lo creo así! Daría un duro por saber lo que es. ¡Je, je! ¡Ja, ja!

Antes de entregarse á este soliloquio, el cazador se había deslizado de la silla, tomando la precaución de ocultarse con su yegua, á fin de no ser descubierto por el jinete fugitivo, que no tardaría en pasar por aquel sitio.

En efecto, pasó muy pronto; pero con tal rapidez y tan abstraído, que apenas habría visto á Zab, aunque éste hubiera estado al descubierto.

—¡Por el valle de Josafat!—murmuró el cazador al ver al ex capitán pasar por delante, lo bastante cerca para observar sus facciones. —Si el diablo no le persigue, lleva el infierno en el alma. ¡Dios me condene si su cara no es la más fea que jamás he visto! Seguramente, compadecería á la mujer que se casara con ese hombre. ¡Pobre señorita Coxé! Espero que podrá librarse de tener por amo y señor á semejante matón. Pero ¿qué puede haber ocurrido? No parece que nadie le persiga, y, sin embargo, sigue corriendo. ¿A dónde irá ahora? Es preciso seguirle y verlo... ¡A casa otra vez!—añadió el cazador, después de acercarse al lindero del chaparral para observar á Collins

que se alejaba á galope.—¡A casa otra vez, no hay duda! Pues ahora, vieja mía, es preciso que tú y yo vayamos por otra parte, pues necesito saber por qué se ha disparado ese tiro.

Diez minutos después, Zab apeábase y levantaba del suelo un objeto.

El hombre de más fuerte corazón habría experimentado horror, por no decir repugnancia, al cogerlo.

Mas no le sucedió así á Zab, porque en aquel

presentaré: mejor será enterrarla por aquí en un sitio cualquiera, y no hablar ya más de ello... ¡No! ¡Maldito si lo hago! ¿En qué estoy pensando? No sé cómo puede servirme esto de ayuda para atar cabos; pero tal vez contribuya de un modo ú otro al esclarecimiento de los hechos. ¡Singular testigo será ante un tribunal de justicia!

Así diciendo, Zab desdobló su manta, y con ella envolvió cuidadosamente la cabeza, siempre con su sombrero.



El cazador estuvo contemplándola algún tiempo con ternura

objeto veía unas facciones harto conocidas, á pesar de la descomposición y de las manchas de sangre; facciones que le eran simpáticas, no obstante el trastorno ocasionado por la muerte y por la horrible mutilación.

Había amado aquel semblante cuando era el de un joven; inspirábale aún respeto cuando no pertenecía á nadie.

Cogiendo las cintas del sombrero, que oprimía fuertemente las sienes, Zab trató de quitarlo de la cabeza; pero ésta se había hinchado de tal modo que no pudo conseguirlo.

Entonces, colocándola en su posición natural, el cazador estuvo contemplándola algún tiempo con ternura.

—¡Oh Dios mío, Dios mío!—murmuró con voz ahogada.—¡Qué regalo para llevarlo á su padre y á la señorita Luisa! No creo que se la

Después, colgando aquella extraña carga del arzón de la silla, volvió á montar en su yegua y alejóse pensativo.

CAPITULO XVII

ABOGADOS

Al tercer día de hallarse Armando Lancaster en la prisión militar, cesó la fiebre y ya no pronunció frases incoherentes.

Llegado el cuarto, recobró casi la salud y las fuerzas, y, en su consecuencia, señalóse el quinto para el juicio.

Aquel apresuramiento, que en cualquier otro punto se hubiera considerado como escandaloso, no tenía nada de particular en Tejas, donde el hombre puede cometer un crimen, ser

juzgado y ahorcado en el espacio de venticuatro horas.

Los enemigos de Armando, que eran numerosos, insistían en la actividad, por razones sólo de ellos conocidas; mientras que sus amigos, en muy reducido número, no podían aducir ninguna buena razón para oponerse.

Además, entre el populacho resonaba el acostumbrado clamoreo, pidiendo pronta y ejemplar justicia, fundándose todos en aquella frase tan antigua como la creación, según la cual «la sangre de la víctima pide venganza.»

Los partidarios de un procedimiento ejecutivo tenían en su ventaja una circunstancia casual; y era que el juez del Tribunal Supremo giraba la visita á su distrito, y debía llegar un día de aquella misma semana para marchar poco después.

Era, pues, casi indispensable juzgar á Armando y á los otros presuntos asesinos, en un tiempo muy corto.

Como nadie hacía objeciones, ninguno pidió una prórroga, y señalóse para el juicio el día 15 del mes.

El acusado podía necesitar los servicios de un defensor legal; pero no había ningún abogado en la localidad, porque en los distritos fronterizos, los señores de toga suelen viajar con el Tribunal, y éste no se había presentado aún.

Sin embargo, no dejó de comparecer un distinguido hombre de leyes, quien llegaba nada menos que desde San Antonio para ofrecer sus servicios espontáneamente.

Muy bien podía ser esto generosidad del abogado; pero dijose que el oro ofrecido por una mano aristocrática le indujo á emprender el viaje.

«Cuando llueve, llueve de veras». Este proverbio es exacto en Tejas, por lo que hace á los elementos: en aquella ocasión se confirmó por lo que hace á los abogados.

La víspera del día señalado para el juicio del cazador presentóse un segundo abogado en el Fuerte Inge, pidiendo permiso para acompañar á Armando.

Este caballero había hecho una excursión más larga que la del que llegó de San Antonio; había emprendido un verdadero viaje, puesto que debió cruzar el Atlántico, saliendo de la metrópoli de la verde Erín.

No venía con otro objeto sino con el de celebrar una entrevista con el hombre acusado de homicidio.

A decir verdad, había emprendido el viaje sin saber el suceso, y así es que el viajero de Dublín no quedó poco asombrado cuando, después de mandar conducir su equipaje á la hospedería de Duffer, y al preguntar por Armando, dijéronle que el joven cazador estaba preso.

Y mayor fué su admiración cuando se le dijo cuál era la causa.

—¡Cómo!—exclamó.—¡El hijo de un Lancáster acusado de asesinato! ¡El heredero del castillo de Ballagh, con su magnífico parque y extenso dominio! Aquí traigo los papeles que

lo prueban. ¡Un Ballagh! ¡Vamos: mostradme el camino!

Aunque el alemán se inclinaba á considerar al recién llegado huésped como un lunático, accedió á su petición, proporcionándole un guía que le condujera al fuerte.

Si el abogado irlandés era lunático, parecía, cuando menos, que, en medio de su locura, procedía con método; y, lejos de negársele el permiso de ver al acusado, se le facilitó la entrada, y pudo penetrar y salir de la prisión á su antojo.

Algún documento que presentó al Mayor valióle este privilegio, y á la vez le puso en comunicación amistosa con el abogado de Tejas.

La llegada de aquel caballero en tan crítico momento dió origen á no pocos rumores en el fuerte, en el pueblo y hasta en la colonia.

El salón del alemán Duffer fué el centro de las conjeturas, y allí se hicieron todas las hipótesis imaginables.

El recién venido se había mostrado al principio muy curioso por saber toda clase de pormenores, estimulado, sin duda, por los detalles que le había dado el alemán; pero después se mantuvo fiel á las tradiciones de sus compatriotas. A excepción de las ligeras imprudencias cometidas en los primeros momentos de sorpresa, mantúvose reservado, sin despegar sus labios para hablar más de lo preciso.

Por otra parte, no le quedaba mucho tiempo para hablar, pues al día siguiente de su llegada debía celebrarse el juicio, y durante la mayor parte del tiempo permanecía en la prisión con el acusado, ó conferenciaba con el abogado de San Antonio. Muy pronto circuló el rumor de que Armando Lancaster les había referido un cuento, una extraña historia; pero la gente de fuera no pudo averiguar nada acerca de los detalles.

Sin embargo, había una persona que lo sabía todo y podía confirmarlo.

Era Zab el cazador.

Tal vez hubiera también otra en el mismo caso; pero no estaba en comunicación con el acusado ni con sus consejeros.

El mismo Zab no parecía reunirse con estos últimos: sólo una vez le habían visto conferenciar con ellos.

El cazador se marchó después de la colonia, sin duda para dedicarse al ejercicio de su profesión, para perseguir á los gamos, osos y pavos salvajes.

Esto fué, cuando menos, lo que todo el mundo creyó.

Pero todo el mundo se equivocaba: Zab había renunciado por entonces á su acostumbrado trabajo, ó, mejor dicho, ya no se dedicaba á la caza de costumbre.

Cierto que acababa de emprender una expedición de caza; mas no era con el objeto de perseguir á las aves ó á los cuadrúpedos: iba en busca de un animal que no pertenecía á ninguna especie, que no podía clasificarse entre los seres de la tierra ni de los aires.

¡Iba á dar caza á un jinete sin cabeza!

CAPÍTULO XVIII

PETICIÓN

—¡Juzgado mañana, mañana, gracias á Dios! No es probable que nadie se apodere de esa maldita cosa antes, y espero que no la cojan nunca. Sólo esto podría temer. Sin semejante prueba, los desafío á que averigüen lo que ha pasado. El diablo me lleve si lo sé yo mismo; al menos lo bastante para... No deja de ser singular la llegada de ese abogadillo irlandés. Y es de extrañar también la presencia del de San Antonio. ¿Para qué y por qué habrá venido? Sin duda que alguien le habrá ofrecido pagar los gastos. ¡Condenados! No daría por sus servicios un céntimo, porque nada podrán poner en claro. El cazador Armando es el culpable, todo lo indica así, y todo el mundo piensa del mismo modo. A nadie sino á él podrán imputar el crimen. Pero Zab, ese maldito zorro, no lo cree así, y lo extraño es que no se le encuentre en ninguna parte. ¿Dónde habrá ido? Dicen que á cazar; mas, con este tiempo, no lo creo. ¿Y si estuviese persiguiendo al jinete? ¿Y si lo cogiera? También yo intentaría hacerlo si tuviese tiempo; mas ya no puede ser, porque antes de la noche de mañana habrá concluido todo. Si después se descubriese... ¡Bah! ¡Vaya al diablo el *después*! Lo esencial es asegurar la cosa ahora: de lo futuro ya hablaremos. Ahorcado un hombre por la cuestión del asesinato, no es probable que se piense en acusar á otro. Aunque se descubriese algo sospechoso, no harán uso de ello, porque equivaldría á condenarse á sí mismos. Creo tenerlo todo arreglado con los Regulares. El mismo Sam Manly parece perfectamente convencido; desvanecí todas sus dudas de raíz cuando le manifesté lo que había oído aquella noche, porque tuve buen cuidado de exagerarlo un poco, aunque no era esto necesario para que se asombrase. Aquí no hay vuelta de hoja; ella vió al hombre, y no hay más que hablar. No volverá á tener otra entrevista con él, como no sea en el cielo... Pero ¡bah! Esto dependerá de Luisa... No creo que *haya habido nada entre ellos*, pues, á pesar de su carácter indómito, Luisa sabe respetarse, y puede ser muy bien que se trate sólo de *agradecimiento*, según me dijo aquella joven amarillenta. Pero no, no: sólo por agradecimiento no se levanta una mujer á media noche para asistir á una cita en un jardín. ¡Ella le ama, sí, le ama! ¡Pues que le ame y vaya al diablo! Yo le aseguro que jamás será suyo ni volverá á verle, como no se obstine, en cuyo caso será peor para el tal Armando. Una palabra de ella, y es hombre ahorcado. Y ha de pronunciar esta palabra si no me da la contestación que deseo, y que la he pedido dos veces: la tercera será la última. Una negativa más, y pondré manos en el asunto. No sólo perecerá ese aventurero, sino que ella será quien le condene; y la plantación, la casa, los negros, todo, en fin... ¡Ah! ¡Tío Coxe! Necesitaría veros.

Tal era el soliloquio á que se entregaba en su habitación el ex capitán Casio Collins.

Hugo Coxe fué quien le interrumpió.

Triste y silencioso, vagando siempre por los corredores de la Casa de la Curva, acababa de entrar en la habitación de su sobrino, más bien por casualidad que con intención premeditada.

—¿Para qué me necesitas, sobrino?—preguntó.

Reconociase cierto tono de humildad, casi de obediencia, en las palabras del afligido plantador.

El orgulloso Coxe, ante quien doscientos esclavos temblaban todos los días á cada momento, se hallaba ahora en presencia de su amo.

Cierto que era su propio sobrino, el hijo de su hermana, quien se creía con derecho para humillarle.

Pero esto no tenía nada de particular, atendido el carácter del hombre.

—Deseaba hablaros acerca de Luisa,—contestó Collins.

Precisamente era éste el asunto de que Coxe no quería hablar: temía hasta pensar en ello, y sobre todo discutir con el hombre que lo solicitaba.

Sin embargo, no experimentó sorpresa, ni la manifestó apenas.

Alguna cosa dicha ó hecha la víspera le bastó para prever la conversación, así como también la naturaleza del asunto.

La manera de iniciar Collins el diálogo no disminuyó su inquietud: hubiérase dicho que daba una orden en vez de hacer una petición.

—¿Hablarne de Luisa? ¿Qué ocurre con ella?—preguntó el plantador con aire tranquilo.

—Pues bien,—dijo Collins algo confuso y como si le repugnara entrar de lleno en la cuestión;—quisiera... quisiera...

—Yo preferiría,—repuso el plantador, aprovechándose de la vacilación de su sobrino,—yo preferiría no hablar de *ella* ahora.

Coxe pronunció estas palabras casi con acento suplicante.

—Y ¿por qué no ahora?—preguntó Collins, envalentonado con la aparente oposición de su tío.

—Ya sabes cuáles son mis razones.

—Bueno: ya sé que el momento no es muy favorable. El pobre Enrique, perdido, tal vez; pero quizá se le encuentre aún, y se podrá arreglar todo.

—¡Jamás! No le veremos nunca, ni vivo ni muerto. ¡Ya no tengo hijo!

—Pero os queda una hija, y ella.

—¡Me ha desacreditado!

—No lo creo así, tío; no es posible...

—Pues ¿qué quieren decir esas cosas que he oído, y las que yo mismo he visto? ¿Qué pudo impulsarla á ir hasta allí, recorriendo sola el país para penetrar en la cabaña de un tratante en caballos y acercarse á su lecho? ¡Gran Dios! Y ¿por qué se interpuso para salvarle á él, al asesino de mi hijo, y de su propio her-

mano? ¡Dios mío! ¡Esto es un bochorno para mí!

—Pero su propia explicación es satisfactoria en mi concepto: cualquiera mujer hubiera obrado así, y más teniendo el carácter de Luisa.

Collins no pensaba lo que decía.

—En efecto: no hay ninguna como ella: yo, su padre, puedo afirmarlo así. ¡Oh! ¡Si yo pudiera creer lo que dices! ¡Pobre hija mía! ¿Quién había de ser ahora más querido para mí, después de perder mi hijo?

Su tío no le había tratado sino después de una visita casual que hizo á la plantación de Luisiana; y cuando desarrollada la hermosura de su prima Luisa, comenzó á ir á la casa más á menudo, permaneciendo en ella cada vez más tiempo.

Hacia ya doce meses que duraba la campaña en Méjico; Casio Collins obtuvo el grado de capitán, y después de sus conquistas en la guerra volvió á casa de su tío, con la firme resolución de hacer otra amorosa, ganando el corazón de su prima.



—Y ¿por qué no ahora? preguntó Collins, envalentonado con la aparente oposición de su tío

—A ella le corresponde proporcionarnos otro que esté ya emparentado con vos, y que pueda prometeros hacer las veces del que perdisteis, si no con tanto cariño, al menos con todo el afecto posible. Pero, en fin, no debo hablaros enigmáticamente, tío Hugo: ya sabéis lo que quiero decir, y cuál es mi modo de pensar en este asunto. *Necesito á Luisa.*

El plantador no manifestó sorpresa al oír esta declaración, porque ya la esperaba; mas, á pesar de ello, nublóse su faz: era evidente que no deseaba la alianza propuesta.

Esto pudiera parecer extraño. Hasta hacía poco la patrocinaba mentalmente, y más de una vez la indicó delicadamente á su hija.

Antes de emigrar á Tejas, el plantador no sabía gran cosa acerca de su sobrino.

Llegado á la edad viril, Collins había sido ciudadano del Estado del Misisipí, aunque con más frecuencia habitante de la disipada ciudad de Nueva Orleans.

Desde aquel instante, su residencia en casa del tío fué más continuada; y si no inspiró simpatías á la criolla, consiguió ser bien recibido del padre, valiéndose de medios que rara vez dejan de producir buen resultado.

El plantador, rico en otro tiempo, era entonces pobre: sus extravagancias le habían hecho contraer numerosas deudas; pero con la llegada de su sobrino varió todo, y, saliendo de su pobreza, volvió á ser rico.

La casualidad lo quiso así, y, dadas las circunstancias, no era extraño que mediase entre ellos el dinero.

En su país natal, y entre sus vecinos, Coxe era suficientemente respetado para que se sospechase la influencia que sobre él ejercía su sobrino, retrayendo también á éste de manifestar la arrogancia de un acreedor.

Sólo después de la traslación á Tejas comenzaron á tener sus relaciones ese carácter que se observa entre el deudor y el acreedor.

Y este carácter se acentuó más después de haber sido rechazadas por Luisa Coxe las pretensiones amorosas de Casio Collins.

El plantador tuvo entonces mejor oportunidad de conocer el verdadero carácter de su sobrino, y cada día, desde su llegada á la Casa de la Curva, ofreciósele ocasión para formar de él peor concepto.

El duelo del ex capitán con el cazador, y su desenlace, no contribuyeron á mejorar la opinión que tenía de aquél; pero, como pariente, no podía menos de declararse en su favor.

Habían ocurrido, además, varias circunstancias muy suficientes para que Coxe cambiara de pensamientos, para que comenzase á desagradarle el proyectado enlace, á pesar de sus muchas ventajas.

Pero ¡ay! Aquellos momentos eran, además, muy tristes para pensar en tales cosas, y parecía muy natural que se aplazaran.

La indecisión, más bien que la tristeza por la pérdida de su hijo, dictaron la contestación del plantador.

—Si no te comprendo mal, sobrino,—repuso,—debes referirte al casamiento; y entonces debo decirte que no me parece oportuno hablar de él ahora, mientras la muerte está en nuestra casa. El ocuparnos en este momento de semejante cosa causaría un escándalo en toda la colonia.

—Os equivocáis, tío: no anhele el casamiento mismo, al menos *por ahora*; pero sí algo que lo asegure para cuando llegue la oportunidad.

—No te entiendo, sobrino.

—Pues ya me comprenderéis si me escucháis siquiera un minuto.

—Veamos.

—Lo que yo quiero decir es esto. He resuelto ya casarme; he cumplido los treinta, como sabéis, y á esta edad el hombre comienza á cansarse de correr por el mundo. Estoy endiablidamente aburrido, y no es mi intención continuar soltero más tiempo. *Deseo que Luisa sea mi esposa*; pero no hay necesidad de apresurarse: todo lo que por ahora exijo es su promesa, debidamente formalizada, para que luego no haya evasivas ni vacilaciones. Me conviene dejar arreglado este asunto. Cuando los tropiezos del momento hayan pasado, ya habrá tiempo de hablar del enlace y de cuanto á él se refiera.

La palabra *tropiezos* y las demás que acababa de pronunciar Collins sonaron muy mal en los oídos de un padre que aún lloraba la muerte de su hijo asesinado.

El espíritu de Coxe se sublevó; sintió renacer su antiguo orgullo y la más profunda indignación.

Pero muy pronto volvió á calmarse: por un lado pensaba en la propiedad, en los esclavos, en la riqueza y en la posición; por el otro veía la penuria, y con ella la ruina.

Sin embargo, no cedió del todo, según puede colegirse por su contestación.

—Muy bien, sobrino,—repuso;—seguramente has hablado bien claro; pero no sé á punto

fijo las inclinaciones de mi hija hacia ti. Dices que deseas tenerla por esposa; pero ¿lo quiere ella también? Supongo que se ha de tratar sobre esto.

—Yo creo, tío, que eso dependerá mucho de vos, pues sois su padre, y, sin duda, podréis convencerla.

—No estoy tan seguro de ello, pues Luisa no es de aquellas á quienes se convence contra su voluntad. Tú sabes esto tan bien como yo, sobrino.

—Lo que yo sé es que estoy resuelto á *entrar en el gremio*, como decimos nosotros, y que quisiera que Luisa fuese la *señora y dueña* de la Casa de la Curva, de preferencia á ninguna otra mujer de la colonia, y hasta de todo Tejas.

Coxe se estremeció al oír estas groseras palabras.

Aquella era la primera vez que se le decía que no era *el amo* de la Casa de la Curva.

La indirecta era tan transparente, que no podía menos de comprenderla.

De nuevo pensó en la propiedad, en los esclavos, en la riqueza y en la situación social, juntamente con la futura humillación y la ruina.

Esta última le pareció hedionda, aunque quizás no tanto como el hombre que tenía ante sí, el hombre que era su sobrino y solicitaba ser su hijo.

En sus inescrutables designios, Dios permite á menudo que triunfe el demonio, y así sucedió en aquel caso.

La parte buena del corazón de Coxe fué dominado por el espíritu del mal, y prometió ayudar á su sobrino á labrar la desgracia de su hija.

—¡Luisa!

—¡Padre!

—Vengo á pedirte un favor.

—Decid.

—Ya sabes que tu primo Casio te ama, que está dispuesto á morir por... ó, mejor dicho, á casarse contigo.

—Pues yo no estoy dispuesta á darle mi mano. No, padre mío: preferiría morir. ¡Presuntuoso miserable! Ya conozco su objeto. ¡Y os envía á vos para hacer semejante proposición! Contestadle de mi parte que, antes de consentir en ser su esposa, iría... á las praderas á cazar caballos para ganar mi subsistencia. Decídselo así.

—Reflexiona, hija mía: tal vez no sabes...

—¿Que mi primo es vuestro acreedor? No lo ignoro, padre mío; pero también sé que vos sois Hugo Coxe, y yo vuestra hija.

Por delicada que fuese la indirecta, produjo el efecto apetecido.

El espíritu del plantador recobró su antigua altivez, y repuso al punto:

—¡Queridísima Luisa! ¡Imagen de tu madre! Había dudado de ti; pero dispénsame: eres una noble joven. Olvídense todo lo pasado, y obra según te dicte tu conciencia. ¡Eres libre de rehusar!

CAPITULO XIX

NEGATIVA

Luisa Coxe hizo completo uso de la libertad concedida por su padre.

Escasamente una hora después, Collins recibió una resuelta negativa.

Era la tercera vez que pedía contestación, habiendo obtenido igual resultado las dos anteriores, aunque es verdad que se había expresado indirectamente, sin hacer una declaración formal.

Y aquella tercera vez, la respuesta indicaba que sería la última: redujose á un *no* enfáticamente pronunciado, y seguido de la palabra *jamás*.

No hubo explicación ni excusas.

Collins oyó la negativa sin manifestar mucha sorpresa. Es muy posible, casi seguro, que la esperase ya.

Pero, en vez de la mirada de desesperación que en tales casos se observaba en él, conservóse la serenidad en sus facciones, y sus mejillas no palidecieron.

Esto no obstante, cualquiera que le hubiese visto contemplar á su prima en aquel instante, habría comparado su mirada con la del jaguar, en el momento en que se prepara á lanzarse sobre su presa.

Sus ojos parecían decir:

—Antes de un minuto cambiaréis de tono.

El ex capitán empenó el diálogo diciendo:

—Supongo que no habláis de veras, Luisa.

—Sí tal. ¿He pronunciado acaso las palabras en tono de broma?

—No es eso precisamente; pero sí como una persona que no se ha detenido á reflexionar.

—¿Sobre qué?

—Sobre muchas cosas.

—Decidlas.

—En primer lugar, lo mucho que os amo.

Luisa no contestó.

—Es un amor, — continuó el ex capitán, casi con tono suplicante, — que ningún hombre podría experimentar por una mujer, y que no permite sobrevivir á él; es un amor que sólo acabará con mi vida y que no morirá con la vuestra.

La criolla continuó silenciosa.

—Inútil es, — prosiguió Collins, — referiros su historia. Comenzó el mismodía... ¡ay!... la misma hora en que os ví por vez primera. No diré que aumentó en intensidad según pasaba el tiempo, porque esto no podía ser. Cuando hice mi primera visita á vuestro padre, hace seis años, ya recordaréis que, al apearme, me invitasteis á dar una vuelta por el jardín, mientras preparaban la comida. Entonces erais una niña por la edad; pero ¡ah, Luisa! Se os podía considerar como una mujer por la belleza: erais tan hermosa como lo sois en este momento. Poco pensabais, al tomar mi mano y conducirme por el jardín bajo la sombra de los árboles, poco pensabais que el contacto de vuestros dedos estremecía hasta la última fibra de mi corazón; vuestra gracia y facilidad en el decir

conmovieron mi alma, de tal modo, que ni la ausencia ni la disipación podían borrar el recuerdo que en ella se grabó.

La criolla seguía escuchando, aunque no con indiferencia, porque unas palabras tan elocuentes, tan llenas de dulce lisonja, no pueden menos de producir efecto en una mujer. Así debió explicarse el Angel malo para conseguir su intento.

Si la mirada de la criolla no manifestaba asentimiento, cuando menos revelábase en ella compasión; pero continuó silenciosa.

—Sí, Luisa, — añadió Collins; — todo cuanto os digo es la pura verdad. Seis años son algún tiempo. No marché á Méjico con más objeto que el de olvidaros; pero todo fué inútil, y al volver me entregué á la disipación con el mismo fin. Todo el mundo lo sabe en Nueva Orleans. No diré que aumentara mi pasión con mis tentativas para ahogarla, pues ya os he dicho que esto era imposible. Desde la hora en que cogisteis mi mano llamándome primo... ¡Ah! Ahora recuerdo que me dijisteis *gallardo* primo. Desde aquella hora no ha disminuído la fuerza de mi pasión, excepto cuando los celos me hacían aborrecer de tal modo, que os hubiera dado muerte.

—¡Dios mío, capitán Collins! Eso que decís es una locura, y hasta me parece tonto.

—Pero es la verdad. Algunas veces habéis despertado en mí de tal modo la pasión de los celos, que apenas podía dominarme, pues ya conocéis mi carácter.

—¡Ah, primo mío! Yo no he podido evitar cuanto ha pasado; pero me parece que jamás os he dado motivo para creer...

—Ya sé lo que vais á decir, y no es necesario que pronunciéis las palabras: yo lo haré por vos: para creer que jamás me amaseis. Estas son las palabras que teníais en los labios. No digo yo tampoco, — prosiguió Collins con acento desesperado, — que me dierais pruebas de amor, ni os acuso de haber provocado mi pasión. Esto lo ha hecho Dios, al concederos tanta hermosura, ó el diablo, que me indujo á contemplarla.

—Lo que decís, primo, tan sólo me causa pena. No supongo que tratéis de lisonjearme, pues habláis con demasiada formalidad; pero... ¡oh!... eso es una ilusión de que fácilmente os curaréis. Otras mujeres hay más hermosas que yo, y muchas que escucharán complacidas tales palabras. ¿Por qué no dirigiros á ellas?

—¿Por qué no? — repitió Collins con amargura. — Ociosa es la pregunta.

—Pues á mí me parece que no: más lo es el amor que me profesáis, porque, debo decíroslo ingenuamente, Casio, yo no os amo, *ni puedo* amaros.

—Es decir, que ¿no queréis ser mi esposa?

—Esa pregunta sí que es inútil. Ya os he dicho que no os amo, y creo que esto es bastante.

—También he dicho yo que os amo, y precisamente por esta razón deseo que seáis mi esposa, aunque también puedo alegar otros motivos. ¿Queréis saber cuáles son?

Al hacer Collins esta pregunta, dejó su tono suplicante y retratóse de nuevo en sus ojos la ferocidad del jaguar.

—¿Decís que hay otros motivos? —repuso Luisa.—Manifestádmelos, pues, y sin vacilar, porque no temo saberlos.

—¡De veras! —replicó Collins con acento sarcástico.—¿Será verdad que no teméis oírlos?

—Pienso que no. ¿Por qué había de temer?

—No digo que tengáis motivo para ello; pero sí vuestro padre.

—Pues sepamos lo que es, porque lo que á él concierne me interesa á mí también, puesto que soy su hija, y, por desgracia... única. Proseguid, primo Collins. ¿Cuál es ahora el fantasma que le amenaza?

—No es fantasma, Luisa: es algo más grave y positivo: es una desgracia á la cual no puede hacer frente; y añadiré que me obligáis á hablar de cosas que no debíais saber.

—¡Oh! En eso os equivocáis de medio á medio, primo Casio, porque harto conozco esas cosas; no se me oculta que mi padre es vuestro deudor, y vos su acreedor. ¿Cómo podría ignorarlo? Esa arrogancia y esa presunción que manifestáis á cada momento en esta casa, aun en presencia de los criados, han sido muy bastante para que lo sepan hasta ellos. Sois el dueño de la Casa de la Curva, ya lo sé; pero no de mí.

Collins se inmutó al oír esta atrevida contestación: el naípe que había preparado no era el más á propósito para ganar la jugada, y prefirió no hacer uso de él.

Tenía otro mejor, y no tardó en mostrarlo.

—¡De veras! —repuso irónicamente.—¡Pues bien! Si no soy dueño de vuestro corazón, lo seré de vuestra felicidad. Ya conozco al miserable que os ha inducido á darme esta negativa.

—¿Quién?

—¡Qué inocente sois!

—¡Oh! En esto sí, á no ser que con el calificativo de miserable aludáis á vos mismo. En tal caso, os entendería muy bien, porque es demasiado exacto para que pueda equivocarme.

—¡Sea! —repuso Collins lívido de cólera, aunque reprimiéndose todavía.—Pues ya que me creéis tan indigno, supongo que no formaréis de mí peor opinión cuando os diga que lo pienso hacer con vos.

—¡Conmigo! ¡Presuntuoso sois, primo Casio! Me habláis como si yo fuese vuestra protegida ó vuestra esclava, y advertid que no soy ni lo uno ni lo otro.

Collins, aturdido un momento por aquel arranque de indignación, permaneció silencioso.

—¡Cómo! —continuó la criolla.—¿Qué significa esa amenaza? Tened la bondad de decirme qué pensáis hacer conmigo. Ya tengo curiosidad por saberlo.

—Pues lo sabréis.

—Oigamos, pues. ¿Tratáis, por ventura, de despedirme de la casa, ó encerrarme en un con-

vento? Tal vez sea vuestro ánimo conducirme á una prisión...

—No dudo que os agradaría esto último, con tal que os encarcelasen en compañía de...

—Proseguid. ¿Cuál debe ser mi destino? Ved que ya estoy impaciente por saberlo.

—No vayáis tan de prisa. Mañana recibiréis las primeras noticias.

—¿Tan pronto? Y ¿dónde, si se puede saber?

—En un tribunal de justicia.

—¿Cómo?

—Presentándoos ante un juez y el Jurado.

—¡Vaya, capitán Collins! Os estáis chantageando, y debo advertiros que á mí no me gustan semejantes bromas.

—¡Bromas! Son hechos positivos. Mañana es el día del juicio, y ese Armando Lancaster, ó como se llame, debe presentarse en la barra, acusado del asesinato de vuestro hermano.

—¡Es falso! ¡Jamás Armando...!

—Cometió el crimen. ¿No ibais á decirlo así? Pues bien: esto es lo que se ha de probar, y se probará; y vuestros propios labios han de pronunciar las palabras, para mayor satisfacción de los jueces.

Al oír esto, la hermosa criolla abrió cuanto pudo sus grandes ojos de gacela, y dirigió á Collins una mirada en que se expresaba á la vez el temor, el asombro y la curiosidad.

Pasaron algunos segundos sin que pronunciase una sola palabra: mil encontrados pensamientos, las sospechas y los temores, ofuscaban su mente.

—No os comprendo, —repuso, al fin.—Hablaís de ser llamada yo ante un tribunal. ¿Para qué? Aunque soy la hermana del infeliz... nada sé ni puedo decir más que los otros.

—Sí podéis decir, y mucho más. No todos saben que en la noche del asesinato disteis á Lancaster una cita en el fondo del jardín; ni tampoco tienen todos conocimiento de lo ocurrido en aquella entrevista clandestina; nadie les ha dicho que Enrique intervino en ella; que, desesperado, como debía estarlo, ante su deshonra, no sólo de su hermana, sino de la familia, amenazó matar al hombre que de ella era causa, habiéndosele impedido la intercesión de la mujer tan vilmente burlada. No todo el mundo sabe lo que siguió: ignoran que Enrique tuvo la candidez de ir en busca del aventurero; pero dos personas pueden dar testimonio de ello.

—¿Dos? ¿Quiénes son?

Luisa hizo esta pregunta casi maquinalmente, pero con frialdad.

Del mismo modo contestó el ex capitán:

—Una, era Casio Collins; la otra, Luisa Coxe.

La criolla no se inmutó, ni manifestó sorpresa. Lo que acababa de hablar la tenía ya preparada para oír esta revelación.

Su respuesta se redujo á estas palabras, pronunciadas en tono de reto.

—Y bien; ¿qué tenemos con eso?

—¿Qué tenemos? —exclamó Collins, contra-

riado al ver el poco efecto que producían sus palabras.—Supongo que ya me entenderéis.

—Ahora menos que nunca.

—¿Queréis que os diga algo más?

—Como gustéis.

—Muy bien: pues os diré, Luisa, que sólo hay un medio para salvar á vuestro padre de la ruina, y á vos de la vergüenza. ¿Me comprendéis ahora?

—Sí: ya entiendo.

—Y ¿me rehusaréis aún vuestra mano?

—Más que nunca.

Entonces, cual si se desvaneciese de pronto la reconcentrada ira que hasta entonces la sostuvo, dejóse caer en una silla, y, comprimiendo con ambas manos su agitado seno, trató de contener los sollozos que ahogaban su angustiado corazón.

CAPITULO XX

EL TRIBUNAL

Comienza á despuntar el alba de un nuevo



—¡Vil espía! ¡Salid de aquí cuanto antes!

—Sea, pues; pero mañana, antes de esta hora, y lo juro por el Cielo, compareceréis ante el tribunal.

—¡Vil espía! ¡Salid de aquí cuanto antes! ¡Fuera de mi vista al momento, ó, de lo contrario, llamaré á mi padre!

—No es necesario que os molestéis, pues no tengo ánimo de importunaros más con mi compañía, tan desagradable para vos. Os dejo para que reflexionéis. Tal vez hayáis cambiado de modo de pensar antes de celebrarse el juicio, y, en tal caso, espero que me avisaréis á tiempo para suspender las diligencias. ¡Buenas noches, Luisa! ¡Dormiré pensando en vos!

Al pronunciar estas irónicas palabras, casi tan amargas para él como para la persona que las oía, el ex capitán salió de la habitación, más bien con el aspecto de un culpable que con el del hombre triunfante.

Luisa escuchó hasta que el rumor de sus pasos se hubo extinguido en el lejano corredor.

día; los sonrosados tintes de la aurora iluminan las aguas del mar Índico, y también parecen alegrar con su dulce sonrisa las inmensas sabanas de Tejas.

Casi en el mismo instante en que la sonrosada luz acaricia con sus rayos las blancas dunas de arena del golfo mejicano, refléjase en la bandera del Fuerte Inge, distante casi cien leguas, porque hay una pendiente muy marcada entre la costa de Matagorda y las estribaciones de las montañas de Guadalupe, cerca de las cuales se halla situado el fuerte de la frontera.

Según hemos dicho, los primeros fulgores de la aurora iluminaban la bandera, que, al impulso de los suaves céfiros de la mañana, ostentaba sus colores, rojo, blanco y azul.

Desde que se hizo allí el estrelladopabellón, tal vez no había ondeado nunca sobre una escena tan interesante como la que iba á presenciarse aquel día.

Podría decirse que el espectáculo comenzó

al amanecer. Con los primeros rayos de la aurora, viéronse llegar jinetes en todas direcciones. Caminaban por reducidos grupos de dos, tres y aun seis, apeáronse al llegar, y ataron sus caballos á la estacada ó á los matorrales de la pradera.

Hecho esto, formáronse en grupos, más numerosos que los precedentes, en el campo de parada, conversando unos y acercándose otros hacia el pueblo. Todos, unos antes y otros después, fueron á la hospedería para hacer una visita al alemán Duffer.

Los hombres así reunidos representan diversas nacionalidades y ofrecen, por lo tanto, muy diferentes tipos. Casi todos los países de Europa tienen allí su contingente, si bien constituyen mayoría los hombres de aquella raza cuyos antecesores expulsaron á los indios de la *Tierra Santa*. Muchos de ellos se habían dedicado á cultivar el trigo, otros entendían mejor el cultivo del algodón, y no pocos habían emigrado á Tejas para especular con la caña de azúcar y el tabaco.

Los más eran plantadores por vocación; pero no faltaban cazadores, chalanos, tenderos y traficantes de toda especie, incluso los de carne humana.

Allí hay abogados, colonos, especuladores de diversas clases, aventureros dispuestos á tomar parte en cualquier empresa, lo mismo en una partida de caza que en un combate contra los comanches, ó en una expedición filibustera al otro lado de Río Grande.

Sus trajes son tan variados como sus profesiones; pero ya los hemos descrito en otro lugar, pues los hombres que ahora están alrededor del Fuerte Inge son los mismos que, en mayor número, hemos visto reunidos en el patio de la casa de la Curva.

Sin embargo, la multitud que nos ocupa difiere en cierto modo de la que componía la expedición que fué en busca de Enrique Coxe, porque la animan varias damas, hermanas ó hijas de los circunstantes. Algunas van á caballo, y permanecen en la silla, con el velo del sombrero echado sobre el rostro, para protegerle de los rayos del sol; otras se han situado más cómodamente para presenciar el espectáculo desde sus carros con toldo, y las menos ocupan elegantes carruajes.

Trátase de presenciar un espectáculo, ó, por lo menos, todos lo esperan: es un interesante juicio que ha dado mucho que hablar en la colonia hace largo tiempo.

Inútil parece decir que se trata de juzgar á Armando Lancaster, conocido, generalmente, con el nombre de *Armando el cazador de caballos*.

Igualmente es ocioso decir que se le acusa del asesinato de Enrique Coxe.

No es la indole del delito lo que atrae á tan numerosa multitud, ni tampoco las condiciones personales del acusado y de su víctima: ninguno de ellos es muy conocido en la localidad.

El mismo tribunal, que es el supremo del distrito, se ha reunido allí ya otras veces para

entender en diversas causas y juzgar á toda clase de criminales, ladrones, contrabandistas, homicidas y asesinos, sin que esto atrajese á más de ochenta ó cien personas á presenciar el juicio á oír la sentencia.

Lo que excitaba entonces la curiosidad pública atrayendo á tan numerosa concurrencia, era una serie de circunstancias extrañas, misteriosas y melodramáticas, relacionadas, al parecer, en cierto modo con el crimen, y que durante muchos días han sido el único asunto de todos los comentarios.

No es necesario dar á conocer estas circunstancias: ya sabemos cuáles son.

Todos cuantos han acudido al Fuerte Inge abrigán la esperanza de que el juicio que ha de celebrarse arrojará luz sobre el extraño problema cuya solución no se ha podido hallar hasta entonces.

Por supuesto, cuéntanse algunos que, prescindiendo de esta circunstancia, se interesan por la suerte del prisionero. También hay otros á quienes impulsa el dolor, amigos y parientes del hombre que se supone asesinado, porque debe recordarse que hasta entonces no se ha obtenido la prueba absoluta de haberse consumado el crimen.

Sin embargo, sobre este último punto hay pocas dudas: diversas circunstancias, independientes entre sí, concurren á confirmar el hecho, y todos creen con tanta seguridad como si lo hubieran visto con sus propios ojos, que se ha perpetrado el crimen.

Lo único que esperan saber es el cómo, el cuándo y el por qué del hecho.

Acaban de dar las diez, y el tribunal está en sesión.

No se nota gran cambio en el conjunto de la multitud, como no sea que ahora se distinguen entre ella algunos uniformes militares mezclados con los más modestos trajes de los ciudadanos.

Los soldados de la guarnición han terminado ya su ejercicio de la mañana, y, libres de disponer del día á su antojo, procuran distraerse alternando con los espectadores de la clase civil. Allí se codean individuos de tropa y paisanos, dragones, tiradores, cazadores y artilleros, colonos, gauchos, chalanos y aventureros que parecen tener empeño en permanecer allí hasta oír de los labios del juez la última y solemne frase:

—¡Dios tenga compasión de vuestra alma!

Apenas se cuenta allí alguno que no espere oír muy pronto aquella terrible frase, pronunciada en el momento en que el alma de un ser viviente debe pasar á la eternidad.

Tal vez lo desean pocos; pero muchos parecen convencidos de que el acusado acabará por confesar, y que, antes de ponerse el sol, el alma volverá hacia su Dios.

El tribunal está en sesión.

No hay edificio expresamente destinado para reunirse los jueces, y si sólo un salón público que sirve para diversos usos; pero el día ame-

naza ser caluroso, y el tribunal ha resuelto celebrar su sesión *debajo* de un árbol.

Al efecto ha elegido un gigantesco roble cubierto de musgo, y que, elevándose al borde del campo de parada, extiende su sombra en un gran espacio sobre la verdosa pradera.

Colócase debajo una mesa, rodeada de diez sillas de vaqueta y sobre la cual se ven varios pliegos de papel, tintero con plumas de ave,

po de doce hombres, seis de ellos están sentados sobre un tosco banco de madera, y los otros recostados en la yerba.

Aquellos hombres constituyen el Jurado, institución que ofrece el mismo carácter en Tejas que en Inglaterra.

Al rededor del juez y del Jurado tejano agrúpase una muchedumbre que bien puede calificarse de indescriptible, por lo abigarrada



El tribunal ha resuelto celebrar su sesión *debajo* de un árbol

dos libros, un vaso de vidrio con aguardiente, dos copas, una caja de cigarros habanos y otra de fósforos.

Todos los objetos están colocados delante del juez, quien no solamente no viste ropón de armiño, sino que ha creído más cómodo quedarse en mangas de camisa, por ser demasiado elevada la temperatura.

En vez de peluca, cubre su cabeza un sombrero de Panamá inclinado sobre una mejilla, como para servir de contrapeso á un habano que sobresale por la otra.

Las sillas restantes se hallan ocupadas por individuos cuyos trajes no indican cuál puede ser su profesión.

Allí hay abogados y consejeros, con el fiscal, el comandante militar del fuerte, el capellán, el médico, varios oficiales, y otros dos sujetos de profesión no conocida.

Un poco separado de la mesa se ve un gru-

po en cuanto á la diversidad de tipos y de trajes. Las chaquetas de piel y las blusas de algodón se confunden con los uniformes militares, comunicando al conjunto un aspecto extravagante.

Acá y allá se ve algún traje más propio del país, traje compuesto de la chaqueta y el pantalón mejicanos y el sombrero de anchas alas, que oscurece un rostro de picaresca expresión.

Tiempo hubo, y no muy lejano, en que los hombres reunidos en aquel mismo lugar hubieran vestido todos el mismo traje.

Pero entonces no existía el Jurado de los Doce, y el magistrado, juez de letras, era un personaje mucho más importante, que tenía atribuciones para condenar á muerte ó perdonar, con tal que le llenasen de onzas el bolsillo.

En la mayor parte de las asambleas, el círculo interior se compone de la sociedad más es-

cogida: en el Fuerte Inge sucedía lo contrario. Invertido allí el orden, fuera de la fortaleza se hallaba la elegancia. Muchas damas, luciendo sus mejores trajes, estaban de pie en los carros para ver mejor sobre las cabezas, mientras otras, reclinadas en más lujosos vehículos, fijaban sus miradas en la escena.

Unicamente á intervalos las dirigen al juez, pues lo que más llama su atención es un grupo de tres hombres que se halla junto al Jurado, no muy lejos del tronco del árbol.

El uno está sentado y los otros dos en pie, uno á cada lado. El primero es el presunto culpable y los otros dos sus guardianes.

En un principio se trató de juzgar á otros hombres por el asesinato: á Miguel Díaz y sus consocios, así como también á Felim.

Pero en el curso de las investigaciones preliminares, el cazador mejicano consiguió probar la coartada, lo mismo que sus tres compañeros, y, en su consecuencia, fueron absueltos los cuatro.

Reconocieron, sí, haberse disfrazado de indios, pues, como el hecho se les probó, no podían pasar por otro punto; pero sostuvieron que aquello había sido una broma, una humorada; y como, por otra parte, se demostró que los otros se hallaban en sus casas durante la noche de la desaparición de Enrique Coxe, mientras Miguel Díaz estaba completamente borracho, sus declaraciones dejaron satisfecho al Jurado.

En cuanto al criado Felim, no era necesario juzgarle. En el caso de ser cómplice, no podría haber obrado sino por instigación de su amo, y más serviría como testigo que como acusado.

En la barra, pues, si se nos permite la figura, no había sino un acusado: Armando Lancáster, conocido más comúnmente con el nombre de *Armando, el cazador de caballos*.

CAPITULO XXI

EL JUICIO

Muy pocos de los presentes conocen personalmente al acusado, aunque también es muy reducido el número de los que jamás oyeron pronunciar su nombre: tal vez no haya ninguno.

Todos admiten, sin embargo, que es un joven simpático, elegante, muy aficionado á los cuadrúpedos que perseguía, admirador de la belleza femenina, aunque sin rendir á ella su corazón, y franco y expansivo en el decir. Pero ni en sus buenas ni en sus malas cualidades había exageración. Rara vez degeneraba su osadía en rudeza ó audacia inconsiderada, ni tampoco su conversación en charlatanería.

En sus actos procuraba siempre mantenerse en un justo término medio. Pesaba muy bien sus palabras, y hasta agradábanle las reticencias cuando podían ser útiles para no ofender á alguno.

Sin embargo, se halla en presencia de una

asamblea convocada para juzgarle por el crimen de homicidio.

¿Sería verdad que en las altas horas de la noche hubiese derramado sangre inocente, arrancando la vida á uno de sus semejantes?

Si es así, Dios se apiade de su alma.

Tales son, poco más ó menos, las reflexiones que hacen los presentes al fijar sus miradas en aquel que espera el momento de ser juzgado.

Algunos le contemplan sólo con curiosidad; otros con duda; pero las miradas de los más expresan el odio y la cólera.

No obstante, los ojos de una persona revelan, por el contrario, la dulzura, el amor y la inquietud: es una dama.

Muchos de los presentes han fijado su atención en la espectadora, cuyo pálido rostro, casi oculto tras las cortinillas de una especie de carretela, es demasiado bello para pasar inadvertido.

Pocos pueden interpretar el estado del ánimo de aquella mujer.

Pero entre esos pocos figura el mismo acusado, que, al observar á la dama y sus miradas, siente un estremecimiento de orgullo, el cual le compensa casi la humillación que sufre en aquel momento: lo que ve es suficiente para que olvide la triste posición en que se halla.

Por lo pronto, experimenta satisfacción. Ya le han puesto al corriente de todo lo ocurrido durante las largas y tristes horas en que estuvo sin conocimiento. Ahora sabe que lo que le pareció sólo un dulce y celestial ensueño era una realidad, mucho más agradable aún que aquél.

El hermoso rostro que vió en su delirio, cuando yacía en el lecho del dolor, era el mismo que columbraba en aquel instante, á través de las cortinillas del coche; y la expresión que en él se retrata le hace comprender que entre los ceñudos espectadores tiene, por lo menos, una persona amiga que le será fiel hasta el fin, aunque este fin sea la muerte.

El juicio comienza sin gran ceremonia.

El juez se descubre, enciende un fósforo y con él su cigarro.

Después de chuparle media docena de veces, apártale de su boca, y, aún humeante, déjale sobre la mesa y dice:

—Señores: estamos aquí reunidos para esclarecer un hecho cuyos detalles creo os son ya conocidos. Un hombre ha sido asesinado, el hijo de uno de nuestros conciudadanos más respetables; y el individuo que veis en la barra es aquel á quien se acusa del crimen. Mi deber es dirigiros, por lo que hace á las formalidades del juicio: á vosotros toca resolver, una vez oídas las declaraciones, si la acusación debe ó no sostenerse.

Según la formalidad acostumbrada, pregúntase al prisionero:

—¿Sois culpable ó inocente?

—Inocente,—contesta el acusado con voz firme, á la vez que modesta.

Casio Collins y algunos de los satélites que

le rodean dejan oír un murmullo de incredulidad.

El juez vuelve á coger su cigarro y permanece silencioso.

Después de algunas observaciones preliminares, el fiscal da principio al examen de los testigos.

El primero llamado es Duffer.

Hechas las preguntas acostumbradas, respecto á su profesión, estado y demás, invítasele á manifestar cuanto sepa sobre el asunto.

Esta es la rutina común de los juicios en Tejas.

La declaración de Duffer coincide con lo que ya había manifestado antes: dice que en la noche en que se echó de menos al joven Coxe, Armando Lancaster salió de la hospedería á una hora avanzada, después de la media noche; que antes de marchar arregló su cuenta, pareciendo que tenía mucho dinero, lo cual extrañó el declarante, por no haberle visto nunca en tal abundancia; que se había dirigido á su morada del río de las Nueces, aunque no estaba seguro que fuera, pues el acusado no dijo á dónde iba, suponiéndolo sólo por el hecho de marchar el criado, el día antes, con todos los efectos de la pertenencia de su amo, cargados en una mula; y, por último, que Armando Lancaster no estaba en buena inteligencia con el declarante.

Preguntado Duffer acerca de lo que se había llevado el cazador, contestó que no podía recordarlo en particular, ni estaba tampoco seguro de que fuera armado de su carabina, aunque se inclinaba á creer que la llevaba sujeta en la silla del caballo, al estilo mejicano.

Lo que podía afirmar era haber visto revólvers en las pistoleras, y cuchillo en el cinto del cazador.

Armando iba vestido, según costumbre, á la mejicana, y llevaba una manta listada. El declarante extrañó que el cazador emprendiese el viaje á una hora tan avanzada de la noche, y más aún habiendo manifestado al testigo su intención de no marchar hasta la semana siguiente.

Armando había estado fuera durante las primeras horas de la noche, pero sin su caballo, el cual dejó en la cuadra de la hospedería, y emprendió la marcha apenas volvió, sin permanecer en la casa más tiempo que el necesario para arreglar su cuenta.

Parecía muy excitado y estar muy de prisa; pero esto no era debido, seguramente, á ningún exceso en la bebida. Mandó llenar su frasco de *kirschenwasser*, mas no probó una gota antes de salir del establecimiento.

El testigo podía jurar que Armando era hombre sobrio, y, por lo tanto, comprendió que la excitación provenía de otra causa. Mientras ensillaba su caballo, operación que hizo por sí mismo, hablaba para sí con aire de enojo. El testigo no creyó que era la causa el caballo, suponiendo más bien que habría tenido una incomodidad con alguien, antes de volver al establecimiento. Ignoraba á qué punto había ido el cazador; pero dijéronle después que se

le vió fuera del pueblo, por la orilla del río y en dirección á la hacienda del plantador Coxe.

Durante los tres ó cuatro últimos días de su permanencia en la casa, viéronle también por el mismo camino, así de día como de noche, unas veces á pie y otras á caballo.

Tales eran los puntos culminantes de la declaración de Duffer respecto á la conducta del cazador.

Interrogado acerca de Enrique Coxe, declaró: que conocía muy poco á dicho joven, porque rara vez iba al establecimiento; que se presentó en él, la noche misma de su desaparición, y que al testigo le sorprendió esto mucho, no sólo porque no acostumbraba á ir, sino á causa de lo intempestivo de la hora.

El joven Coxe no entró en la casa: limitóse á echar una ojeada por el salón, y llamó al testigo á la puerta, preguntándole por Armando.

Enrique Coxe parecía también muy excitado, y al saber que el cazador de caballos había marchado ya, manifestó disgusto. Dijo que deseaba mucho ver á Armando aquella misma noche, y preguntó qué dirección seguía.

El testigo le indicó la de Río Grande, pensando que por allí iba Armando.

Enrique dijo que conocía el camino, y alejóse apresuradamente, como con intención de alcanzar al cazador.

Siguiéronse algunas preguntas aclaratorias, y dióse por terminada la declaración de Duffer.

En su conjunto era desfavorable para el acusado, particularmente por la circunstancia de haber cambiado de intención respecto á la hora de salida. Por otra parte, su excitación y su enojo, exagerados tal vez por el testigo, parecen agravar las sospechas contra el acusado.

El murmullo que circula por el tribunal indica que las declaraciones de Duffer han producido profunda sensación.

Pero ¿por qué estaría agitado también Enrique Coxe? ¿Por qué iría en seguimiento de Lancaster con tanto afán y á hora tan intempestiva, él, cuyas costumbres morigeradas eran conocidas de todos?

Si hubiese sido al contrario, si Armando hubiera preguntado por el joven é ido en su seguimiento, el caso no ofrecería dudas; pero aun entonces se advertiría la falta de un motivo que explicase satisfactoriamente semejante proceder. ¿Quién podría resolver las dudas del Jurado sobre el particular?

Examinados varios testigos, su testimonio favorece en cierto modo al acusado. Algunos de ellos aseguran que existían las más amistosas relaciones entre la víctima y el acusado.

Pero, al fin, se llama á otro testigo que declara lo contrario, confirmando las sospechas que ya se han concebido: es el ex capitán Casio Collins.

El relato produce un cambio completo en el modo de ver del Jurado, pues no sólo alega un motivo para cometer el asesinato, sino que representa el crimen con los más negros colores.

Después de un estudiado exordio, en el cual manifiesta cuanto le repugna verse obligado á exponer los hechos, acaba por decirlo todo: la escena del jardín; la disputa, la marcha de Armando, precedida, según dijo, de varias amenazas; el hecho de haberle seguido Enrique; y, en una palabra, todo, menos el verdadero motivo de la conducta del joven y de la suya propia. Casio Collins se guarda muy bien de comunicar este detalle.

La escandalosa revelación produce general sorpresa, de la cual participan á un tiempo el juez, el Jurado y los espectadores, suscitando murmullos de reprobación y exclamaciones de cólera.

No iban dirigidas contra el testigo que daba á conocer los hechos, sino contra el individuo que estaba enfrente de él, y á quien ahora se imputaba un doble crimen, el asesinato del hijo y la deshonra de la hermana.

Al terminar Casio Collins su declaración, oyese un doloroso gemido: acaba de proferirlo un hombre de avanzada edad y triste aspecto, en quien todos reconocieron al padre de las dos víctimas.

Pero las miradas de los espectadores no se fijan en él, sino en la carretela con cortinas, donde está sentada una joven, tan hermosa, que hace ya tiempo ha llamado la atención.

Son miradas de asombro las que le dirigen; pero nada tiene esto de particular, porque la dama que ocupa el carruaje es Luisa Coxe.

¿Estará allí por su propia voluntad?

Tal es la pregunta que todos se hacen en voz baja.

No tardan mucho en tener la respuesta, pues un momento después oyese la voz del pregonero que grita en voz alta:

—¡Luisa Coxe!

Casio Collins ha cumplido su palabra.

CAPITULO XXII

LA TESTIGO

Antes de que la monótona intimación se repita tres veces, se ve á la criolla bajar de su carruaje.

Conducida por un oficial del tribunal, toma asiento en el sitio destinado para los testigos; y sin que, al parecer, se inmute, sin manifestar temor, mira de frente al tribunal.

Todas las miradas están fijas en la criolla: algunas con aire interrogador; las menos con expresión despreciativa, y muchas con admiración y como aprobando: tal es la influencia que la hermosura ejerce, aunque esté aliada con el crimen.

Sin embargo, una persona contemplaba á la joven con una expresión muy diferente á todas las demás: su mirada expresa el más tierno afecto con una mezcla de desconfianza.

Es el mismo prisionero, de quien se han desviado todas las miradas, así como también las de Luisa.

Sólo á un hombre cree en aquel momento digno de su atención, y es el mismo que acaba

de alejarse del sitio que ella ocupa. La criolla dirige á Collins, á su primo, una mirada terrible, con la cual parece querer anonadarle.

Y, no pudiendo resistir el brillo de aquellos ojos, el ex capitán retrocede para ocultarse entre la multitud.

—¿Dónde estabais, señorita Coxe,—pregunta el presidente del tribunal,—la noche en que se vió por última vez á vuestro hermano?

—En casa, en la casa de mi padre.

—¿Me será permitido preguntaros si fuisteis aquella noche al jardín?

—Sí.

—Tal vez tendréis á bien manifestar al tribunal á qué hora.

—Si no recuerdo mal, fué á media noche.

—¿Estuvisteis sola?

—No todo el tiempo.

—Es decir, que ¿parte de él os acompañó alguien?

—Sí, señor.

—A juzgar por vuestra franqueza, señorita Coxe, supongo no rehusaréis al tribunal manifestar quién era esa persona.

—Seguramente que no.

—¿Se puede saber el nombre del individuo?

—Hubo más de uno: estaba mi hermano.

—Pero antes de que llegase vuestro hermano ¿no os acompañaba otra persona?

—Sí, señor.

—Pues su nombre es lo que deseamos saber. Espero que no tendréis empeño en ocultarlo.

—¿Por qué motivo? No hay ningún inconveniente en deciros que el caballero que me acompañaba era el Sr. Armando Lancaster.

Esta contestación causa sorpresa, y algo más: un sentimiento de desdén mezclado de indignación.

Sin embargo, en una persona produce un efecto muy distinto; y es en el prisionero, que está en la barra, el cual parece más triunfante que ninguno de sus acusadores.

—¿Se puede saber,—pregunta el presidente,—si ese encuentro fué casual, ó resultado de una cita?

—Fué una cita.

—Esta es una cuestión muy delicada, señorita Coxe; y me dispensaréis que cumpla con lo que exige mi deber, interrogándoos hasta el fin. ¿Cuál fué el motivo, ó, mejor dicho, el objeto de esa cita?

La testigo vacila en contestar.

Pero sólo un momento, pues, levantándose con altivez y dirigiendo una mirada de indiferencia á todo el auditorio, replica con firmeza:

—Motivo ú objeto viene á ser lo mismo, y no tengo intención de ocultarlo. Fuí al jardín para buscar al hombre á quien amaba, á quien amo aún, por más que se halle ante vosotros, acusado de un crimen; y ahora, caballero, creo que estaréis satisfecho.

—No del todo,—replica el presidente, sin hacer aprecio alguno de los murmullos que se elevan á su alrededor;—aún debo haceros otra pregunta, señorita Coxe. La marcha que seguiré, aunque algo irregular, cuando menos,

ahorrará tiempo al Jurado, y creo que nadie tendrá que objetar. Ya habéis oído cuanto han dicho los testigos que os precedieron. ¿Es cierto que vuestro hermano se separó con enojo del acusado que está en la barra?

—Es verdad.

La respuesta hace estremecer á muchos de indignación, pues confirma el cuento del ex capitán, explicando el *motivo* del asesinato.

Muchos de los presentes no esperan la declaración que la testigo se propone dar; al punto

reís interrogado de nuevo; pero hasta tanto, tened la bondad de no interrumpir los procedimientos.

Después de algunas nuevas preguntas, y contestaciones explicatorias de lo alegado ya, Luisa Coxe sale, por fin, de su penosa situación.

Dirigese á su carruaje con la tristeza en el corazón, porque reconoce que, al decir la verdad, ha perjudicado la causa de aquel á quien deseaba favorecer, así como también la suya.



—Fuí al jardín para buscar al hombre á quien amaba, á quien amo aún...

resuena el grito de: —¡Ahorcarle! ¡Ahorcarle!, y al mismo tiempo se hace una demostración como para llevar á cabo este designio sin esperar el veredicto del Jurado.

—¡Orden en el tribunal!—grita el juez apartando el cigarro de su boca, y dirigiendo á su alrededor una mirada de autoridad.

—Mi hermano *no le siguió enojado*,—prosigue la testigo sin esperar á que le pregunten. —Acababa de reconocer que había faltado al Sr. Lancáster, y fué tras él para darle una satisfacción.

—Yo puedo decir algo sobre eso,—interrumpe Collins, sin hacer aprecio de la irregularidad del acto. —Sé que disputaron *después*; los oí desde la azotea, donde yo estaba entonces.

—¡Sr. Collins!—grita el juez con acento de cólera. —Si el tribunal lo juzga oportuno, se-

Y al cruzar por entre la multitud, no deja de notar que muchos le dirigen miradas cuya expresión se asemeja mucho á la del desprecio.

Las personas de más jerarquía se ofenden por aquella condescendencia; y la moralidad se resiente de aquella declaración en que se confiesa que hubo una cita á media noche, sin decir nada de la envidia que excita la buena suerte de aquel á quien la criolla ha defendido tan atrevidamente.

Collins es llamado por segunda vez á declarar, y, agregando algunas calumnias, aumenta la antipatía que ya inspiraba el acusado.

Cada una de sus palabras es una mentira; pero los asertos parecen demasiado plausibles para que se consideren como una invención.

Y de nuevo estalla un clamoreo en la multi-

tud, y resuena otra vez el grito de: —¡Ahorcarle!

Los gritos son esta vez más amenazadores que antes.

También es la manifestación más violenta: muchos hombres se despojan de sus levitas, arrojando sus sombreros al aire.

Las mujeres que están en los vehículos, y hasta las que ocupan los carruajes de más lujo, parecen participar de la hostilidad contra el prisionero, excepto Luisa.

También ella se había indignado, pero por una causa muy distinta.

Y si tiembla en aquel instante, no es por temor, sino porque reconoce que ella misma ha contribuido á producir aquella efervescencia.

En aquella angustiosa hora, recuerda las significativas palabras de Collins, cuando le dijo que sus propios labios pronunciarían las frases que debían condenar á Armando.

El clamoreo adquiere un carácter más amenazador; háblase á gritos, y se hacen insinuaciones encaminadas á irritar los ánimos entre la asamblea.

El juez Roberts, así se llama el presidente, se halla expuesto á ser sustituido por el tribunal de Lynch.

Y ¿qué sucederá entonces?

Para Armando no habrá ya juicio, sino sentencia, porque ésta se había decretado ya. Seguiríase en el acto la ejecución, sin retardarla más que el tiempo necesario para rodear con el nudo corredizo el cuello del acusado, y suspender la rama del árbol que se elevaba junto á él.

Esto es lo que cree la mayoría, esperando solamente la señal.

Pero, á Dios gracias, no todos los espectadores piensan del mismo modo: algunos han resuelto que aquel asunto tenga un desenlace muy distinto.

En un grupo, formado por hombres que visten el uniforme de oficiales del fuerte y en cuyo centro se ve al comandante, discútese vivamente.

El debate no se prolonga más de dos minutos, y termina con el toque de una corneta.

El Mayor es quien ha dado la orden de hacer esta señal.

Casi en el mismo instante, un destacamento de cuarenta dragones y otros tantos tiradores comienza á desfilar por la estacada que rodea el fuerte.

Fuera ya del recinto, avanzan á buen paso en dirección al árbol.

Adelantándose silenciosos, cual si obrasen por instinto, alinéanse y forman los tres lados de un cuadro que encierra al tribunal.

La multitud ha enmudecido, y contempla el espectáculo, que puede considerarse como un golpe de efecto.

No sólo se produce el silencio, sino también la sumisión, pues harto se comprende que aquel acto es una medida preventiva adoptada por el Mayor.

Es asimismo evidente que ya no podrá cons-

tituirse el tribunal de Lynch, y que regirá una vez más la ley del país.

El juez Roberts puede continuar ya en el ejercicio de sus funciones tan rudamente interrumpidas, sin temor á la oposición.

—¡Ciudadanos!—exclama, dirigiendo al auditorio una mirada con la cual parece reprenderle.—La ley se ha de cumplir, lo mismo en Tejas que en los demás Estados; y no necesito decíroslo, puesto que creo que los más de vosotros habéis visto crecer el trigo al otro lado del Misisipí. Sentado esto, debo suponer que no queréis ahorcar á un hombre sin oír antes su defensa. Eso no sería ley ni justicia, sino un verdadero asesinato.

—Y ¿no lo ha cometido él, por ventura?—pregunta uno de los secuaces de Collins.—No haremos con él sino lo que hizo con Enrique Coxe.

—Eso no se ha probado aún, ni habéis oído á todos los testigos: esperad á que se examinen los que faltan. ¡Pregonero!—añade el presidente, volviéndose al individuo que desempeña estas funciones.—Llamad á los testigos de la defensa.

Elregonero obedece, y Felim se presenta en la barra.

El relato del ex mozo de caballos, referido confusamente, lleno de incongruencias, y en muchas cosas inverosímil, más bien perjudica la causa de su señor que contribuye á que se crea en su inocencia.

El abogado de San Antonio desea vivamente que termine aquella declaración, porque confía mucho en que debe haber otro testigo.

Al fin, se llama á éste.

Elregonero llama á Zab.

Antes de que haya acabado de pronunciar el nombre, se ve avanzar á un hombre corpulento, casi un coloso, en quien todos reconocen á Zab, el más célebre cazador de la colonia.

Tres ó cuatro gigantescos pasos le bastan para llegar á la barra y ocupar el sitio destinado á los testigos.

Preséntale al punto, en debida forma, el libro de los santos Evangelios, el cual besa Zab después de haber jurado decir la verdad.

El beso es tan sonoro que lo oyen hasta los que se hallan más lejos.

A pesar de la solemnidad del acto, percíben-se algunas risas ahogadas, que el juez reprime al punto, ó tal vez el mismo Zab, quien, paseando su mirada al rededor, parece buscar á alguno en cuyos labios pueda sorprender una sonrisa.

El carácter del cazador es demasiado bien conocido para que nadie pueda suponer que consentirá que se rían á sus expensas, y muy pronto la multitud recobra, ó afecta recobrar, su compostura.

Hechas las primeras preguntas preliminares, invítase á Zab á referir los pormenores que conozca acerca del extraño suceso que ha producido en la colonia tan honda agitación.

Los espectadores prestan atento oído, guardando el más profundo silencio, porque predo-

mina la creencia de que Zab posee la clave del misterio.

—Oid, señor juez,—dice Zab mirando fijamente el funcionario fumador.—No tengo inconveniente en decir cuanto sé acerca del asunto; pero si fuese igual para vos y para el Jurado, preferiría que el joven hablase antes, pues de este modo, mi declaración podría confirmar la suya.

—¿De qué joven habláis?—pregunta el presidente.

—¿De quién ha de ser sino del cazador de caballos, de aquel á quien se acusa de haber asesinado á Enrique Coxe.

—Esto sería algo irregular,—contesta el presidente;—pero... bien mirado, y como el objeto es averiguar la verdad, por mi parte no tengo inconveniente, con tanta más razón cuanto que no soy partidario de las antiguas prácticas. Si el Jurado no se opone, hágase como indicáis.

El Consejo de *los Doce* opina del mismo modo y aprueba. Los hombres de las fronteras no tienen mucho apego á las formas ceremoniosas, y, en su consecuencia, se accede á la petición de Zab *nemine dissentiente*.

CAPITULO XXIII

HABLA LANCASTER

Obedeciendo á la invitación del abogado defensor, el acusado se dispone á utilizar la ventaja que se le ha concedido.

A una señal del juez, colócase frente al tribunal, y á dos pasos de él permanecen sus guardianes.

Inútil parece decir que reina un silencio profundo: hasta los grillos que corren por entre la yerba suspenden su monótono canto; todas las miradas están fijas en el prisionero; todos los oídos se hallan dispuestos á recoger las primeras palabras de lo que podría llamarse su *confesión*.

—¡Jueces y señores jurados!—exclama Armando, comenzando su discurso en el verdadero estilo de Tejas.—Habéis tenido la bondad de permitirme tomar la palabra para hacer mi defensa, y, al aprovecharme de este privilegio, procuraré no cansar demasiado vuestra atención. Lo primero que debo decir es que, á pesar de las muchas circunstancias mencionadas durante el curso de los procedimientos, que os parecen no sólo extrañas, sino inexplicables, lo que he de decir es por demás sencillo, y aclarará algunas de ellas. No todas las declaraciones que habéis oído son exactas: algunas de ellas son tan falsas como los labios que las pronunciaron.

La mirada del orador se dirige á Casio Collins, quien retrocede un paso, cual si viese apuntado contra su pecho el cañón de un revólver de seis tiros.

—Cierto es,—continúa el acusado,—que tuve una entrevista con la señorita Coxe; su noble y generosa confesión me libra de ser per-

juro, como tal vez lo hubiera sido á no mediar aquella declaración. En todo lo demás, podréis creerme bajo mi palabra. También es cierto que nuestra entrevista fué clandestina, y que la interrumpió aquel que desgraciadamente no se halla aquí para decir cuanto ocurrió después. Es verdad asimismo que mediaron entre nosotros palabras de enojo, ó, mejor dicho, que me las dirigió él á mí, pues yo no hablé nada. Pero *no es cierto* que la disputa se renovase luego; y el hombre que así lo ha jurado no se atrevería á decirlo si yo estuviese en libertad de contradecirle cual se merece.

Al pronunciar estas últimas palabras, el acusado vuelve á fijar su vista en Collins, que trata siempre de ocultarse entre la multitud.

—Por el contrario,—continúa Armando,—la siguiente entrevista entre Enrique Coxe y yo tuvo sólo por objeto ofrecerme él sus excusas, y yo á él mi amistad, y hasta me atreveré á decir mi afectuoso cariño. ¿Quién no había de simpatizar con aquel joven? En cuanto á dispensarle por las pocas palabras duras que me dirigió, casi creo inútil deciros que lo hice manifestándole cuánto me satisfacía aquella reconciliación.

—Es decir, que ¿la hubo?—pregunta el presidente, aprovechándose de una pausa en el relato.—¿Dónde se efectuó?

—A unas cuatrocientas varas del sitio *en que se cometió el asesinato*.

El presidente se pone en pie al oír estas palabras, y el Jurado le imita.

Todos los presentes manifiestan la mayor sorpresa.

Es la primera vez que alguno habla con seguridad del sitio en que se perpetró el crimen, y en que se afirma que hubo realmente asesinato.

—¿Os referís al sitio en que se halló un charco de sangre?—pregunta el presidente.

—Me refiero al sitio en que *Enrique Coxe fué asesinado*.

El tribunal da nuevas señales de asombro, y sus individuos hablan en voz baja, profiriendo exclamaciones.

Al mismo tiempo, óyese un sordo gemido. Hugo Coxe es quien lo ha exhalado, pues por la primera vez está seguro de no tener ya hijo. El corazón del padre alimentaba aún la esperanza de que su hijo viviera, de que tal vez se hallase detenido en algún punto, por enfermedad, ó en poder de los indios, tanto más cuanto que no existía ninguna prueba positiva de su muerte.

Pero el testimonio del mismo acusado acaba de desvanecer esta última esperanza.

—¿Estáis, pues, seguro de que Enrique Coxe ha muerto?—pregunta el presidente.

—Completamente seguro,—contesta el acusado.—Si le hubierais visto como yo, os parecería ociosa la pregunta.

—¿Visteis el cadáver?

—Protesto contra el giro que se da al interrogatorio,—interrumpe el abogado defensor.—Le considero improcedente.

—A fe mía,—añade el abogado irlandés,—

que no sería consentido en el tribunal de otro país.

—Pues ésa es aquí la ley,—replica el presidente, dirigiendo una severa mirada al que acaba de interrumpir.

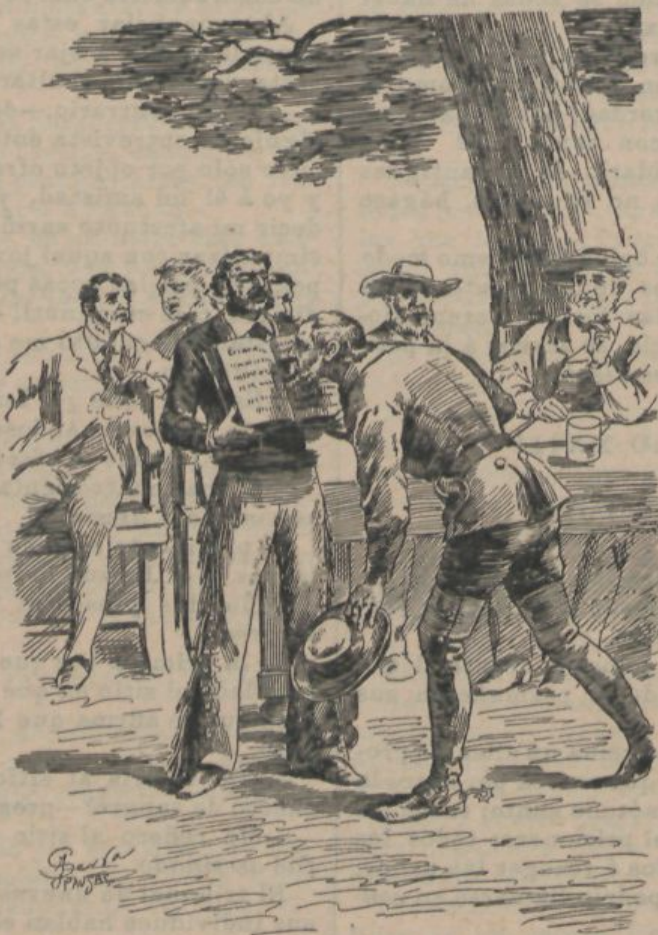
Y, volviéndose á Armando, añade:

—¡Acusado, á la barra! Y continuad vuestro relato. El abogado defensor puede preguntaros lo que guste; pero nadie más hasta que hayáis concluido. ¡Proseguid! Sepamos todo cuanto tenéis que alegar.

era lo mejor marchar de una vez al Alamo, haciendo el viaje durante las frescas horas de la noche. Había enviado ya á mi criado, y mi ánimo era marchar por la mañana; pero lo ocurrido en la Casa de la Curva me indujo á salir cuanto antes, y me puse en camino, después de arreglar mi cuenta con Duffer.

—Y ¿el dinero con que le pagasteis?—pregunta el presidente.—¿De dónde...?

—¡Protesto contra eso!—interrumpe el abogado defensor.



Preséntanle al punto, en debida forma, el libro de los santos Evangelios...

—He hablado de reconciliación,—continúa el acusado,—y os he dicho dónde se efectuó. Ahora debo explicaros cómo fué allí. Ya sabéis de qué modo nos separamos, la señorita Coxe, su hermano y yo. Al alejarme de ellos, crucé el río á nado, no sólo porque nada me importaba el medio de locomoción, sino porque no quería que él supiese cómo había llegado al jardín: tenía mis razones para ello. Crucé, pues, la corriente y dirigíme hacia el pueblo: la noche era muy calurosa, como lo recordarán muchos de los presentes, y mi ropa estaba casi seca cuando llegué á la hospedería del alemán. El establecimiento estaba abierto aún, y Duffer detrás de su mostrador; pero como hasta entonces no tenía nada que agradecer á aquel hombre por su hospitalidad, y como ningún asunto me retenía allí, pensé que

—¡Ira de Dios!—exclama el abogado irlandés, dirigiendo una mirada amenazadora al presidente.—Si observais ese proceder en un tribunal de mi país, os contestarían algo que no os agradara.

—¡Silencio, caballeros!—exclama el presidente con tono de autoridad.—Que prosiga el acusado.

—Viajé con lentitud, porque no tenía prisa ninguna, ni tampoco deseo de dormir aquella noche: poco me importaba pasarla en la pradera ó bajo el techo de mi jacalé; sabía que me era fácil llegar al Alamo antes del amanecer, y esto era cuanto yo deseaba. Jamás se me ocurrió volver la vista atrás, ni sospechaba remotamente que alguno me siguiera, hasta que recorrí una media milla por el chaparral, hacia el sitio en que le atraviesa

el sendero de Río Grande. Entonces oí el galope de un caballo, que, al parecer, iba detrás. Acababa de dar una vuelta á un recodo que forma el sendero, y no podía ver al jinete; pero reconocí que su montura iba al trote. Tal vez fuera una persona que yo no deseaba ver. Esta fué la reflexión que hice, aunque no tenía motivo para ocultarme. Más bien pensé así por costumbre, por lo frecuentes que son las sorpresas de los indios; y, en su consecuencia, me interné entre los árboles para esperar allí la llegada del desconocido, que no tardó en presentarse... Juzgad cuál sería mi sorpresa cuando, en vez de un extranjero, ví al hombre de quien acababa de separarme enojado; y al decir enojado no me refiero á mí, sino á él. ¿Le dominaría aún la cólera? ¿Le habría contenido sólo la presencia de su hermana, y, una vez lejos de ella, se acercaba acaso para pedirme nuevamente satisfacción por la injuria que suponía haberle inferido yo? ¡Señores del Jurado! No negaré que éstas fueron mis reflexiones al ver quién era el jinete. ¡Estaba resuelto á no eludir un encuentro cobardemente, pues mi conciencia no me acusaba de falta alguna. Ciertamente; pero esto fué por culpa de otros, no por la mía. Yo la amaba con la más pura pasión y con toda mi alma: no temo confesarlo, ni añadir que del mismo modo la amo todavía.

Luisa Coxe, sentada en su carruaje, detrás del círculo exterior de espectadores, no se halla tan lejos del acusado, ni tan corridas están las cortinillas de su coche, que no pueda oír las palabras pronunciadas por Armando el cazador.

Y, á pesar de la tristeza que la agobia, un rayo de inefable alegría ilumina su semblante al escuchar aquella declaración.

Es el eco de los sentimientos de su alma. El carmín que tñe sus mejillas no es producido por la vergüenza: es la expresión de un orgulloso triunfo.

No trata de ocultarlo: lejos de ello, parece dispuesta á saltar de su carruaje, correr hacia el hombre á quien se acusa de la muerte de su hermano, y, con ese abandono propio de un ardiente amor, retar á los más atrevidos acusadores.

Si las señales de tristeza reaparecen pronto, no son hijas ya de la pasión de los celos. Aquellas dulces frases no se borrarán de su memoria, y son para Luisa Coxe la expresión de la verdad, pues reflexiona que el hombre de cuyos labios han salido se halla en el completo uso de su razón, y que, tal vez al borde de la tumba, no puede tener en la tierra interés alguno para faltar á la verdad.

CAPÍTULO XXIV

INCIDENTE

Si las últimas palabras del acusado han complacido á Luisa Coxe, pocos hay que sientan la misma satisfacción.

En los más de los espectadores, el efecto ha sido muy distinto.

Es una de las más deplorables condiciones de nuestra ignoble naturaleza contristarnos al ver un amor del que no podemos participar, sobre todo cuando ofrece el carácter de una ardiente pasión que todo lo absorbe.

La cosa no es difícil de explicar: sabemos que él y ella, es decir, los que de tal modo se aman, no pueden interesarse por nosotros.

Es la antigua historia del amor propio herido por la indiferencia.

Aun aquellos espectadores á quienes no seducen los encantos de la hermosa criolla, no pueden menos de experimentar cierto sentimiento de envidia; mientras otros, más interesados, resientense por lo que ellos llamaban una imprudente confesión.

Si la historia del acusado no contiene mejores pruebas de su inocencia, pensaban los más, tanto valía no haberla comenzado. Hasta aquí, no ha servido sino para que los acusadores exciten más la antipatía de aquellos que, de otro modo, se hubieran conservado neutrales.

Y de nuevo se eleva un murmullo entre los hombres, mientras los secuaces de Collins se agitan otra vez más furiosos que antes.

Todo indica que Armando Lancaster corre de nuevo el peligro de caer en poder de una ciega multitud que le ahorcará sin más explicaciones.

Pero ese peligro es sólo aparente: el Mayor acaba de dirigir una significativa mirada á su tropa, y se oye la voz del juez que dice con acento de autoridad:

—¡Silencio en el tribunal!

Todos callan de nuevo, y el acusado puede continuar su declaración.

—Al ver quién era,—dice,—salí de entre los árboles dirigiéndome hacia él. Aun había luz bastante para que me reconociese, y así fué, en efecto. En vez de la borrascosa escena que yo esperaba, tal vez no sin razón, sorprendíme agradablemente el recibimiento del joven. Sus primeras palabras fueron para preguntarme si le dispensaría por lo que me había dicho; y al mismo tiempo ofrecióme su mano con noble ademán. ¿Será necesario decirlos que la estreché con la mayor efusión y con cariñoso afecto? Sabía que era la mano de un hombre leal; y aun más: abrigaba la esperanza de que algún día fuese la de un hermano. Era la primera vez que la estrechaba: la última fué después, cuando nos despedimos en el sendero. ¡Poco pensaba yo que debía ser la última! ¡Señores del Jurado! Juzgo inútil molestar vuestra atención detallando el diálogo que medió entre nosotros, porque se habló de asuntos que nada tienen que ver con la causa. Anduvimos juntos una corta distancia, y después nos situamos bajo la sombra de un árbol. Allí se hizo un cambio de cigarros y fumamos. Efectuóse, además, otro para cimentar más íntimamente la buena inteligencia entre nosotros establecida: consistía en trocar nuestros sombreros y abrigos. Fué una ocurrencia del momento, sugerida por mí mismo: era la imitación de una cos-

tumbre que existe entre los comanches. Dí a Enrique Coxe mi sombrero mejicano y la manta listada, y entregóme él su capote y el sombrero de Panamá. Entonces nos despedimos: él se alejó, y yo permanecí en el mismo sitio. No podría explicar por qué lo hice, como no fuera porque me agradaba aquel lugar, á causa de haberse efectuado allí una reconciliación tan inesperada como deseada. No tenía ya empeño en llegar al Alamo aquella noche: dábame por contento con permanecer debajo del árbol.

zado, deduje que los dos nos equivocábamos. El caballo había oído tal vez los pasos de algún animal salvaje; y lo que yo percibí podía ser muy bien el crujido de una rama rota al pasar la fiera por la espesura ó quizás fuese alguno de los misteriosos rumores que nadie explica y que se oyen con frecuencia en la espesura del chaparral. Olvidando, pues, el incidente, volví á echarme sobre la yerba, y una vez más quedé dormido. No me desperté hasta que el aire fresco de la mañana comenzó á penetrar á



El jinete sin cabeza atravesaba la llanura ostentando sus horrorosas formas

Desmonté, até mi caballo, embocéme en el capote y me eché sobre la yerba. Pocos segundos después me embargó el sueño. Era cosa rara que yo pudiera dormirme tan pronto, pues media hora antes hubiera sido de todo punto imposible: lo atribuyo á la satisfacción interior que experimentaba, después de la desagradable excitación por que pasé. Mi sueño no era, sin embargo, muy profundo, ni pasó mucho tiempo sin que se interrumpiera. Sólo haría algunos minutos que dormía, cuando me despertó un sonido: parecióme la detonación de una carabina, mas no podía estar seguro de que así fuese. Mi caballo parecía saberlo mejor que yo: al levantar la cabeza, ví que había enderezado las orejas, y después relinchó como si le hubieran hecho fuego. Púseme en pie y escuché atentamente. Pero como no oyese nada y viera que el musteño se había tranquili-

través de mi capote. No era ya nada agradable permanecer debajo del árbol, y, acercándome á mi caballo, dispúseme á continuar mi viaje. Pero aquella detonación parecía resonar aún en mis oídos, con más fuerza tal vez que cuando me hallaba entregado al sueño, y parecíame que provino del mismo punto por donde se alejó Enrique Coxe. Ilusión ó realidad, no pude menos de relacionar este incidente con el joven, ni me fué dado resistir á la tentación de volver por aquel camino, á fin de buscar la causa del hecho. No tuve que andar mucho para encontrarla. ¡Cielos! ¡Qué horrible espectáculo se ofreció á mi vista! Vi...

—¡El jinete sin cabeza!—exclama uno de los espectadores.

Todos los demás se vuelven para mirar.

—¡El jinete sin cabeza!—contestan cincuenta voces á un tiempo.

¿Era aquello una burla del tribunal?

Nadie lo pensó así, pues todos los que componían aquella multitud reconocieron al punto la causa de la interrupción.

El jinete sin cabeza atravesaba la llanura ostentando sus horribles formas.

—¡Allá va! ¡Allá va!—gritaban algunos.

—¡No, no!—contestaban otros.—¡Viene hacia aquí! ¡Mirad!

Este último aserto resulta exacto; pero sólo por un momento, pues, como si quisiera contradecirlo, el extraordinario jinete se detiene de pronto en la pradera, cual si deseara contemplar la multitud reunida al rededor del árbol.

Pero después, no agradándole, al parecer, el espectáculo que tiene delante, el caballo manifiesta su disgusto con un relincho, y aléjase á galope.

Por un momento se olvida el profundo interés que excitaba la confesión del acusado.

Y es que predomina la opinión de que en aquel espectro que se presenta tan oportunamente, se hallará la explicación de todo cuanto ha ocurrido.

Tres cuartas partes de los espectadores se precipitan hacia sus caballos; y hasta los jueces, impulsados por el movimiento general, se desbandan igualmente: de los doce, seis ú ocho quieren perseguir también al jinete sin cabeza.

El caballo de este último, inmóvil un instante, ha emprendido el galope, como ya hemos dicho; y en su seguimiento van numerosos perseguidores.

CAPITULO XXV

LA CAPTURA

Los cazadores se dirigen á través de la pradera, hacia el sendero del chaparral, distante unas diez millas.

Antes de llegar á él, muchos individuos quedan rezagados, uno después de otro, por no poder sus monturas resistir tan continuado galope; muy pocos llegan á la espesura, y sólo dos penetran en ella, yendo al alcance del jinete fugitivo, que, sin detenerse un punto, se interna en lo más intrincado del bosque.

El perseguidor más próximo monta un caballo gris, al que excita de continuo con el látigo, la espuela y la voz.

El que va detrás, muy cerca también, es un hombre de elevada estatura. Cubre su cabeza un sombrero de anchas alas, y viste un gran levitón: su montura es una escuálida yegua, que no parece capaz de avanzar con tanta ligereza.

Su jinete no se sirve del látigo, de la espuela, ni de la voz, sino de la punta de un cuchillo, que á intervalos aplica silenciosamente en el anca del cuadrúpedo.

Aquellos dos hombres que tan de cerca persiguen al jinete sin cabeza son Casio Collins y Zab.

Gracias á la ligereza del musteño gris, Collins ha obtenido la ventaja: diríase que aquello es para él una cuestión de vida ó muerte.

El viejo cazador parece igualmente resuelto. En vez de contentarse con andar á su paso acostumbrado, y de confiar en su destreza como rastreador, parece que trata de no perder al otro de vista, como si se lo aconsejase una necesidad no menos imperiosa.

Muy pronto penetran ambos en el chaparral y los pierden de vista aquellos que cabalgaban detrás menos resueltamente.

Los tres jinetes siguen avanzando por el chaparral, no en línea recta, sino á lo largo de tortuosos senderos, y trazan repetidas curvas para evitar la maleza.

Ni los matorrales, ni la maleza, ni las espigas de los cactus, ni la espesura de las acacias bastan para detenerlos en su rápida marcha.

Las ramas se tronchan y crujen al abrirse paso los jinetes, mientras las aves, espantadas por aquella inesperada invasión, huyen volando en todas direcciones para buscar lugares más tranquilos.

Algunos negros buitres dejaban oír sus lúgubres graznidos: sin duda, les decía su instinto que una persecución tan tenaz no debía terminar sino con la muerte, y por eso seguían, por los aires, la misma dirección que los jinetes en tierra.

Aquella es una cacería en que el perseguido lleva la ventaja á los perseguidores, porque puede elegir el camino; mientras los otros deben limitarse á seguirle.

Menos por haber aumentado la distancia que por la interposición de los árboles, tarda poco en desaparecer de la vista de sus perseguidores, los cuales no se divisan ya tampoco entre sí.

Ninguno de los tres puede distinguir á los otros dos; pero los buitres ven á todos desde las alturas.

Fuera del alcance de las miradas de sus perseguidores, la ventaja del perseguido es ahora mayor que nunca, porque puede avanzar á todo galope, mientras que los que le siguen, obligados á examinar el rastro, han de avanzar más lentamente. Ciertamente que puede descubrirle también el rumor de las pisadas de su caballo y el de las ramas rotas al paso; pero, á pesar de esto, el más cercano de los perseguidores comienza á perder la esperanza. A cada vuelta que traza el rastro, el fugitivo parece obtener mayor ventaja, hasta que, al fin, deja de oírse el rumor de las pisadas.

—¡Maldito sea!—grita Collins con acento de cólera.—Se escapará otra vez. No me importaría mucho si no viniera ninguno detrás de mí; pero esta vez me siguen de cerca. Ese viejo sabueso avanza á través del bosque: le he visto entrar en él, y seguramente no nos separa un trecho de trescientas varas. ¿No habrá medio de librarme de él? Es demasiado buen rastreador para que no le tema. ¡Mil rayos! Aun me queda una probabilidad.

Al pronunciar estas palabras, Collins refrena su caballo, hácele dar media vuelta, y examina la senda por la cual acaba de pasar.

Obsérvala como aquel que ha concebido un

plan y trata de reconocer el terreno para ver si es conveniente. Al mismo tiempo, sus dedos oprimen la carabina con movimiento nervioso y febril impaciencia.

En sus miradas se expresa, no obstante, la vacilación: diríase que Collins no se atreve á tomar una actitud resuelta.

Y después de reflexionar algunos momentos renuncia á su plan.

—No me conviene,—murmura;—vienen detrás muchos individuos, y algunos que también

yecto de asesinato; y gracias á su precaución no se oyen apenas sus pasos.

—No tendré poca suerte si consigo que pierda la pista,—reflexiona Collins, desviándose aún más de la línea que sigue.—De todos modos, debo seguir avanzando, porque, si no, alguno de esos estúpidos puede ser más afortunado que yo.

Espoleando de nuevo su musteño gris, Collins sigue avanzando con toda la rapidez que le permite el tortuoso sendero.



—Dispensad, señorita..., pero si ése es todo el valor que dais á vuestro musteño gris... (pág. 29)

saben rastrear. Hallarían el cadáver, y tal vez oirían también la detonación.

Collins sigue escuchando durante algunos momentos: no se percibe ningún sonido ni delante ni detrás, como no sea el aleteo de los buitres. ¡Qué extraño es que estas aves permanezcan sobre su cabeza!

—Sí,—murmura el ex capitán;—debe estar próximo. ¡No tiene poca suerte en que le sigan otros! Si no fuese por esto, sería el mejor momento para poner fin á tan enojoso espionaje. ¡Nunca más fácilmente que ahora!

No lo era tanto como creía Casio Collins; y si los buitres que se cernían en los aires hubiesen podido hablar, así se lo habrían dicho.

Las aves ven avanzar á Zab; pero de la manera más conveniente para frustrar todo pro-

A doscientos pasos más allá vuelve á detenerse: su rostro refleja sorpresa y placer al mismo tiempo.

El jinete sin cabeza está delante de él, á menos de veinte pasos de distancia.

No se mueve del mismo sitio: hállase entre unos matorrales bajos, que llegan sólo á los estribos. El caballo tiene la cabeza inclinada: diríase que está pastando.

Así lo cree Collins á primera vista.

Y por eso apoya en el hombro la culata de su carabina; pero desvíala al momento, porque el caballo contra el cual piensa hacer fuego se agita violentamente: no pasta, como lo creía el ex capitán, sino que parece empeñado en una especie de lucha, con la cabeza entre los matorrales.

Collins ve que el cuadrúpedo está sujeto, á causa de haberse enredado la brida fuertemente en el tronco de un arbusto, de tal modo que no puede soltarse.

—¡Cogido, al fin!—murmura Collins.—¡Gracias á Dios! ¡Gracias á Dios!

El ex capitán no puede reprimir apenas un grito de triunfo, y hace avanzar á su caballo.

Un momento después se halla junto al jinete sin cabeza, junto aquel fatídico espectro que tanto tiempo ha perseguido inútilmente.

¿Cuál puede ser?

Este es un secreto conocido no más que del ex capitán, y la recelosa mirada que dirige á su alrededor indica que no desea hacer á nadie partícipe de él.

Pero después de observar la espesura, escuchando algunos segundos, dispónese á realizar su intento.

Singular podría parecer el acto á cualquiera que no conociese el objeto.

Collins desenvaina su cuchillo, levanta una



El caballo retrocedió, relinchando con espanto, mientras su jinete lanzaba un grito de terror (pág. 34)

CAPITULO XXVI

MAL ENCUENTRO

Collins se apodera de las bridas del caballo fugitivo.

El animal trata de huir, pero no le es posible: su cabeza está sujeta por las riendas, y solamente puede girar en un reducido círculo.

Su jinete no hace el menor movimiento para eludir la captura: rígido y mudo como la tumba, no sabe lo que pasa á su alrededor.

Después de una breve lucha, el cuadrúpedo queda sujeto.

Collins profiere una exclamación de alegría.

Pero de pronto reprímese al hacer una reflexión: aun no ha realizado su propósito.

punta de la manta del jinete sin cabeza, é inclínase cual si intentase clavar la hoja del arma en el pecho.

Pero contínele un grito que procede del chaparral, en cuyo lindero acaba de presentarse un hombre: es Zab.

—¡Deteneos!—grita el cazador, avanzando rápidamente entre la espesura.

—¡Cómo!—replica el ex capitán con gesto de enojo, y envainando rápidamente al propio tiempo su cuchillo.—¿Qué diablo decís? Este caballo se ha enredado por la brida, y, temiendo que se escape otra vez, iba á cortar su maldito cuello, á fin de tenerle más seguro.

—¡Ah! ¿No era más que eso lo que deseabais? Pues bien: opino que no es necesaria la degollación, porque podremos sujetar al caballo sin derramar su sangre. Yo supongo que

trataríais de hacer eso únicamente con el cuadrúpedo...

—Por supuesto que sí.

—Es claro. Pues en cuanto al hombre, *si aun lo es*, parece que alguno le ha hecho ya esa operación. ¿Qué opináis de ello, Sr. Collins?

—¡El diablo me lleve si sé qué pensar! No he tenido tiempo de examinar al jinete, pues llevo en este mismo instante. —¡Cielos!—añade Collins, fingiendo la mayor sorpresa. —¡Es un cadáver!

—Lo mismo creo: no es probable que el hombre viva sin cabeza sobre los hombros, porque, según se ve, no la tiene tampoco debajo de la manta. ¿Qué os parece?

—Efectivamente, no la tiene.

—Levantad un poco la manta y asegúrenos.

—Me repugna tocarla, porque eso es horrible.

—¡Diablo! Pues no hacíais tantos ascós hace un minuto. ¿Qué os pasa ahora?

—¡Ah!—balbucea Collins.—Era que me había excitado el galope: me encolerizaba ese maldito caballo, y había resuelto acabar con él.

—¡No importa!—replica Zab.—Ya haré yo la inspección. Sí,—continúa, acercándose más al jinete sin cabeza, y con la vista fija en él.—Sí: es el cuerpo de un hombre, no cabe duda: está completamente muerto, y tan rígido como un tronco helado. ¡Cielos!—añade Zab alzando la punta de la manta.—¡Pues éste es el cuerpo del hombre cuyo asesinato ha dado lugar á la causa! ¡Es el de vuestro primo, el joven Coxé!

—Creo que tenéis razón. ¡Por el Cielo, que así es!

—¡Josafat!—continúa Zab, fingiendo la mayor sorpresa ante aquel descubrimiento.—Este es el hecho más misterioso que he conocido en mi vida. En fin, de nada sirve quedarnos aquí haciendo comentarios: lo mejor será conducir el cadáver en su silla tal como lo hemos encontrado, toda vez que parece estar bien sujeto. Yo conozco también el caballo, y creo que cuando haya olfateado un poco á mi yegua, vendrá con nosotros sin gran esfuerzo. ¡Vamos, vieja mía!—añade el cazador dirigiendo la palabra á su yegua.—Acércate para ver si te reconocen. ¿No ves que es un antiguo amigo tuyo?

Mientras el cazador habla así á su cuadrúpedo, el caballo montado por el jinete sin cabeza se acerca á la yegua, olfatéala, y ambos relinchan á la vez, cual si indicaran que se reconocían.

—Ya lo pensé así,—exclamó Zab, apoderándose de la brida y desprendiéndola del matorral;—el musteño nos seguirá tranquilamente mientras vaya junto á la yegua; y, de todos modos, no será necesario cortarle el cuello para impedir que huya. Ahora, Sr. Collins,—continúa el cazador mirando fijamente al ex capitán para ver el efecto que producen sus palabras,—¿no os parece lo más oportuno marcharnos? El tribunal reanudará muy pronto la sesión, y tal vez seamos necesarios, sobre todo llevando aquí semejante testigo, que puede servir para

esclarecer el hecho, demostrando la culpabilidad del joven Armando, ó su inocencia, que es lo más probable. ¡Vaya! ¿Estáis dispuesto á seguirme?

—¡Oh! Seguramente.

Zab rompe la marcha conduciendo el cautivo á su lado, sin que el animal oponga resistencia: por el contrario, parece satisfecho.

Collins avanza lentamente detrás, al parecer con cierta repugnancia.

En un sitio en que el sendero torcía de pronto al rededor de un grupo de árboles, el ex capitán se detiene, y diríase que reflexiona sobre si seguir adelante ó retroceder.

Sus facciones expresan una terrible agitación.

Zab, extrañado no oír ya las pisadas del caballo, comprende que su compañero se ha detenido.

Entonces refrena su yegua, y dando media vuelta dirige á Collins una mirada interrogadora, y, al observar su agitación, adivina al punto la causa.

Entonces, sin pronunciar una sola palabra, empuña su carabina, apoyando el cañón sobre un brazo, como para apuntar en el momento oportuno.

En esta actitud mira fijamente al ex capitán.

Ninguno de los dos hace observación alguna, ni tampoco es necesario.

El gesto de Zab es suficiente, pues con harta claridad dice:

—¡Retroceded si os atrevéis!

Collins finge no observar nada y sigue avanzando silenciosamente.

Pero ya no se le permite ir á retaguardia: aunque sin decir cosa alguna, el viejo cazador ha concebido sospechas, y alega un fútil pretexto para colocarse detrás, sin que su compañero de viaje pueda hacer ninguna objeción.

Los dos jinetes avanzan poco á poco á través del chaparral. Ya se acercan á la pradera, y, al fin, ven la línea del horizonte.

Collins distingue, sin duda, á lo lejos algo que le infunde nuevos temores, y, refrenando de nuevo su caballo, parece reflexionar.

Terrible es la alternativa que se ofrece á su espíritu. ¿Se internará de nuevo en la espesura para ocultarse á los ojos de los hombres, ó irá á desafiar la negra borrasca, las nubes preñadas de amenazas que se acumulan sobre su cabeza?

Daría cuanto posee en el mundo, y cuanto espera poseer, hasta Luisa Coxé, por verse libre de la odiada presencia de Zab, por estar sólo diez minutos con el jinete sin cabeza.

Mas no debía ser así. El fino sabueso que tan tenazmente le había seguido hasta entonces, parecía más inexorable que nunca; y, aunque se le resistiera creerlo, el instinto decía á Collins que el cazador le consideraba á él como el verdadero delincuente, y que á la menor tentativa de fuga recibiría un balazo por la espalda.

Pero, después de todo, ¿qué podía decir ó hacer Zab? No había seguridad alguna de que el

viejo cazador supiese la menor cosa de las circunstancias que le atormentaban.

Es evidente que Zab sospecha; pero ¿qué importa esto? Unicamente los que no tienen amigos deben temer las sospechas; y el ex capitán no se hallaba en este caso.

Alentado con esta esperanza, Collins recobra ánimos, y, aparentando una indiferencia que no siente, avanza por la pradera, seguido siempre de Zab, que, montado en su yegua, conduce á caballo el cadáver de Enrique Cuxe.

ocurrir, asaz extraordinario para ocuparse en él, no sólo durante una hora, sino por espacio de un siglo. Los espectadores hablan de él, mientras que con la mayor ansiedad esperan la vuelta de aquellos que han ido á dar caza á la terrible aparición.

Todos confían en la captura del jinete sin cabeza, creyendo que no sólo facilitará la clave del misterio, sino que arrojará luz en el asunto del asesinato.

Entre ellos hay uno que podría dar á cono-



—¡Retroceded si os atrevéis!

CAPITULO XXVII

SIGUE EL JUICIO

Ausentes dos terceras partes de los espectadores, y la mitad de los individuos que componían el tribunal, no ha podido continuar el juicio que se celebraba debajo del árbol. Mas no es porque se haya aplazado: aquello es una especie de interregno inevitable, tácitamente convenido.

La interrupción se prolonga, poco más ó menos, una hora, durante la cual el presidente fuma un par de cigarros, echa tres ó cuatro tragos de aguardiente, y habla con la mayor familiaridad á sus colegas.

No es difícil hallar asunto para la conversación, pues ofrécele el incidente que acaba de

cer la primera, aunque no explicar lo que acaba de suceder: es el acusado, á quien se invita á continuar su declaración.

Por orden del presidente y consejo del abogado, se mantiene hasta entonces silencioso.

Al poco tiempo vuelven los perseguidores, no todos juntos, sino en grupos aislados: son los que han desistido de la persecución.

Todos refieren la misma historia: ninguno de ellos ha conseguido acercarse lo suficiente al jinete sin cabeza para obtener algún nuevo detalle: su entidad continúa siendo un mito lo mismo que antes.

Muy pronto se echa de ver que no se han presentado aún dos de los individuos que han tomado parte en la cacería.

Son el viejo cazador y el ex capitán de voluntarios: se ha visto á éste último seguido

muy de cerca por el primero, ambos delante de todos los demás; pero nadie ha vuelto á encontrarlos después.

Todas las miradas están fijas en la pradera, observando con igual cantidad: espérase que los dos hombres que faltan volverán pronto, y se confía en que conducirán consigo al jinete sin cabeza.

Transcurre una hora, y, sin embargo, no se ve llegar á ninguno de ellos.

¿Deberá aplazarse el juicio?

Los jurados que allí se hallan aconsejan que continúe, mientras el abogado defensor propone la suspensión hasta el día siguiente, fundándose en la ausencia de un testigo importante, del cazador Zab.

Algunos individuos piden á voces la terminación del juicio.

Son hombres pagados, que alborotan en aquel tribunal como si estuvieran en la platea de un teatro. Aquella tragedia verdadera tenía también sus partidarios, cual si fuera fingida.

Los que gritan consiguen, al fin, su objeto, y se resuelve continuar el juicio, en cuanto sea posible, sin el testigo ausente.

Tal vez vuelva antes de que llegue el momento de llamarle: de lo contrario, el tribunal podrá tratar entonces de la suspensión.

Así lo propone el presidente, y el Jurado aprueba lo mismo que los espectadores.

Ordénase, pues, al acusado que continúe su relato, tan inesperadamente interrumpido.

—Ibais á manifestarnos lo que visteis,—dice el abogado dirigiéndose á su cliente;—proseguid vuestra declaración. ¿Qué fué ello?

—Un hombre tendido en tierra, sobre la yerba.

—¿Estaba muerto?

—Más que muerto, si esto fuera posible: al inclinarme sobre él observé que le habían degollado.

—¿Cómo! ¿Tenía la cabeza cortada?

—Precisamente. Yo no lo noté hasta que me arrodillé á su lado. Estaba boca abajo, conservando la cabeza su posición natural, y hasta con el sombrero puesto aún. Pensé que estaría dormido, si bien tenía el presentimiento de una desgracia. Los brazos ofrecían demasiada rigidez para ser los de un hombre entregado al sueño, y lo mismo observé en las piernas, sin contar que sobre la yerba se veían algunas manchas rojas. Al inclinarme más para mirar, percibí ese olor acre y salitroso que exhala la sangre humana. Ya no dudé que estaba contemplando un cadáver, y entonces quise examinarle más de cerca. En la parte posterior del cuello ví una horrible cortadura llena de sangre medio coagulada, y observé también que la cabeza estaba completamente separada de los hombros.

—¿Reconocisteis al hombre?

—¡Ay de mí! Demasiado.

—¿Sin ver su rostro?

—No lo necesitaba: el traje solo me lo decía.

—¿Qué traje?

—La manta listada que cubría sus hombros y el sombrero: eran los míos. A no ser por el cambio que habíamos hecho, podía muy bien pensar que yo era el muerto; pero no: era Enrique Coxe.

Entonces se oye entre la multitud un sordo gemido.

Se ha exhalado del pecho del padre de la víctima.

—Continuad,—dice el presidente;—manifestadnos qué otros detalles observasteis.

—Al tocar el cuerpo, reconocí que estaba frío y rígido, comprendiendo que hacía tiempo que cesó en él la vida; la sangre estaba casi seca, ofreciendo un color negruzco, ó, por lo menos, me lo pareció así á la incierta luz del crepúsculo matutino, pues aun no había salido el sol. Muy fácilmente hubiera podido equivocarse la causa de la muerte, suponiendo que fué por degollación; mas, al recordar el tiro que oí por la noche, ocurrióme que en alguna parte del cuerpo se encontraría la herida del proyectil. No me engañaba: al volver el cuerpo hacia arriba apercibí en la manta un agujero cubierto de sangre en los bordes. Levantando la manta, miré debajo, y ví una mancha lívida en el pecho; fácil me fué reconocer que la bala había entrado por allí; y como no se veía ninguna otra herida por la espalda, deduje que el proyectil estaba dentro.

—¿Os parece,—pregunta el presidente,—que el tiro fué bastante para haber causado la muerte, sin la mutilación que, en vuestro concepto, se efectuó después?

—Estoy seguro: si no fué instantánea, debió seguirse á los pocos minutos ó tal vez segundos.

—Decís que la cabeza estaba cortada. ¿Observasteis si la habían separado completamente del cuerpo?

—Del todo, aunque estaba lo más unida á él que era posible, como si después de la mutilación no se hubieran movido ni el cuerpo ni la cabeza.

—¿Os parece que el corte se hizo con un arma muy afilada?

—Sí.

—¿Qué clase de arma creéis que sería?

—Parecióme primeramente que la herida debió inferirse con un hacha; pero tal vez fuera con un cuchillo de ancha hoja, muy pesada en el lado opuesto al filo.

—¿Reparasteis si se habían descargado varios golpes, ó si la separación se efectuaría de uno solo?

—Debieron ser repetidos, pero fuertes y seguros; el primer tajo se infirió, sin duda, con mucho vigor, y debió alcanzar más de la mitad del cuello, perpendicularmente á la espina dorsal, en la parte posterior. Por esto comprendí que el pobre joven debía estar boca abajo cuando recibió el golpe.

—¿Concebisteis alguna sospecha acerca de quién cometería el crimen y por qué causa?

—En aquel momento, ni la más remota: estaba tan horrorizado, que no me era posible reflexionar, y apenas podía dar crédito á mis

ojos. Cuando recobré alguna serenidad, no teniendo ya la menor duda de que se había cometido un asesinato, sólo pude explicármelo por la suposición de que los comanches habrían pasado por allí, y que al encontrar al joven Coxe le darían muerte. Pero ¿la cabelle-
ra estaba intacta, como el sombrero que cubría la cabeza!

—Entonces, ¿pensaríais que no eran indios? —Así lo deduje, en efecto.

—¿En quién recayeron vuestras sospechas?

—Por entonces no pensé en nadie. Jamás había oído que Enrique Coxe tuviera enemigo alguno ni aquí ni en otra parte. Después he concebido ciertas sospechas, y aun las abrigo.

—Manifestadlas.

—Protesto contra esa forma del interrogatorio,—interrumpe uno de los individuos del jurado;—no necesitamos saber cuáles son las sospechas del prisionero, y ya es suficiente que se le permita proseguir con su *muy plausible historia*.

—Que continúe, pues,—dice el presidente, encendiendo otro habano.—Decid qué hicisteis después de vuestras observaciones.

—Durante algún tiempo no supe qué partido tomar; estaba perplejo ante aquel espectáculo y seguro de que se había cometido un asesinato, así como también de que fué ocasionado por el tiro que yo oí. Pero ¿quién pudo dispararlo? Seguramente, no eran indios: de esto no me cabía la menor duda. Luego pensé si sería algún pirata de la pradera, algún bandido; pero esto no era tampoco probable, pues mi manta mejicana, que valía lo menos cien duros, estaba allí; y en cuanto á los efectos del joven Coxe, parecióme que estaban intactos. Hasta el reloj se hallaba aún en el bolsillo del chaleco, y la cadena en su sitio, aunque cubierta de gotas de sangre coagulada. Deduje, en conclusión, que el crimen se había perpetrado para satisfacer una venganza; y procuré recordar si había oído hablar alguna vez de disputas entre Enrique Coxe y cualquiera otra persona. No tenía noticia alguna de ello. Pero, por otra parte, ¿para qué habían cortado la cabeza? Esto era lo más extraño para mí, y también lo más horrible. Sin tratar de explicarme el hecho, pensé en lo que convendría hacer. De nada servía quedarme allí junto al cadáver; y era imprudente sepultarle. Ocurrióme entonces dirigirme á escape al fuerte y pedir auxilio para conducir el cuerpo á la Casa de la Curva. Pero si le dejaba en el chaparral, los coyotes, ayudados por los buitres, darían cuenta de él antes que volviéramos. Aquellas aves se cernían sobre mí, pareciendo acechar los humanos restos. Harto mutilado estaba ya el cuerpo para que pudiera pensar en dejarle expuesto á una nueva profanación: acordábame de los ojos que le contemplarían después arrasados en lágrimas.

CAPITULO XXVIII

FIN DE LA DECLARACIÓN

El acusado hace una pausa en su relato, sin

que nadie le dirija la menor observación, ni para interrumpirle, ni para indicarle que se apresure.

Presidente, Jurado y espectadores permanecen silenciosos, casi sin respirar, mientras que todas las miradas están fijas en el prisionero.

En medio de aquel silencio solemne, Arman-
el cazador continúa su relato de este modo:

—Mi segunda idea fué cubrir el cadáver con el capote, poniéndole sobre la manta, pues de este modo le preservaría de los lobos y de los buitres, por lo menos hasta que volviéramos á buscarle. Ya me había despojado de la capa con este objeto, cuando me ocurrió otra cosa, al parecer, mucho mejor. En vez de volver solo al fuerte, conduciría el cuerpo hasta allí; juzgué que sería fácil hacerlo, colocándole atravesado en la grupa del caballo, sujeto á la silla con mi lazo. En su consecuencia, acerquéme á mi montura, y disponíame ya á cargar el cadáver, cuando observé que allí cerca había otro caballo: era el que montaba aquel que había dejado de existir. El cuadrúpedo pastaba á pocos pasos, con tanta tranquilidad cual si nada hubiera sucedido. Y como la brida arrastraba por el suelo, no me ofreció la menor dificultad cogerla, aunque sí conseguir que el animal permaneciese tranquilo junto al cadáver que yacía en tierra. Sujetando las riendas con los dientes, levanté el cuerpo y esforcéme por colocarlo atravesado en la silla. Conseguílo, por fin; pero no se sostenía: estaba demasiado rígido para doblarlo, y no veía medio de sujetarlo bien. Por otra parte, el caballo se agitaba mucho al ver la extraña carga que debía conducir. Después de varios esfuerzos inútiles, reconocí que aquello no era posible. Ya iba á renunciar del todo, cuando me ocurrió otra idea que prometía mejor resultado: sugiriómela el recuerdo de alguna cosa que había leído sobre los gauchos de la América del Sur. Cuando muere alguno, ó perece por accidente en algún remoto punto de las Pampas, sus compañeros conducen el cadáver á su lejana vivienda sujeto en la silla, y en la misma actitud que cuando estaba vivo. ¿Por qué no había de proceder de igual manera con el cuerpo de Enrique Coxe? Intenté hacerlo así, atándolo á su propio caballo. Pero como la silla era plana, y el animal no se estaba quieto, no lo conseguí. Sólo quedaba otro medio de hacer el viaje juntos y era cambiar de caballos. Ya sabía yo que el mío no opondría resistencia, y además, la silla mejicana, muy profunda, favorecía mi designio admirablemente. En pocos minutos conseguí sostener el cuerpo en su posición natural: su rigidez, que antes me opuso un obstáculo, favorecíame ahora para mantenerle en su sitio. Sin mucha dificultad coloqué los miembros como debían estar, introduje los pies en los estribos, y sujeté bien las polainas con correas, para mantener el equilibrio. A fin de asegurarle mejor, corté una parte de mi lazo, y, arrollándola á la cintura del cadáver, até una extremidad al pomo anterior de la silla, y otra al posterior. Otro pedazo de cuerda, atado á los estribos, y que pasaba por debajo

del vientre del caballo, me bastó para sujetar los pies á fin de que no se moviera. Aun faltaba arreglar la cabeza: era indispensable que acompañara al cuerpo. Al levantarla de tierra, intenté quitarle el sombrero; pero no pude conseguirlo, pues la cabeza se había hinchado horriblemente, y aquél se adhería á ella como si fuese la misma piel. Seguro, pues, de que no se caería, até un pedazo de cuerda á la hebilla de la cincha, y colgué cabeza y sombrero del arzón de la silla. De este modo completé mis preparativos de viaje. Montando en el caballo de la víctima, llamé al mío para que me siguiera, pues ya tenía costumbre de hacerlo así cuando era necesario, y al punto me puse en marcha para la colonia. Menos de cinco minutos después, fui derribado de la silla y perdí el conocimiento. A no ser por aquella circunstancia, no me hallaría aquí ahora, ó, por lo menos, no en tan desagradable situación.

—¡Decís que fuisteis derribado de la silla! ¿Cómo pudo ser eso?

—Un simple accidente, ó más bien un descuido mío. Al montar aquel caballo, que no conocía, no pensé en recoger las riendas: acostumbrado á guiar el mío, muchas veces sólo con la voz y las rodillas, olvidé aquel requisito, sin prever el incidente ocurrido después. El caballo que yo montaba apenas había dado algunos pasos del punto de partida, cuando, espantándose al ver alguna cosa, desvióse á un lado y emprendió el galope. No debería decir *alguna cosa*, porque haría saber lo que era. Al mirar el cuadrúpedo á su alrededor, vió al que iba detrás, montado por aquella extraordinaria figura, que á la luz del día era suficiente para espantar á un caballo ó á un hombre. Entonces intenté coger la brida; pero antes de que pudiese tocarla, el animal partió á escape. Al principio no me alarmé mucho, ó, mejor dicho, no sentí ninguna inquietud, porque confiaba en apoderarme, al fin, de las riendas y detener el caballo. Sin embargo, pronto conocí que esto no era cosa tan fácil: iban pendientes por delante, y no podía cogerlas sin tenderme á lo largo del cuello. Mientras me esforzaba para conseguirlo, no pensé en la dirección que el caballo seguía, y sólo al sentir un rasguño en las mejillas comprendí que salíamos del espacio abierto y penetrábamos en el chaparral. Después no tuve ya tiempo de hacer observaciones, ni tampoco de ocuparme en coger las riendas: haría tener que hacer con desviar las ramas espinosas que se cruzaban en todos sentidos cual si quisieran arrancarme de la silla. Al fin, se presentó una que no podía evitar: su tronco, bastante grueso, se extendía á través del sendero, al nivel de mi pecho, y el cuadrúpedo, espantado de nuevo por alguna otra cosa, precipitóse contra aquella rama. Ignoro á dónde iría después el animal: supongo que todos vosotros lo sabréis mejor que yo. Sólo puedo decir que me dejó debajo de la rama, con una fuerte contusión en la frente, y una rodilla hinchada y dolorida; mas no me di cuenta de ello hasta dos horas después. Cuando recobré el sentido, el sol estaba ya muy alto en el

horizonte. Algunas bandadas de buitres trazaban círculos sobre mi cabeza: sus picos abiertos y sus graznidos indicábanme que ya me consideraban como su presa. La vista de aquellas aves, por una parte, y por otra la sed que me devoraba, impulsáronme á huir de aquel sitio. Mas al ponerme en pie, ví que no podía andar, y, lo que era peor, ni aun sostenerme. Sin embargo, permanecer en aquel sitio era morir, ó, por lo menos, así lo creí entonces. Acosado por este temor, hice un supremo esfuerzo para llegar al agua. Recordé que cerca de allí debía haber una corriente; y arrastrándome algunas veces, y ayudándome otras con una tosca muleta que formé con el tronco de la rama de un árbol, pude, al fin, llegar al arroyo. Una vez satisfecha la sed, me reanimé un poco, y no tardé en quedar profundamente dormido. Cuando me desperté víme cercado por los coyotes. Al menos había cuarenta; y aunque al principio no temí, conociendo la cobardía de aquellos animales, muy pronto hube de pensar de distinta manera. Los lobos comprendían que yo estaba inutilizado, y habían resuelto atacarme. Así lo hicieron al cabo de poco tiempo, precipitándose contra mí simultáneamente. Con mi cuchillo pude rechazarlos, matando á los que más se acercaban: creo que tendí en tierra cinco ó seis en el primer ataque. No obstante, aquello amenazaba concluir mal para mí: debilitábame la pérdida de sangre, y pronto hubiera sucumbido á no ser por el inesperado incidente que me favoreció. Apenas puedo calificarlo de incidente: compláceme más pensar que fué la mano de Dios.

Al pronunciar estas palabras, el joven dirige la vista al cielo, y permanece silencioso un instante, cual si elevara una ferviente oración al Altísimo.

El profundo silencio que todos guardan indica que se respeta aquella actitud: hasta los más rudos corazones se sienten, sin duda, conmovidos ante aquella confianza en Dios, de tal modo expresada.

—El inesperado socorro,—continúa el acusado,—se presentó en la forma de un antiguo compañero, uno que es muchas veces más fiel que el hombre mismo: mi sabueso Tara. El perro se habría extraviado, sin duda, buscándome, aunque después se me ha dado otra explicación con la cual no quiero molestaros. De todos modos, la cuestión es que me encontré y por cierto muy oportunamente para salvarme. Los coyotes se dispersaron al acercarse el sabueso, y me libérté por el pronto de una muerte horrible, pues iba á ser despedazado por los lobos. Después volví á quedar dormido, ó privado de conocimiento: no puedo asegurarlo. Al despertar reflexioné: sabía que el perro debía haber venido de la cabaña, y no ignoraba que me separaba de ésta una distancia de varias millas. Mi criado había vuelto á ella el día antes con el perro. Felím estaría allí seguramente, y pensé enviarle un mensaje por medio de Tara. Con este fin escribí algunas palabras en una tarjeta que aun me quedaba por casualidad. Ciertamente mi criado no sabía leer; pero

al ver la tarjeta la reconocería como mía, y era de creer que buscara quien descifrara el contenido. Esto era tanto más probable, cuanto que los caracteres estaban trazados con sangre. Envolví la tarjeta en un pedazo de piel de gamo, para que estuviese más segura, y atéla al cuello de Tara. No sin alguna dificultad conseguí que el animal me abandonase; pero hizolo así, al fin, y según yo esperaba, para volver al jacalé. Parece que mi mensaje llegó debidamente, aunque hasta ayer no supe los detalles del

sobre mí una acusación de asesinato! ;Señores del Jurado, he dicho!

Se non è vero è ben trovato: ésta es la reflexión del presidente, del Jurado, y de los espectadores, cuando el prisionero termina su declaración.

La mayoría cree en la sinceridad de aquellas palabras, desechando la idea de que sean pura invención.

Su declaración, por irregular que fuese, fa-



El joven dirige la vista al cielo, y permanece silencioso un instante, cual si elevara una oración...

resultado. Poco después de la marcha del perro, volví á dormirme, y cuando me desperté esta vez, víme en presencia de un enemigo mucho más terrible que aquellos con que había luchado anteriormente: era un jaguar. Entonces ocurrió un conflicto entre los dos; pero no podría decirlos cómo terminó, ni al cabo de cuánto tiempo. Para explicarlo dejo la palabra á mi valeroso libertador Zab, que espero volverá pronto, á fin de daros cuenta del hecho, así como también de otros muchos detalles, seguramente tan misteriosos para mí como para vosotros. Sólo conservo memoria de una sucesión de hechos incongruentes, de dolorosas pesadillas, mezcladas con seductoras visiones, ¡ah!, algunas de ellas celestiales. ;Hasta el día de ayer, cuando, al fin, recobré los sentidos, no supe que estaba preso, y que pesaba

voreció más su defensa que el más elocuente discurso que pudiera pronunciar su abogado.

No obstante, aquélla era su propia confesión, y necesitábase otro testimonio para confirmarla.

¿Dónde está el testigo de quien depende esta confirmación? ¿Dónde está Zab?

Quinientos hombres dirigen la vista hacia la pradera para examinar el horizonte con mirada interrogadora: quinientos corazones palpitantes impacientes anhelando la vuelta del viejo cazador, solo ó acompañado de Casio Collins, seguido ó no del jinete sin cabeza, quien, lejos de ser ya un mito ó un misterio, es un fenómeno natural explicado y comprendido.

Inútil sería decir á aquella multitud que el hecho es improbable; inútil sería pronunciar la palabra imposible, porque aquellos hombres

son tejanos del Sudoeste, habitantes de la elevada meseta superior que bordea el Llano Estacado.

Son los habitantes de un país donde rara vez sigue á la muerte la descomposición de los cadáveres; donde el ciervo, herido en medio de su carrera, ó el caballo salvaje que sucumbe por cualquier accidente, no estarán sometidos, al cabo de cierto tiempo, suponiendo que no los hayan devorado las fieras, á las leyes de la corrupción; donde el mismo cuerpo humano, insepulto y descubierto, presenta, en el breve período de cuarenta y ocho horas, los caracteres y el aspecto de una momia recién exhumada de las catacumbas de Egipto.

Si el jinete sin cabeza fuera conducido bajo el árbol cuyo ramaje presta sombra al tribunal, nadie extrañaría que el cadáver de Enrique Coxe no presentase apenas indicios de descomposición.

Si algo inspira dudas, en la historia que acaban de oír, no será en este sentido; y si esperan impacientes, no es porque necesiten confirmación sobre aquel punto.

La impaciencia general reconoce una causa distinta: es que se ha despertado una sospecha en los primeros procedimientos del juicio, sospecha que se ha robustecido gradualmente hasta convertirse en una creencia.

Y porque se desea vivamente confirmarla ó desvanecerla es por lo que aquel público, lo mismo hombres que mujeres, ansía la vuelta del testigo, cuyo testimonio se espera que devolverá al acusado su libertad, si no le condena á la muerte.

Dominados por esta impresión, permanecen inmóviles, observando siempre la línea del horizonte, donde el azul del cielo parece confundirse con el verde esmeralda de la pradera.

CAPITULO XXIX

TESTIMONIO DECISIVO

Reina solemne silencio por espacio de diez minutos, durante los cuales todos manifiestan la misma inquietud, hasta que, por fin, en la línea del horizonte se divisan unas sombras, en las cuales se reconoce pronto, por el movimiento, que son seres vivientes.

Una ruidosa aclamación, el antiguo hurra de los sajones, parece agitar el follaje del árbol, cuando se distingue la figura de tres jinetes, que avanzan por la pradera en dirección al roble.

A dos de ellos se les reconoce al punto: son Zab y Casio Collins. Acerca del tercero no puede haber duda, porque no es posible equivocarse con otra su forma espantosa.

El primer grito de la multitud, que sólo anunciaba la vuelta de los dos jinetes, es seguido por otro más significativo aún, cuando se ve que van acompañados de un tercero, de aquel que por espacio de tanto tiempo dió origen á las más extrañas y diversas conjeturas.

Al último grito de la multitud sucede un in-

tervalo de silencio no interrumpido, hasta que los tres jinetes se acercan.

Muchos salen al encuentro de los recién llegados, y con miradas de asombro conducenlos al sitio.

Los tres jinetes se detienen, al fin, fuera del círculo de espectadores, los cuales cambian al punto de centro, rodeando á los que acaban de llegar.

Dos de ellos desmontan: el tercero permanece clavado en la silla.

Collins, llevando á un lado su caballo, se mezcla entre la multitud: en presencia de semejante compañero, nadie piensa en el ex capitán. Todas las miradas y los pensamientos se fijan en el jinete sin cabeza. Zab, abandonando su montura, coge las riendas del caballo de aquel testigo mudo, y lo conduce hasta debajo del árbol, deteniéndose delante del tribunal.

—Ahora, señor presidente,—dice con el tono de un hombre que domina la situación,—y vosotros, señores del Jurado, aquí tenéis un testigo que probablemente podrá arrojar mucha luz en vuestras deliberaciones. ¿No os parece oportuno examinarle?

Apenas ha hecho su pregunta Zab, oyese una exclamación seguida de las palabras,

—¡Oh Dios! ¡El es!

En el mismo momento, un hombre de elevada estatura avanza tropezando y se coloca junto al jinete sin cabeza: es su padre.

A cierta distancia del sitio, resuena al punto un grito ahogado, proferido, al parecer, por una mujer que solloza: es su hermana.

Poco después retiran á Hugo Coxe de aquel lugar, sin que oponga la menor resistencia, pues el pobre plantador no se da apenas cuenta de lo que pasa.

Conducenle á un carruaje que hay allí cerca, y le sientan junto á la única persona que le ocupa, que es su hija.

Pero el carruaje permanece inmóvil, porque la criolla quiere estar allí hasta que el tribunal haya pronunciado la sentencia, ó hasta la hora de la ejecución, si se ha de efectuar ésta.

Zab recibe la orden de ocupar su puesto en el lugar destinado á los testigos.

Por mandato del juez prosigue el examen bajo la dirección de los abogados defensores.

Zab se expresa con breves frases, cual si creyese que así debe hacerlo, según las prescripciones de la ley.

—La primera vez que oí hablar de este deplorable asunto,—dice,—fué el segundo día de haber faltado el joven Coxe; me refirieron pormenores al volver de una cacería por la parte del río, y dijéronme que se sospechaba que el cazador de caballos había cometido el asesinato. Yo sabía que era hombre incapaz de ello; mas, para cerciorarme, dirigíme á su cabaña, á fin de hacerle una visita. No estaba en el jacalé, y sólo ví á su criado; pero tan aturdido con unas y otras cosas, que no podía dar cuenta de nada. Mientras estábamos hablando, llegó el perro con alguna cosa atada al cuello, y al examinarla reconocióse que era una tarjeta del cazador de caballos; en ella vimos varias

palabras escritas con tinta roja, que después observé era sangre. Estas palabras debían indicar á quien las leyera dónde podría encontrarse al joven. Llegamos al lugar precisamente á tiempo para librar al cazador de caballos de ser despedazado por las garras de uno de esos animales de piel manchada que los mejicanos llaman tigres, aunque he oído al joven darles el nombre de jaguares. Atravesé á la fiera de un balazo, y con esto acabó la cosa. Después conducimos al cazador á su cabaña, colocándole en una especie de angarillas, porque no le era posible sostenerse, sin contar que no estaba en su sano juicio. Al fin, llegamos á la cabaña, y en ella estuvo hasta que se presentaron los perseguidores y le hallaron allí.

El testigo hace una pausa, cual si reflexionase sobre si deberá referir la serie de extraordinarios incidentes ocurridos durante su permanencia en el jacalé.

¿Sería beneficioso para el acusado guardar silencio sobre este punto? Zab resuelve callar.

Pero esto no convenía á los jueces, quienes apuran el interrogatorio.

De este modo resultó que hubo de dar cuenta detallada de todo lo ocurrido, hasta el momento de haberse conducido al acusado á la prisión del fuerte.

—Pues ahora,—dijo el cazador cuando hubo terminado el interrogatorio,—ya que me habéis obligado á decir cuanto sabía acerca de esa parte del asunto, con todos sus detalles, debo advertiros que no habéis pensado en preguntarme otras cosas que yo sé y que pueden aclarar el asunto.

—¡Adelante, pues, Sr. Zab!—dice el abogado de San Antonio, quien tiene, al parecer, interés en saberlo todo.

—Pues bien,—continúa el cazador;—lo que voy á decir no tiene tanto que ver con el prisionero que está en la barra como con un hombre que, en mi concepto, debía hallarse en su lugar. No diré quién es, pero sí os daré á conocer varios detalles sobre el particular, descubiertos por mí, para que vosotros, los señores del Jurado, podáis juzgar luego mejor.

Al llegar á este punto, el cazador se detiene, cual si necesitase tomar aliento para continuar su declaración. Nadie trata de interrumpirle ni excitarle, porque se cree generalmente que puede descifrar el misterio del asesinato.

—¡Pues bien, ciudadanos!—continuó Zab, cambiando de tono.—Después de lo que he oído, y más particularmente visto, comprendí que el joven Coxe, cuyas huellas seguía alguno, fué muerto violentamente. También pude convencerme de que aquel que cometió el crimen cobardemente no podía ser el cazador de caballos. ¿Quién sería, pues? Esta era la cuestión que me confundía, lo mismo que á todos vosotros, sobre todo á los que no han reflexionado. Pues bien: siempre en la persuasión de que el cazador era inocente, resolví descubrir la verdad. Harto reconocía yo que las apariencias estaban contra él, demasiado, por desgracia. Sin embargo, no debía fiarme de ellas, y, de consiguiente, me lancé á la pradera en bus-

ca de algún indicio. No ignoraba que habría muchas huellas de caballo en distintas direcciones, desdichadamente demasiadas, pues, de otro modo, mis investigaciones hubieran sido más fáciles. Pero mi intención se fijó particularmente en un rastro, y resolví seguirlo hasta el fin del mundo. Eran las huellas de un caballo americano que tenía tres herraduras buenas y la cuarta rota en una de sus extremidades. Aquí tenéis el pedazo de hierro.

Al pronunciar estas palabras, el testigo saca una herradura rota, elevándola á cierta altura para que puedan examinarla el Jurado y los espectadores.

—Ahora, señor presidente, y vosotros, señores del Jurado,—continúa Zab,—sabed que el caballo que llevaba esta herradura rota cruzó por la pradera la misma noche en que se cometió el crimen; fué detrás del hombre asesinado, así como también de aquel á quien acusáis, y se detuvo á corta distancia del lugar donde se perpetró el homicidio. Pero el asesino, según reconocí, no se paró: siguió avanzando hasta el lugar donde, por su causa, hubo después un charco de sangre, y él era quien montaba el tercer caballo, el de la herradura rota.

—Continuad, Sr. Zab,—dice el presidente,—y explicadnos lo que puede indicar ese detalle.

—Voy á deciros mi opinión, señor presidente: el hombre á quien me refiero se detuvo en la espesura, y desde allí disparó el tiro que dió muerte al joven Coxe.

—¿Qué hombre? ¿Quién era? ¿Su nombre!

—¡Que lo diga!—exclaman veinte voces.

—Parece que lo encontraréis ahí,—contestaba Zab.

—¿Dónde?

—¿Dónde? En el cuerpo de ese jinete sin cabeza que os contempla inmóvil. Bien podéis ver,—continúa el testigo señalando al mudo jinete,—bien podéis ver una mancha rojiza en la parte de la manta rayada que corresponde al pecho; también distinguiréis en el centro un orificio, como el que hallaríamos, seguramente, en el interior del cadáver del infortunado joven. No habiendo la menor señal de sangre en la parte opuesta, colijo que la bala debe estar dentro. ¿No os parece oportuno practicar un reconocimiento á fin de asegurarnos?

La proposición del cazador es aceptada como por tácito consentimiento.

Dos ó tres individuos, entre ellos Sam Manly, se adelantan, y con la solemnidad proceden á quitar la manta.

Solamente algunos murmullos interrumpen el solemne silencio: un momento después, el cadáver queda descubierto completamente á los ojos de la multitud.

Lleva una blusa de algodón azul que, cruzándose en el pecho, se abotona hasta el cuello.

El pantalón era de paño del mismo color con una ligera franja, pero sólo se veían los muslos, pues las piernas estaban protegidas por unas polainas de piel muy ajustadas.

Al rededor de la cintura veíase una cuerda

que daba dos vueltas, hallándose atada una de sus extremidades detrás de la silla, y la otra delante. De esta manera se mantenía el cuerpo derecho; y también contribuía al objeto otro pedazo de cuerda que, fijo en los estribos, pasaba por debajo del vientre del caballo.

Veíase todo tal como había dicho el acusado, todo menos la cabeza.

¿Dónde estaba ésta?

Los espectadores no se detienen á preguntar: todas las miradas, guiándose por las pa-

blado ya. Podéis observar que no tiene sangre al rededor, lo cual prueba que la bala penetró en cuerpo muerto. En cuanto al otro, es distinto: el proyectil que penetró por allí fué el que le ocasionó la muerte, y mucho me engaño si no encontráis aún el pedacito de plomo dentro el cuerpo. ¿Os parece que hagamos una incisión para proceder al examen?

Nadie se opone á esta proposición: por el contrario, el presidente ordena que se haga lo que Zab acaba de indicar.



Se desatan las cuerdas de la silla, despójase al cadáver de sus polainas y se le desmonta

labras de Zab, se fijan en el cuerpo para examinarle detenidamente.

En el cadáver se ven dos agujeros producidos por algún proyectil: el uno está sobre la región del corazón; el otro atraviesa el pecho por encima del abdomen.

En este último se concentran las miradas, porque al rededor del orificio se distingue un círculo de sangre que parece haber corrido hacia abajo, manchando la blusa de algodón.

El otro agujero no presenta señales semejantes: es un círculo perfecto, del tamaño de un guisante, que apenas se distinguía á cierta distancia, y no se ve á su alrededor ninguna mancha de sangre.

—Ese agujero,—dice Zab señalando el más pequeño,—no significa nada: ha sido causado por el tiro que yo disparé, y del cual os he ha-

Sin perder momento se desatan las cuerdas de la silla, despójase al cadáver de sus polainas, y, por último, se le desmonta.

A los que practican esta operación les parece el cuerpo duro y acartonado, los brazos y piernas están rígidos como un fósil; reconócese que el cadáver está completamente disecado porque su peso específico no excede apenas del de una momia. Con la más respetuosa solicitud se deposita el cadáver sobre la yerba.

Por orden del presidente se practica una incisión al rededor de la herida, ó del orificio que presenta el círculo de sangre coagulada; el corte se hace entre las costillas, continuándole hacia los pulmones.

El el lóbulo izquierdo se descubre el objeto buscado: el escalpelo, que es la punta de un cuchillo, toca algo más resistente que la carne:

diríase que tropieza en una bala de plomo, y, en efecto, es un proyectil.

Extraído al punto, límpiase cuidadosamente, para despojarle de su capa rojiza, y se somete al examen del Jurado.

A pesar de la rozadura ocasionada por las estrías interiores del cañón; á pesar de la mella producida por el choque con el hueso, aun se reconocen los contornos de una media luna con las letras C. C.

¡Oh traidoras iniciales! Algunos de los que las miran recuerdan haber oído hablar de ellas antes; varios pueden atestiguar que un hombre hizo alarde de tener sus balas marcadas, cierto día que se disputó sobre quién había muerto un jaguar. ¡Bien podía arrepentirse ahora aquel hombre de su jactancia! Pero ¿dónde está?

—¿Cómo interpretáis esto, Sr. Zab?—dice á su vez el abogado defensor.

—Pienso que no es nada difícil,—contesta el cazador;—muy torpe debe ser quien no vea, tan claro como la luz de día, que el joven Coxe fué muerto por esa bala.

—Pero ¿disparada por quién?

—¡Oh! En cuanto á eso, es igualmente claro. Cuando un hombre firma un mensaje, no se puede dudar de quién procede. Ciertamente aquí no se ven sino las iniciales, pero creo que están bastante claras, y que hablan por sí mismas.

—No veo nada en todo esto,—replica el presidente.—A decir verdad, aquí tenemos una bala marcada con un símbolo, y ciertas letras que pueden pertenecer ó no á un caballero bien conocido en la colonia. Supongamos por un momento que sean tuyas, así como también el proyectil: ¿qué deduciremos de aquí? No sería la primera vez que se ha cometido un asesinato por una persona que robó primero el arma y se sirvió de ella para consumir su crimen, y esto no pasa de ser una estratagema vulgar. ¿Quién podría asegurarnos que no ha sucedido así en este caso? Además,—continúa el presidente,—¿cuál es el motivo para cometer un asesinato como éste, suponiendo que el culpable sea el hombre de quien ahora sospecháis? Sin citar nombre alguno, harto sabemos todos á quién pertenecen esas iniciales, y supongo que el caballero no negará que son tuyas; pero esto no significa nada, puesto que no tenemos otro dato relacionado en algún modo con la consumación del crimen.

—¿Que no le hay?—pregunta Zab, que ha esperado impacientemente la terminación de aquel discurso, que ya le parecía inacabable.—Pues ¿qué llamáis á esto?

Así diciendo, saca de su bolsillo un pedazo de papel arrugado, quemado por los bordes, y ennegrecido, al parecer, por la pólvora.

—Esto encontré,—dice el cazador entregando el papel al Jurado,—adherido en la rama de un árbol, á donde lo envió el cañón de una carabina, y yo os digo que salió de la misma arma con que fué disparado ese proyectil. Según entiendo, es el dorso de una carta; y ahí veréis un nombre que tiene una curiosa rela-

ción con las iniciales de la bala. El Jurado podrá leerlo.

Uno de los individuos del tribunal toma el pedazo de papel, y, después de alisarle un poco, lee en alta voz:

El capitán Casio Collins

CAPITULO XXX

HUIDA

La lectura de este nombre produce honda impresión en el tribunal.

Los espectadores prorrumpen en un grito simultáneo que parece la expresión de un sentimiento común. No es un grito de sorpresa, sino de muy distinto carácter, y también de doble significación.

Proclama á la vez la inocencia del acusado y la culpabilidad de aquel que ha sido su más ardiente acusador.

Contra este último ha hecho más el testimonio de Zab que las sospechas confirmadas que ya se habían despertado y que iban robusteciéndose según se desarrollaban los hechos. Ahora predomina la creencia de que Armando no es el hombre á quien se debería juzgar por la muerte de Enrique Coxe.

Todas las sospechas recaen en Collins: el papel ennegrecido ha suministrado el último eslabón de la cadena de la evidencia; y, aunque la causa sigue siendo un misterio inconcebible, apenas hay ya alguno que dude acerca de quién es el verdadero culpable.

Zab da á conocer las sospechas que primeramente le indujeron á observar las señales en la pradera; habla después del tiro disparado por Collins en la arboleda; de la cacería que siguió; del cambio de caballos efectuado más tarde, y, por último, de la escena ocurrida en el chaparral donde fué cogido el jinete sin cabeza.

Al llegar á este punto, Zab permanece silencioso, como esperando ser interrogado por el tribunal.

Pero las miradas del auditorio no se fijan ya en él: se comprende que ha terminado su declaración, y, si no es así, no se necesita, al parecer, más testimonio para guiar las deducciones.

Ni siquiera se aguarda á que el tribunal delibere sobre lo que ya parece una evidencia, porque su acción es demasiado lenta para cuantos ven que la justicia ha estado á punto de ser burlada, así como el público. La reacción se produce antes, por el espíritu de venganza.

—¡Dejad libre al cazador!—exclaman los más.—¡Es inocente! No necesitamos más evidencia: estamos convencidos de ello.

Tales son las frases de la mayoría de los espectadores, seguidas de otras no menos enérgicas.

—¡Que se prenda á Casio Collins para juzgarle al punto!—grita una gran parte del público.—¡El es quien ha cometido el crimen! Hé aquí por qué se encarnizaba tanto contra el

otro. Si es inocente, podrá probarlo. ¡Harto tiempo ha estado un inocente en ese sitio! ¡Que le sustituya el culpable!

La petición, hecha al principio por media docena de personas, se convierte pronto en clamor general.

El presidente no se atreve á rechazar una proposición tan enérgicamente expresada, y, á despique de la informalidad, se cita á Collins para que se presente ante el tribunal.

Las intimaciones del pregonero, repetidas tres veces en alta voz, no obtienen contestación. Todas las miradas buscan al ex capitán.

Sólo una persona, Zab, mira en la verdadera dirección.

Un momento después, se ve al cazador alejarse á toda prisa del sitio en que había hecho su declaración, dirigiéndose hacia su vieja yegua, la cual permanecía junto al caballo que hacía poco se hallaba, por fin, libre de su fantástico jinete.

Con una agilidad que á todos sorprende, el viejo cazador salta sobre su cuadrúpedo y lo espolea, alejándose rápidamente del árbol á que estaba atado. En el mismo instante, los espectadores divisan un hombre que anda entre los caballos diseminados en la llanura y sujetos á las estacas.

Aunque avanza cautelosamente, como para no ser visto, va muy de prisa y en dirección á un punto determinado.

—¡Es él! ¡Es Collins!—grita uno que le ha reconocido.

—¡Persegúidle!—añade el presidente con tono de autoridad.—¡Persegúidle, y traedle aquí al punto!

No es necesario repetir la orden, pues apenas acabadas de pronunciar las palabras, muchos hombres obedecen aquélla, precipitándose simultáneamente hacia sus caballos.

Antes de que lleguen á ellos, Collins se halla junto á su musteño gris, que era el que estaba más lejos de todos.

Por la agitación que observó debajo del árbol, y los gritos que la acompañaban, pudo comprender que se daba la señal de perseguirle.

No le es ya fácil ocultarse, y, convirtiendo su ligero paso en rápida carrera, salta á la silla de su caballo, hácele dar media vuelta en dirección á la pradera y lo pone al galope.

Pronto le siguen otros cincuenta corceles, y, á juzgar por las palabras que los jinetes pronuncian, la excitación debe llegar á su colmo.

—¡Traedle vivo ó muerto!—había dicho el Mayor.

Cada cual espolea su caballo con el mismo afán que si se tratase de ir á vengar la muerte de un padre ó un hermano, como si le alentara el deseo de ser instrumento en la ejecución de la justicia.

Jamás se ha visto el ex capitán de caballería en semejante peligro; jamás vió tan amenazada su vida, ni en el sangriento campo de batalla de Buena Vista, ni cuando, tendido en la sala de Duffer, vió sobre su pecho el cañón del revólver del cazador de caballos.

Harto lo comprende así, y, sabiéndolo, espolea vivamente su caballo, dirigiendo á intervalos hacia atrás una mirada furtiva y sombría. No expresa, sin embargo, la desesperación, pues no cree aún que debe entregarse á ella, aunque á la vista de tantos perseguidores, y al oír sus gritos de venganza, no debe esperar que escapará de sus enemigos.

Pero sabe que monta en un caballo muy ligero, y que ante él se extiende un espacio de bosque.

Cierto que antes de llegar á él debe franquear más de diez millas; pero ¿qué significa esta distancia, cuando el paso de su montura basta para recorrer veinte en una hora, y dentro de media podrá encontrar un refugio en el chaparral?

Era, sin embargo, muy dudoso salvarse así. ¿Cómo ocultarse en la espesura, cuando le persiguen diez hábiles rastreadores, con Zab á la cabeza?

No, no puede ser: no habrá sitio para esconderse, y hartó lo reconoce Collins.

¿Por qué, pues, no se desespera, resignándose, al fin, á la suerte que le está reservada?

¿Es el mero instinto del animal el que le guía, induciéndole á hacer un esfuerzo para escapar, cuando su fuga es imposible?

Nada de esto. El asesino de Enrique Coxe no está loco: al tratar de eludir la justicia que ahora teme, no confía en la fugaz probabilidad que le ofrece el rápido galope de un caballo á través de la pradera, ni piensa tampoco librarse ocultándose en la espesura.

Mucho más allá hay una *frontera*, y sólo en ella cifra sus esperanzas.

A decir verdad, hay dos, una de las cuales separa dos naciones que se llaman civilizadas. Ciertó que existe una ley de extradición entre ellas; mas, á pesar de esto, el asesino consigue burlarse de la justicia, y lo hace á menudo, emigrando de un punto á otro, lo cual no supone para él sino un cambio de residencia y nacionalidad.

Pero no es éste el camino que piensa seguir Collins: aunque se observen mal los estatutos entre Tejas y Méjico, no es su ánimo aprovecharse de una falta de observancia en el tratado. El ex capitán teme exponerse á semejante peligro, y, teniendo en cuenta su gran crimen, no le falta razón para ello.

Aunque hace galopar á su caballo hacia Río Grande, no es con intención de cruzar la corriente.

Piensa en la *otra frontera*, en aquella tras la cual habita el salvaje comanche, el ismaelita de las praderas, que, si bien aborrece de muerte á todos los hombres blancos, acoge favorablemente á los que han derramado sangre.

En su tienda encontrará el asesino un refugio, y hasta buena acogida, sobre todo si quiere ser compañero de los salvajes.

En todas estas circunstancias ve Collins una probabilidad de escapar: gracias á ella, no se entrega á la desesperación, y, aunque sigue la línea de Río Grande, su ánimo es subir por el Llano Estacado, á favor del chaparral.

No teme los peligros de aquel espantoso desierto, ni otros que puedan ofrecérsele, que serán muy insignificantes comparados con el que le amenaza en aquel momento.

Podrá sentir vivamente tan terrible exatriación forzosa, la pérdida de sus riquezas, de sus amigos, de su posición social, de la compañía del hombre civilizado, y, sobre todo, de aquel amor casi salvaje que embargaba su alma; pero ya no es tiempo de pensar en ella.

Para la ignoble naturaleza de aquel hombre,

densa sombra del roble, ante la presencia de un jurado severo, al que excitaría á obrar el menos escrupuloso tribunal de Lynch y su cohorte de Regulares.

Casio Collins casi no teme ya semejante contratiempo, y comienza á creer que se halla fuera de peligro.

Al volver la cabeza para mirar hacia atrás, ve á sus perseguidores avanzando por la llanura, pero aun á gran distancia.

Después mira hacia adelante, y, en la oscu-



... espolea vivamente su caballo ...

la existencia es aún más querida que el amor. Piensa que aun tiene ante sí un porvenir: nada le dice que la muerte le persigue con agigantados pasos.

El asesino avanza con toda la rapidez que le permite su musteño mejicano, ligero como los corceles de la Arabia, de los cuales presume descender. El noble cuadrúpedo debía estar cansado, puesto que por la mañana había recorrido unas veinte millas, las más de ellas á galope.

Y, sin embargo, no daba señales de fatiga: semejante á todos los de su raza, era capaz de andar cincuenta millas, y, en caso necesario, ciento, sin darse por vencido.

¡Qué buena suerte fué para Collins el cambio de caballo con la doncella mejicana!

Así reflexionando el jinete, piensa á la vez que, si no fuese por esto, se hallaría ya bajo la

ra línea que se extiende sobre la verde sabana, reconoce el chaparral.

Confía llegar á él; y entonces será casi segura su salvación.

Aunque no consiguiese ocultarse en lo más intrincado del bosque, ¿quién hay allí que pueda darle alcance? Casio Collins cree montar el caballo más ligero que cruza en aquel momento la pradera. ¿Quién, pues, podrá detenerle en su rápida fuga?

El ex capitán da gracias á su estrella por haberle proporcionado semejante corcel. Tal vez crea deber aquel favor al diablo, pues nunca podría esperarlo de Dios.

CAPITULO XXXI

DETENIDO

¿Permitirá Dios que pueda escapar el infa-

me cuyas manos se han teñido en la sangre de una víctima inocente? ¿No extenderá su poderoso brazo para detener al asesino en su rápida carrera? Tales son las preguntas que se dirigen los que han permanecido debajo del árbol.

Contestan á ellas por un instinto de justicia, á la primera negativamente, y á la segunda con una afirmación.

Pero las contestaciones se reducen á conjeturas. El resultado es dudoso, porque Casio Collins sigue galopando á lo lejos, aunque es de esperar le den alcance Zab y los cien jinetes, soldados y paisanos que se han lanzado en su persecución.

La duda disminuye al ver á un jinete, que es el último en alejarse del árbol, pues todos parecen creer que, á pesar de esta circunstancia, él será el primero en llegar.

Aquel hombre es Armando el cazador, montado en un caballo cuya ligereza no tiene igual en el país.

Las exclamaciones que últimamente han resonado en el tribunal no revelaban sólo el deseo de aplazar el juicio, sino de darle por terminado; y por el consentimiento de la asamblea, expresado á gritos, ó admitido tácitamente, Armando Lancaster comprende que acaba de obtener la libertad.

El primer uso que hace de ella es para precipitarse hacia el caballo que montaba el jinete sin cabeza, que, como todos saben, es suyo.

Al acercarse al cuadrúpedo, éste reconoce á su amo, adelántase hacia él y demuestra su alegría con un relincho.

A pesar de que la ausencia ha sido larga, no se puede perder el tiempo en cariñosas manifestaciones: el cazador no pronuncia sino una sola palabra, como para contestar al relincho del generoso bruto, y un momento después salta sobre el bayo rojizo, empuñando las riendas.

Armando mira á su alrededor buscando un lazo; lo pide encarecidamente, dirigiéndose á los que le rodean, y, al fin, le arrojan uno y pone su caballo al galope.

Los espectadores permanecen inmóviles, contemplando al gallardo jinete: nadie duda ya del resultado.

Dios ha decretado, sin duda, que el asesino sea alcanzado, y que, una vez cogido, se le presente ante aquel mismo tribunal donde antes figuró como testigo imparcial, al parecer.

El hombre que estuvo á punto de ser condenado á muerte por una perjuración, es el mismo elegido como un instrumento de la Divina Providencia.

Hasta los rudos Regulares, que con sus costumbres prácticas de la vida se fijan poco en la idea de la intercesión divina, no pueden menos de experimentar la impresión de una justicia tan poética.

Todos parecen inspirarse en el mismo pensamiento, cuando el bayo rojizo cruza la pradera con la rapidez de un relámpago, montado por Armando el cazador.

Cuando el jinete está ya muy lejos, ocurre un episodio bajo la sombra del roble, y si no lo notan las personas que allí hay, es porque todas tienen la vista fija en la llanura, observando atentamente la cacería, que apenas se distingue ya en lontananza.

Otra persona hay que mira también, aunque con distinta expresión que los demás: es una dama que asoma la cabeza á través de las cortinas de su coche; pero sus ojos manifiestan, al parecer, un sentimiento distinto del que experimentan los otros espectadores.

No es una mera curiosidad lo que inquieta á la hermosa joven y hace palpar su seno: la expresión de su mirada revela tristeza y también un destello de la alegría del triunfo cuando mira al perseguidor, mientras sus labios murmuran lentamente las siguientes palabras, como si pronunciase una oración:

— ¡Dios tenga piedad del culpable!

Detenido un momento para montar, y más aún para obtener el lazo, Armando es el último en alejarse de aquel punto.

Al dejar atrás á la multitud, dispersa entonces en el campo de parada, observa que los demás perseguidores le llevan una buena delantera, y que una distancia de varios centenares de varas le separa de los más rezagados.

Pero el cazador no se desanima por esto: confiando en las cualidades de su caballo, sabe que muy pronto no estará ya á retaguardia.

Y el bayo rojizo no defrauda sus esperanzas. Muy contento por verse libre de la inerte carga, que su instinto no le permitía explicarse, y excitado también por la presión de las rodillas de su amo, el noble cuadrúpedo devora la estancia dando saltos enormes, cual si quisiera demostrar que su cuerpo conserva el vigor y sus miembros la elasticidad que tuvieron siempre.

No tarda el cazador en dar alcance al más rezagado; después se adelanta á otro y otro, y luego á un tercero, hasta que, al fin, se pone á la cabeza de todos.

Continuando siempre su rápida carrera, lo mismo sobre las superficies arenosas que sobre el blanco césped ó el terreno pedregoso, avanza cada vez más, y, al fin, le pierden de vista sus competidores, como dejaron de ver antes al musteño gris y su jinete.

Sólo uno de los perseguidores divisa aún á Armando el cazador: es un hombre alto, montado en un cuadrúpedo de mísero aspecto, en una vieja yegua.

Mas no por esto ha dejado de obtener la ventaja sobre otros caballos, sin duda porque su amo la hostiga con la más poderosa espuela, con la punta de su cuchillo. Aquel hombre es Zab, que ha creído oportuno apelar á tan cruel medio para no quedarse atrás en la persecución.

Sin embargo, la vieja yegua no puede competir con el magnífico caballo del cazador, ni Zab lo espera tampoco: propónese sólo no perderle de vista y lo consigue.

Otra persona hay que mira de reojo al bayo

rojizo cuando devora el espacio, que lo contempla estremeciéndose: es el perseguido.

Cuando más le alienta la esperanza de escapar, Collins vuelve la cabeza y divisa al musteño rojizo, no ya con la extraña figura sobre su lomo, sino montado por un jinete á quien no conoce menos, y que será para él mucho más terrible.

Si: es Armando el cazador, el hombre á quien estuvo á punto de hacer sufrir la más injusta muerte. Aquel hombre le persigue; su propia conciencia le dice que es un vengador.

¿Es la mano de Dios la que dirige á aquel enemigo en pos de sus huellas?

Collins se estremece al dirigirse esta pregunta.

De cualquier otro perseguidor hubiera esperado escaparse: con Armando Lascáster no hay ninguna probabilidad.

El fugitivo siente helarse la sangre en las venas. Parécele que está luchando contra el destino y que es inútil continuar la resistencia.

Agitándose desesperado en la silla, apenas se cuida de hacer uso de la espuela: ya no cree que la rapidez pueda salvarle.

Su fuga es ahora maquinal. Casio Collins no se da ya cuenta de lo que hace.

Su alma está dominada por el error que le inspira una muerte próxima, tanto más temida cuanto que sabe que la merece.

Pero la vista del chaparral, ya muy cercano, le infunde nueva esperanza, y, obligando al rendido caballo á hacer el último débil esfuerzo, dirígese hacia él. A su vista se presenta un claro; gánale al punto, y continúa galopando hasta media milla más allá. Entonces llega á un sitio donde el sendero traza bruscamente un recodo, prolongándose por la espesura; más allá está el bosque y podrá desaparecer de la vista de su perseguidor.

Demasiado bien conoce el lugar: ha sido fatal antes para Casio Collins. ¿Habría de serlo otra vez? Sin duda. El ex capitán lo presiente así, y por eso parece vacilar.

Ya oye las pisadas del bayo rojizo muy cerca de las de su musteño gris y también la voz de un jinete vengador que le intima á detenerse.

Es demasiado tarde para dar vuelta al recodo que traza el sendero; demasiado tarde para ocultarse en la espesura.

Entonces refrena su caballo y deja escapar un grito. Es un grito que expresa á la vez la desesperación y la rabia, semejante al rugido que pudiera lanzar el tigre acosado por los perros.

A este grito acompaña un gesto seguido rápidamente de un foganazo, una bocanada de humo blanquizo y una detonación que indica el disparo de un revólver.

Pero la bala cruza por los aires sin causar daño alguno, mientras que en opuesta dirección se oye una especie de silbido, como el que pudiera producir una cuerda.

En el mismo instante se ve, en efecto, una que atraviesa el espacio cual una larga serpiente.

Casio Collins la distingue á través del humo, y observa que va á caer precisamente sobre él.

No tiene tiempo para disparar un segundo tiro, ni tampoco para evitar el terrible lazo. Antes que pueda revolverse, aquél toca sus hombros, y oye el grito de:

—¡Ríndete, asesino!

El musteño rojizo ha vuelto grupas, y un momento después Casio Collins experimenta la sensación del hombre á quien arrojasen desde una altura. Después no siente nada, ni ve ni oye lo que pasa á su alrededor.

Acaba de ser arrancado violentamente de la silla, y el golpe recibido al dar con su cuerpo en tierra le ha privado de conocimiento.

CAPITULO XXXII

REGRESO AL ÁRBOL

El asesino yace tendido en tierra, con los brazos sujetos con la cuerda, y, según todas las apariencias, muerto.

Pero Armando el cazador no se fía de ellas: aquello puede ser fingido, y, á fin de asegurarse mejor, permanece inmóvil en su silla, sujetando la extremidad del lazo.

El bayo rojizo, obediente siempre á la voluntad de su amo, permanece firme como el tronco de un roble, dispuesto á retroceder ó á precipitarse hacia adelante á la primera señal.

Aquél es un cuadro terrible, aunque nada tiene de nuevo en aquella región, teatro de sangrientas y continuas luchas.

Muy á menudo han contemplado los buitres con evidente satisfacción escenas semejantes, prometiéndose un sangriento festín.

En aquel momento, media docena de aquellas aves, atraídas por el tiro, se ciernen ya en los aires, y, alargando el cuello, clavan su mirada en la tierra, confiando en que se les va á ofrecer un repugnante festín.

—A la verdad que tiene bien merecido ser devorado por esas hediondas aves,—murmura para sí Armando.—¡Gran Dios! ¡Cuando pienso en el crimen que ha cometido! ¡Matar á su primo y cortarle la cabeza! No cabe duda que él ha hecho ambas cosas; pero sólo Dios sabe el motivo y el mismo Collins, si vive aún. Yo tengo ya formada mi opinión. Sé que *la ama*, y es muy posible que el hermano se opusiera. Pero ¿cómo y cuándo? Esto es lo que importa saber y tal vez lo sepan sólo Dios y él.

—Os engañáis sobre ese punto, joven,—dice una voz, interrumpiendo el soliloquio.—Hay alguno que podría deciros el cómo y el por qué, tan bien como la persona de quien habéis hecho mención, y ese alguno es simplemente Zab, que os ofrece sus servicios; pero no tenemos ahora tiempo para hablar de ello, ni el sitio es tampoco el más á propósito. Ante todo, es preciso conducir á ese hombre al árbol, donde se le tratará como merece. ¡Qué cara tan fea! ¡Bueno sería arrastrarle un rato para ver si tuerce un poco más el gesto!

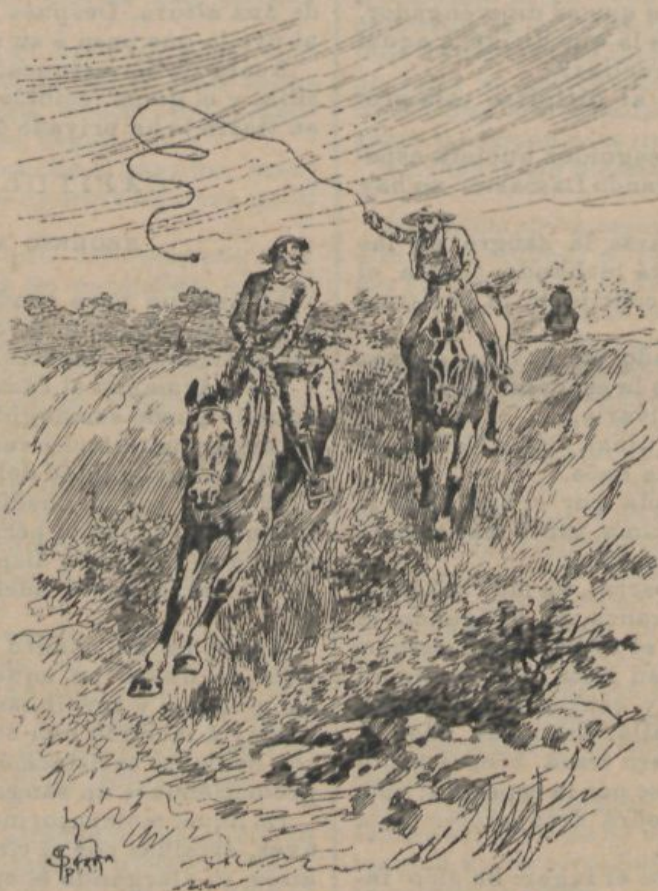
—Nada de eso. No necesitamos ser los vengadores de Enrique Coxe. Con lo que ya saben los Regulares, me parece que podemos poner el asunto en sus manos. Pero ¿cómo llevaremos á este hombre? ¡Su caballo ha huído!

—Muy fácilmente, Sr. Armando,—contesta Zab.—Sólo está un poco aturdido, ó tal vez lo finge. De todos modos, pronto lo veré. Si no puede ir á pie, se le llevará á caballo, y aquí tengo mi yegua para el objeto. Yo estoy can-

el cazador de caballos, á quien supongo que ya habéis visto antes. También él os necesita, y, además, hay otros muchos que se alegrarán en extremo de veros, cerca del fuerte. Así, pues, lo mejor será que os pongáis en pie y nos acompañéis.

Casio Collins se levantó sin decir palabra, y entonces pudo ver que una cuerda sujetaba sus brazos.

—¡Mi caballo!—exclamó, dirigiendo en torno



—¡Ríndete, asesino!

sado de la silla y pienso que mi yegua lo está más, ó, por lo menos, de la espuela que he debido aplicarle. He resuelto volver á pie; y en cuanto al Sr. Casio Collins, podrá disfrutar de mi montura para la vuelta. Si no se sostiene derecho le sujetaremos á manera de fardo. ¡Ah! Ya comienza á dar señales de vida; no tardará en recobrar todos sus sentidos, y supongo que entonces podrá montar por sí solo.

—¡Arriba, bribón!—añade Zab, cogiendo á Collins por el cuello de la levita y sacudiéndole con fuerza.—¡Arriba os digo! ¡Venid con nosotros: se os necesita! Hay quien desea hablaros.

—¿Quién? ¿Dónde?—pregunta el cautivo, recobrando el sentido lentamente y mirando con asombro á todos lados.—¿Quién me necesita?

—En primer lugar, yo; y después...

—¡Ah! ¿Sois vos, Zab? Y... y...

—Y aquí tenéis al Sr. Armando Lancaster,

suyo una mirada investigadora.—¿Dónde está mi caballo?

—El diablo sabe dónde habrá ido á parar,—contestó Zab.—Tal vez se halle ya en Río Grande, de donde vino. Después del galope que le hicisteis dar, estará cansado de la carrera y habrá ido á descansar un poco en sus praderas natales.

Collins miró al viejo cazador con algo más que asombro.

—¡El cambio! ¡Hasta esto sabe!—exclamó.

—Vamos, pues,—prosiguió Zab, con ademán de impaciencia.—No es cosa de hacer esperar al tribunal. ¿Estáis ya dispuesto?

—¿Para qué?

—En primer lugar, para volver conmigo y el cazador Armando; y en segundo, para ser juzgado.

—¡Juzgado! ¡Yo juzgado!

—Sí, Sr. Casio Collins.

—¿Por qué crimen?

—Por haber matado á Enrique Coxe, vuestro primo.

—¡Es mentira! ¡Es una infame mentira! Quien lo asegure así...

—¡Callad la lengua!—exclama Zab con acento de autoridad;—porque no hacéis más que perder el tiempo inútilmente, y, si no me engaño, lo vais á necesitar dentro de muy poco. ¡Vamos: despachaos! Es preciso dar un paseo con nosotros, porque el Jurado espera, y también la justicia, bajo la forma de sesenta Regulares.

—¡No volveré!—contesta bruscamente Collins.—¿Con qué autoridad me mandáis? ¿Tenéis alguna orden?

—¡Orden!—exclama Zab.—Pues ¿qué llamáis á esto?

Al pronunciar estas palabras, el cazador señala su carabina y añade:

—Hé aquí mi orden, por la gracia de Dios, y por lo mismo voy á cumplir con mi deber. Así, pues, acabad de una vez con vuestra condenada charla, porque no soy el hombre más á propósito para sufrirla. Elegid, Sr. Casio Collins: ó montáis en esa vieja yegua mía, para acompañarnos tranquilamente, ó, de lo contrario, vamos á empaquetaros como una bala de mercancías, porque es forzoso que vayáis allí... y os digo que iréis. ¡Lo juro por el Eterno!

Casio Collins no contesta: después de fijar una mirada en Zab y en Armando, dirige la vista á su alrededor, y, por último, la clava en la culata del revólver que asoma en el bolsillo de su levita: aquella arma es la compañera de la que se ha escapado de sus manos cuando el lazo le arrancó del caballo.

Después hace un esfuerzo, aunque débil, para apoderarse del revólver.

Pero detiéndole la cuerda, y acaso más un movimiento de Zab, quien, con ademán significativo, levanta el cañón de su larga carabina.

—¡Pronto, Sr. Collins!—exclama el cazador.—Montad al punto en la yegua, ó si no... ¡Despachad, repito!

Semejante á una muñeca movida por interior mecanismo, el ex capitán de caballería obedece presuroso la orden que acaba de recibir, porque comprende que, de no hacerlo así, su muerte es inevitable.

Monta, pues, maquinalmente en la yegua, y, sin oponer resistencia alguna, se deja conducir.

Zab abre la marcha.

Detrás va su montura, siguiéndole paso á paso, con el jinete prisionero.

El cazador de caballos avanza detrás, pensando menos en su adversario cautivo que en aquella que por un generoso sacrificio ha cautivado su corazón, enlazándole con una cadena de oro cuyos eslabones sólo la muerte puede romper.

CAPITULO XXXIII

TRAGEDIA

Después de la segunda é involuntaria inte-

rrupción, menos prolongada que la primera, el tribunal prosigue en el ejercicio de sus funciones bajo la gran copa del verde roble.

Es algo entrada la tarde, y los rayos del sol penetran ya en el espacio á que presta sombra el árbol. Su dorado brillo de antes adquiere un tinte rojizo, cual si en el cielo se reflejase también la cólera de los hombres.

Esto no pasa de ser un accidente atmosférico, precursor de una próxima tormenta.

Sin embargo, considérase como una coincidencia singular que la tempestad se anuncie en aquel instante, porque simboliza el sentimiento de los espectadores, cuyas miradas son tan lúgubres como la expresión de sus fisonomías.

Diríase que la cólera del cielo se auna con las pasiones de la tierra.

Armando Lancaster no es ya el blanco de aquellas miradas de enojo: ha sido absuelto por unanimidad, y ahora hace las veces de testigo.

En el sitio que ocupaba antes le ha sustituido otra persona: Collins es quien se halla ahora en la barra. Este es el único cambio que se observa.

El presidente y el Jurado son los mismos, así como también los espectadores; pero á estos últimos les animan muy distintos pensamientos acerca de la criminalidad del acusado.

No se trata ya de probar el delito, pues no queda la menor duda sobre la culpabilidad del acusado: la evidencia se impone, y las circunstancias constituyen, como en la mayor parte de los casos de asesinato, una cadena de conclusiones irrefutables.

Sólo faltaba llenar un blanco, si tal podía llamarse el motivo.

Ignorábase la causa que impulsó á Collins á cometer el asesinato y la mutilación, pues el testimonio de Armando ha sido confirmado por un nuevo examen del cadáver.

El cirujano del cantón ha declarado que los dos actos fueron independientes, y que la muerte de Enrique Coxe debió producirse casi instantáneamente por el balazo que recibió.

¿Por qué Casio Collins mató á su primo? ¿Por qué le cortó la cabeza?

Nadie sino el mismo asesino puede contestar á estas preguntas; pero no se espera que confiese el crimen más que á su Dios.

Ante *El* debe presentarse en breve, porque no se cree necesario conocer el motivo del crimen para condenar al culpable... y ya se le ha condenado.

El juicio toca á su fin; se ha pronunciado el veredicto de culpabilidad, y el presidente, dejando á un lado su sombrero de Panamá, se dispone á cubrirse la cabeza con el birrete negro, ese temible emblema de muerte, preliminar de la terrible sentencia.

En la solemne forma acostumbrada, invítase al acusado á pronunciar su última voluntad, aprovechando los breves momentos que le quedan de vida. Casio Collins se estremece al oír estas palabras, que resuenan en sus oídos como una campana fúnebre.

Entonces dirige en torno suyo una mirada de desesperación; pero en ninguno de los semblantes que le rodean observa la menor señal de simpatía, ni siquiera de piedad: todos los ceños están fruncidos.

A pesar de su posición social y de sus riquezas, el ex capitán se ve abandonado, sin un solo amigo ó persona que simpatice con él: tal es la suerte reservada en Tejas á los asesinos.

Su aspecto ha cambiado completamente: en vez de su acostumbrada altanería y de sus brutales ademanes, parece intimidado y abatido.

Comprende que no hay la menor probabilidad de escaparse, que se halla junto á su ataúd, á las puertas de una eternidad terrible para él.

¡Para una conciencia como la suya debía ser terrible aquella hora!

Pero de repente brillan sus ojos hundidos en las órbitas, y diríase que se dispone á hacer una confesión.

¿Declarará, al fin, que es culpable? ¿Se propone tal vez descargar su conciencia del peso que, sin duda, le agobia?

Los espectadores, sospechando esta intención, guardan el más profundo silencio, y obsérvanle casi sin respirar.

Pero, al fin, interrumpe el silencio la voz del juez al hacer la pregunta acostumbrada:

—¿Tenéis algo que alegar en vuestra defensa?

—No,—contesta;—nada tengo que decir. El veredicto del Jurado es justo: reconozco que soy culpable y merezco la muerte.

A pesar de los muchos incidentes extraordinarios y de las repetidas sorpresas de aquel día, nada ha causado á los espectadores tanto asombro como aquella declaración. Todos enmudecen, y no se oye pronunciar una sola palabra, porque se comprende que el ex capitán trata de hacer su confesión, la cual ofrecerá el mayor interés.

—Es verdad,—continúa Collins,—que maté á Enrique Coxe; que de un balazo le dejé tendido sin vida en el chaparral.

A estas palabras contesta un grito de la multitud, grito involuntario que expresa más bien el horror que la indignación.

Involuntario es también el gemido que profiere un hombre, en quien todos reconocen al padre de la víctima.

Luego se restablece el silencio, y nada impide ya al acusado continuar su confesión.

—Sé que voy á morir,—prosigue el prisionero con aire de indiferencia;—lo habéis decretado así, y reconozco en vuestras miradas que no cambiaréis de parecer. Después de lo que he confesado, sería locura en mí esperar el perdón, y no lo espero. He sido un mal hombre, y, sin duda, he hecho lo suficiente para merecer el más severo castigo; pero por malo que fuese, no llega mi vileza hasta el punto de resignarme á morir sin refutar la horrible imputación de haber asesinado á mi propio primo. Cierto es que le maté, como ya os he dicho, y tal vez os preguntéis ahora por qué, haciendo conjeturas acerca del motivo; pero debo advertir que no había ninguno.

Entre los espectadores se manifiesta una nueva sensación: todas las fisonomías manifiestan á la vez la sorpresa, la curiosidad y la incredulidad.

—Esto os extraña,—continúa el acusado,—y, no obstante, la explicación es muy sencilla. ¡Le maté por equivocación!

La sorpresa se manifiesta ahora por un grito general, ahogado al punto para que el acusado pueda continuar.

—Sí: por equivocación, y Dios sabe cuán profundo fué mi sentimiento al descubrir lo que había hecho, pues yo mismo no lo supe hasta mucho tiempo después.

Al pronunciar estas palabras, el acusado mira á su alrededor, cual si esperase haber excitado alguna compasión, pero no observa indicios de ella: en todas las fisonomías se retrata una expresión lúgubre y solemne.

—No niego,—continúa Collins,—pues no necesito negarlo, que intentaba matar á alguno: tal era mi deseo, y no ocultaré tampoco á quién. ¡Era al infame que veo delante de mí!

Y concentrando en sus ojos todo el odio de su alma, Collins fija la vista en Armando, quien sólo le contesta con una mirada de indiferencia.

—Sí: mi intención era matarle, y razones tenía para ello; pero no voy á decir cuáles eran, porque me parece inútil ya. Pensé que le había dejado sin vida; mas no parece sino que el infierno protegía á ese hombre: había cambiado su manta por el capote de mi primo. Ya sabéis lo demás: por equivocación disparé el tiro, que yo destinaba á un adversario, y fué fatal á mi amigo. Mi puntería había sido certera, y el pobre Enrique cayó sin vida del caballo; pero, á fin de asegurarme más, desenvainé mi cuchillo, y, engañado siempre por la maldita manta, le corté la cabeza.

Los oyentes dan á conocer sus impresiones con ruidosos gritos de venganza y sordos murmullos de indignación.

Ya no hay misterio acerca del asesinato ni de la causa, ni se manifiesta deseo de que el acusado detalle más el odioso crimen por el cual quedó sin cabeza el cuerpo de Enrique Coxe.

—Y ahora,—exclama el acusado, cuando cesan los gritos, y todas las miradas se fijan en él,—ya sabéis lo que ha ocurrido; pero no lo que sucederá. Aun falta otra escena: me estáis viendo junto á la tumba; pero no bajaré á ella sin enviarle á él antes. ¡Por todos los infiernos, que ha de ser así!

No es necesario hacer conjeturas sobre aquellas palabras, últimas que debía pronunciar Casio Collins: harto las explica el movimiento que las acompaña.

Mientras el acusado hablaba, había tenido su mano en el bolsillo izquierdo de la levita, y al pronunciar la blasfemia sacó el revólver.

Los espectadores no han tenido apenas tiempo para ver el arma, en cuyo cañón se refleja un débil rayo de luz, cuando resuenan dos detonaciones sucesivas.

Y al mismo tiempo se ven caer dos hombres en tierra, uno junto á otro.

Uno de ellos es Armando, el cazador de caballos; el otro, Collins, ex capitán de voluntarios.

La multitud se agrupa al rededor de ellos, creyendo que ambos han muerto, mientras que en medio del silencio que se sigue oyesse un grito penetrante de mujer, grito que parece exhalado por un corazón herido de muerte.

CAPITULO XXXIV

FINAL

No sin gran alborozo descubrieron las personas reunidas bajo la copa del corpulento roble que la tentativa de asesinato se había frustrado, y que sólo el suicidio era una realidad.

El corazón de Luisa Coxe latió más vivamente al saber que el hombre á quien amaba vivía aún: su alegría no tuvo límites.

Aunque entristecida con los diversos trágicos sucesos que tan rápidamente se habían sucedido, al fin era mujer; y, siendo mujer, ¿quién podía vituperarla por dar expansión al inmenso júbilo que experimentaba en aquel instante?

La pasión que dominaba á la criolla podría no ser aplaudida bajo el punto de vista del más severo puritanismo; pero obedecía á las leyes de la naturaleza, universales é irresistibles, las cuales nos dicen que el padre, la madre y los hermanos deben ser pospuestos á ese amor sin límites, al que no se antepone en la tierra ningún otro, como no sea, aunque sólo algunas veces, el amor á sí mismo.

No censuréis á la joven criolla porque aquella pasión, dominando en su alma, absorbía todo su ser; no la censuréis por experimentar alegría en momentos que, por otra causa, debía haber consagrado á la tristeza y el dolor; no la censuréis porque se creyera feliz al saber de boca de los asombrados espectadores que el hombre á quien amaba se había salvado, al parecer, milagrosamente.

La puntería del asesino fué muy certera, y, seguramente, debió asegurarla bien antes de aplicar á su sien el cañón del revólver, para disparar la bala que se alojó en su cráneo.

El proyectil destinado á Armando fué directamente al corazón, y le habría atravesado á no chocar en una prenda de amor, regalo de su amada Luisa: la bala rebotó, siguiendo otra dirección.

No dejó, sin embargo, de causar daño, pues fué á herir á uno de los espectadores que más cerca se hallaban del sitio.

Tampoco fué del todo inofensiva para el cazador.

Aquel golpe violento, agregado á la excitación física y mental, tan largo tiempo resistida, no dejó de producir su efecto: el delirio se apoderó otra vez de Armando.

Pero ya no estuvo en peligro como en el chaparral, rodeado de lobos y acechado por los buitres, ni tampoco en una choza, sin tener quien le cuidase, ni en una prisión, donde tampoco era atendido.

Cuando de nuevo recobró el conocimiento,

pudo ver que la imagen de sus ensueños era una realidad, una mujer cariñosa, la más bella del Leona y de Tejas, la criolla Luisa Coxe.

Entonces nadie podía oponerse ya á su amor, ni censurar sus solícitos cuidados, ni aun su padre.

El espíritu del aristocrático plantador, abatido por la tristeza y humillado por la desgracia, se había curado de su vano orgullo; mas no era necesario esto para que consintiese voluntariamente en un enlace que le daba por hijo un noble en vez de un *cualquiera*, pues noble era realmente el caballero Armando Lancaster, conocido hasta entonces con el nombre de *Armando, el cazador de caballos*.

En Tejas no valía gran cosa el título, ni tampoco tenía su poseedor empeño en usarlo; pero, gracias á cierto patrimonio, que no acompañaba siempre á una baronía irlandesa, Armando obtuvo con el suyo lo suficiente para levantar la hipoteca de la Casa de la Curva, satisfaciendo al heredero más inmediato de Casio Collins cuanto á éste se adeudaba.

No era Hugo Coxe el heredero, porque después de la muerte del ex capitán descubriose que éste había sido antes casado, y que en Nueva Orleans existía aún el vástago de su primera unión, el cual tenía derecho legal para titularse su hijo.

Poco importaba esto á Armando, quien, después de vencer todos los obstáculos que aun pudieran oponerse á sus deseos, contrajo enlace con la hermosa criolla.

Después de hacer una visita al país natal de su padre, dando al propio tiempo una vuelta por Europa, para hacer más agradable la luna de miel, el caballero Armando, llevado siempre de sus inclinaciones, quiso volver una vez más á Tejas, y establecióse permanentemente en la Casa de la Curva.

Desde entonces, sólo una vez se apoderó del espíritu de la hermosa criolla esa loca y terrible pasión llamada celos; pero fué no más una sombra, que muy pronto debía desvanecerse.

Esto sucedió un día en que su esposo volvió á la hacienda, llevando en sus brazos el cuerpo de una hermosa mujer.

Aun no había muerto; pero de una herida que tenía en el pecho brotaba abundante sangre, y era fácil reconocer que no viviría muchas horas.

Al preguntarle quién la había herido, sólo pudo contestar:

— ¡Díaz! ¡Díaz!

Estas fueron las últimas palabras que pronunció Isidora Covarrubias de los Llanos.

Y al pasar á la eternidad el espíritu de la infeliz mejicana, desvaneciöse con él todo el rencor que pudiera conservar aún su más afortunada rival.

Los muertos no pueden inspirar celos, y la hermosa Luisa no volvió á experimentar semejante pasión.

Muy lejos de ello, compadeciöse sinceramente de la desgraciada Isidora, cuya historia conocía ya con todos sus pormenores. Hasta quiso ayudar á su esposo á ensillar el bayo ro-

jizo, estimulándole á perseguir al infame homicida.

Luisa se regocijó al ver á su esposo conducir á Díaz sujeto con el lazo, y negóse á intervenir en favor del culpable, cuando un tribunal de Regulares, reunidos apresuradamente, juzgó con la mayor brevedad á Díaz, condenándole á ser colgado de un árbol.

Esto no era crueldad, sino un acto de severa

Los tejanos contemplaron largo tiempo el cadáver de la hermosa doncella, y tal vez alguno de ellos se alejó con pensamientos no muy sagrados.

En el mundo físico se considera que el tiempo es el eterno destructor; pero en el moral es á menudo el restaurador.

En ninguna parte ha causado mayores cam-



Un tribunal de Regulares... juzgó con la mayor brevedad á Díaz...

justicia, obedeciendo al principio de: *Ojo por ojo, diente por diente*.

Y poco castigo pareció éste á los tejanos que le aplicaron.

Al contemplar el cadáver del miserable, pendiente de la rama de un árbol, y los despojos de su víctima, de aquella hermosa doncella que tantas veces había llamado su atención por sus encantos, los corazones de aquellos hombres se conmovieron como nunca se habían conmovido antes. Una idea singular cruzó por sus espíritus: experimentaron una tristeza independiente de la que les causaba el espectáculo de un asesinato, y era el sentimiento de haber dado muerte tan pronto al asesino.

Aun después de muerte, conservaba Isidora su hermosura: facciones tan bellas como las suyas no lo deben todo á la luz de la vida: formas tan voluptuosas se pueden admirar también en el frío mármol de una estatua.

bios que en Tejas, durante la última década, y particularmente en la colonia del río de las Nueces y del Leona.

Las plantaciones han surgido donde hace muy poco se extendía el chaparral en inmensos espacios, y elévanse ahora ciudades donde el caballo salvaje pastaba en una pradera sin límites.

También se han adoptado nuevos nombres para las personas, los lugares y las cosas.

Esto no impide que cualquiera sepa conducir al viajero á una antigua hacienda conocida todavía con el nombre de Casa de la Curva.

Y, una vez allí, el viajero recibirá una hospitalidad digna de los primeros países de Europa.

Además, tendrá por patrón uno de los más nobles caballeros de Tejas, y por patrona la más hermosa mujer conocida en el país.

Con ellos hallará á un anciano caballero de aire aristocrático y aspecto venerable, pero so-

lícito y obsequioso, que se complace en acompañar á su huésped á visitar las cuadras, hablándole sin cesar de los numerosos ganados que pastan en los prados de la hacienda.

Este caballero anciano se muestra orgulloso por varios conceptos; pero en particular por su hermosa hija, la dueña de la casa, y también por los cinco ó seis niños que se cogen de las mangas de su levita, llamándole *querido abuelo*.

Dejando á este último, el visitante podrá trabar conocimiento con otros dos individuos dependientes de la casa.

Uno es el *groom*, ó lacayo, á la vez que encargado de las cuadras: se llama Felim.

El otro es un cochero de piel negra, á quien dan el nombre de Plutón, hombre que cifra todo su orgullo en conducir un carruaje con tanta destreza como el primero.

Desde la última vez que vimos al alegre Plutón, ha cambiado mucho y no es tan charlatán, sin duda por su cambio de estado.

Florinda, su cara mitad, es la que ha conseguido llevar á cabo semejante transformación.

Otro nombre conocido hay en la Casa de la Curva, nombre que deben tener muy presente nuestros lectores: oyesse pronunciarlo á la hora de comer, porque siempre se dirá que el pavo que se halla en la extremidad de la mesa, ó el cuarto de venado que está enfrente, es debido á una carabina que rara vez yerra el tiro.

Durante la comida, y sobre todo al servirse los postres, no cabe duda que el visitante oirá hablar de Zab el cazador.

Sin embargo, se le ve siempre, pues sale de la hacienda al rayar el día, y no vuelve hasta que ha cerrado la noche.

Pero el gran pavo salvaje que se ve en la cocina y el cuarto de venado prueban hasta la evidencia que Zab ha estado allí.

Y el que reside algunos días en la Casa de la Curva no podrá menos de oír hablar de una extraña historia relacionada con la localidad; historia que ha degenerado casi en leyenda.

Los criados os la referirán, pero sólo en voz baja, pues recuerdan que sus señores les han prohibido hacer mención de ella, porque evoca en su mente los más tristes recuerdos.

Esta historia es la de *El Dedo de Dios*.





ÍNDICE

CAPÍTULOS	PÁG.	CAPÍTULOS	PÁG.
I.—Llegar á tiempo.	1	XVIII.—Petición.. . . .	38
II.—Perseguida.. . . .	4	XIX.—Negativa.	41
III.—Alarma.	7	XX.—El tribunal.. . . .	43
IV.—Entre oficiales.	9	XXI.—El juicio.	46
V.—Buenas noticias.	11	XXII.—La testigo.	48
VI.—El relato.	14	XXIII.—Habla Lancaster.	51
VII.—La herradura rota.	16	XXIV.—Incidente.	53
VIII.—Investigaciones.	19	XXV.—La captura.	55
IX.—Suma y sigue.	21	XXVI.—Mal encuentro.	57
X.—El taco.	22	XXVII.—Sigue el juicio.	59
XI.—Las ramas rotas.. . . .	25	XXVIII.—Fin de la declaración.	61
XII.—Encuentro.	27	XIX.—Testimonio decisivo.	64
XIII.—Siempre en acecho.	29	XXX.—Huída.	67
XIV.—Sigue el espionaje.	30	XXXI.—Detenido.	69
XV.—Espejismo.	32	XXXII.—Regreso al árbol.. . . .	71
XVI.—Triste hallazgo.	34	XXXIII.—Tragedia.	73
XVII.—Abogados.	36	XXXIV.—Final.. . . .	75

